UN THRILLER DE DANNY PEARSON

HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE



STEPHEN TAYLOR

HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

STEPHEN TAYLOR





Copyright © 2025 Stephen Taylor
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798274898904

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, fotocopia, mecánico, grabación o de otro modo, sin el permiso previo del titular de los derechos de autor.

Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

ÍNDICE

Danny Pearson regresará
Otros libros de Stephen Taylor

UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO
VEINTINUEVE
TREINTA
TREINTA Y UNO
TREINTA Y DOS

TREINTA Y TRES
TREINTA Y CUATRO
TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS
TREINTA Y SIETE
TREINTA Y OCHO
TREINTA Y NUEVE
CUARENTA
CUARENTA Y UNO
CUARENTA Y DOS
CUARENTA Y TRES
CUARENTA Y CUATRO
CUARENTA Y CINCO
CUARENTA Y SEIS
CUARENTA Y SIETE
CUARENTA Y OCHO
CUARENTA Y NUEVE
CINCUENTA
CINCUENTA Y UNO
CINCUENTA Y DOS
CINCUENTA Y TRES
CINCUENTA Y CUATRO
CINCUENTA Y CINCO
CINCUENTA Y SEIS
CINCUENTA Y SIETE
CINCUENTA Y OCHO
CINCUENTA Y NUEVE
SESENTA
SESENTA Y UNO
SESENTA Y DOS
SESENTA Y TRES
SESENTA Y CUATRO
SESENTA Y CINCO
SESENTA Y SEIS
SESENTA Y SIETE
SESENTA Y OCHO

Por favor, por favor.
Elige tu próxima novela
Acerca del Autor

DANNY PEARSON REGRESARÁ

Para actualizaciones sobre lanzamientos actuales y próximos, así como promociones exclusivas, visite el sitio web del autor en:

www.stephentaylorbooks.com

OTROS LIBROS DE STEPHEN TAYLOR

LA SERIE DE THRILLERS DE DANNY PEARSON

Sangre Sobre Londres

Ejecución de La Fe

Quién Ostenta el Poder

Vivo Hasta Que Muera

Deporte de Reyes

La Sangre Corre Profunda

Orden de Matar

Sin Límite Superior

No Dejar Nada al Azar

Muerto, No Enterrado

Hasta Que la Muerte Nos Separe

Enemigo en la Puerta

Cueste Lo Que Cueste

UNO

—Ojo, mantén la guardia alta y busca el hueco. Tiene la costumbre de dejar las costillas desprotegidas por la izquierda —gritó Big Dave desde el otro lado del saco de boxeo que sujetaba para uno de los chavales que practicaba sus combinaciones de golpes.

—Uff, gracias Dave —dijo Danny, moviéndose alrededor del ring después de que Nikki lo esquivara con un paso lateral y le clavara una rodilla en las costillas expuestas.

—No te dejes desprotegido y no te golpearán, ¿verdad, blandengue? —gritó Dave por encima de su hombro.

—Sí, blandengue, no te dejes desprotegido —se burló Nikki, con las manos protegiendo su cara mientras mantenía los codos sueltos, lista para cruzarlos o abrirlos para lanzar un puñetazo.

—Te dejo esa. Ahora, veamos si puedes alcanzarme otra vez —dijo Danny, sonriendo mientras ajustaba su postura y levantaba los guantes.

A petición de ella, y después de todas las cosas que les habían pasado desde que se conocieron, Danny había estado enseñando a Nikki cómo defenderse usando su experiencia en boxeo y la forma de lucha de artes marciales mixtas Krav Maga que había aprendido en el SAS. Solo llevaban tres meses, pero tenía que admitir que se le daba bastante bien. Danny contenía un poco sus golpes, reteniendo su potencia y agresividad mientras intercambiaban ataques. Permitía que Nikki viera venir sus movimientos y reaccionara como le había

enseñado. Mientras bailaban alrededor del ring, percibió a alguien moviéndose entre los sacos de boxeo colgados alrededor de la sala trasera del Gimnasio de Dave Pullman, utilizada como sala de entrenamiento de boxeo y artes marciales mixtas. La figura se acercó al lateral del ring de boxeo detrás de él. Danny instintivamente giró la cabeza para ver quién era. Al ver la apertura, Nikki se lanzó hacia delante, apuntando con un gancho de izquierda a la mandíbula de Danny. Reaccionando por instinto ante su puño entrante, Danny levantó rápidamente el codo, bloqueando el puñetazo mientras le barría las piernas con una patada giratoria. Nikki aterrizó de espaldas con un estruendo sobre el suelo acolchado del ring.

—Mierda, lo siento, ¿estás bien? —dijo Danny, ofreciéndole la mano para ayudarla a levantarse.

—Sí, tendrás que hacerlo mejor que eso para mantenerme en el suelo —dijo ella, sonriendo mientras tomaba su mano y él la levantaba.

—Oh vaya, hace falta un hombre muy grande para tirar a una niñita al suelo —llegó una voz con un fuerte acento escocés desde atrás.

Danny se giró y Nikki miró por detrás de él al hombre que estaba de pie al lado del ring.

—¿Así que crees que podrías hacerlo mejor? —dijo Nikki a la defensiva.

—De hecho, sí —dijo él, quitándose la chaqueta y pasando bajo las cuerdas hacia el ring.

Danny entrecerró los ojos y los músculos de sus mejillas se tensaron mientras apretaba los dientes. Retrocedió mientras Nikki salía del ring y el tipo entraba.

—Vale, Pies Ligeros, vamos, primer asalto, ding, ding —dijo el hombre. Era un poco más bajo que Danny, con una constitución robusta y sólida.

Los dos adoptaron una postura casi idéntica, piernas flexionadas, manos arriba y sueltas, protegiendo la cabeza con los codos levantados, formando un triángulo que les permitía defenderse y atacar. Ambos hombres se enzarzaron en una breve explosión de

golpes y bloqueos antes de retroceder y rodearse mutuamente. La segunda vez que se acercaron, el hombre bloqueó a Danny mientras le clavaba una rodilla en las costillas. Lanzó un puñetazo por encima de los brazos de Danny, alcanzándolo justo por encima de la sien, con los nudillos resbalando por el lateral de la cabeza de Danny antes de que volvieran a alejarse. Mientras el tipo sonreía, el rostro de Danny se oscureció. Volvieron a acercarse. Esta vez, Danny atacó a una velocidad feroz, esquivando los puñetazos del tipo para propinar una rápida combinación de golpes a su estómago. Danny agarró uno de los brazos del tipo y giró su espalda hacia él, lanzándolo por encima de su hombro para golpearlo contra el lienzo con un fuerte estruendo. En una fracción de segundo, Danny cayó sobre el lienzo detrás de él y lanzó su brazo alrededor del cuello del hombre, inmovilizándolo en una estrangulación.

—Vale, vale —soltó en un susurro ahogado.

Danny lo soltó y se puso de pie de un salto, mirándolo fijamente durante un segundo o dos antes de que su rostro se suavizara y esbozara una sonrisa.

—¿Cómo estás, Ferg? Siempre se te dio mejor disparar que el combate cuerpo a cuerpo —dijo Danny, ofreciendo una mano a su viejo compañero del SAS.

—Sí, bueno, la próxima vez te meteré el cañón de una pistola por el culo y apretaré el gatillo —dijo Fergus McKinsey, estrechándole la mano y devolviéndole la sonrisa.

—Un placer verte, Fergus —dijo Nikki desde fuera del ring.

—Lo mismo digo, querida Nikki. ¿Estás segura de que quieres casarte con este grandullón? Todavía estás a tiempo de darle la patada y fugarte con un escocés de sangre caliente.

—Por muy tentadora que suene esa oferta, creo que me quedaré con el grandullón —dijo Nikki, riéndose.

—Que sepáis que estoy aquí —dijo Danny, acercándose a las cuerdas para separarlas y que Fergus pudiera salir.

—Vale, vale, susceptible. Joder, te estás volviendo muy sensible con la edad —dijo Fergus, bajando de un salto del ring y moviendo el hombro en círculos—. Creo que me has roto el brazo con el que bebo.

—Mientras no sea con el que sacas la cartera, estaremos bien —dijo Danny, riéndose.

—¿Qué? ¿Cartera? Pensaba que esta pequeña fiesta corría a cuenta del pijo que pronto será tu cuñado, Scott —dijo Fergus, antes de añadir rápidamente—: Sin ofender, cariño —a Nikki, recordando que Scott era su hermano.

—No me ofendo —respondió Nikki, que siempre disfrutaba de las bromas cuando Danny se reunía con sus viejos colegas del SAS.

—Ferg, compórtate. Es mi mejor amigo y el hermano de Nikki, y es un detalle por parte de Scott pagar los vuelos y el hotel. Lo mínimo que puedes hacer es rascarte el bolsillo para las copas —dijo Danny, frunciendo el ceño a Fergus.

—Vale, vale, no te pongas así. ¿Y cuándo se unirán a nosotros Charles y mi buen amigo Scott? —dijo Fergus, imitando un acento pijo.

—Estarán en casa a la una, el taxi al aeropuerto está reservado para las dos —dijo Danny, incapaz de contener la sonrisa ante el comentario de Fergus.

—Genial, pero como Scott vuelva a llamarme cavernícola, lo tiro del avión en pleno vuelo —dijo Fergus, siguiendo a Danny y Nikki fuera del gimnasio, negando con la cabeza.

—No te preocupes, en cuanto Scott y él se tomen unas copas estarán bien —le dijo Danny a Nikki.

Volvieron a casa de Danny y pasaron el rato charlando y poniéndose al día hasta que llegó Chaz, seguido de cerca por Scott.

—¿Qué tal, Chaz? —dijo Danny, abriendo la puerta.

—Bien y con ganas de marcha, tío. Aprovecha esto, Danny. Una vez casado, el único placer que tendrás será cagar cuando ella no esté, para que no te haga limpiar todo el puto baño después.

—Pasa. Ferg está en la cocina —dijo Danny, negando con la cabeza.

—Buenas tardes, Daniel, ¿estamos todos listos para partir? —dijo Scott, vestido con un traje de lino beige de Ralph Lauren mientras arrastraba una gran maleta de Emporio Armani.

—¿Sabes que vamos a Benidorm, no a Saint-Tropez?

—Que vayamos a un Blackpool con sol no es razón para que uno rebaje sus estándares.

—Vale, lo que te haga feliz, Scotty —dijo Danny, oyendo voces altas y vítores procedentes de la cocina.

—Venga, chicos, por el amor de Dios, ni siquiera hemos llegado al aeropuerto —gritó Danny, entrando en la cocina para ver a Chaz y Fergus bebiendo su segunda cerveza en dos minutos.

Después de calmarse y tomar algunas cervezas más despacio, llegó el taxi para llevarlos al aeropuerto.

—Bueno, hora de irse. Deséame suerte —dijo Danny con una sonrisa a Nikki.

—La vas a necesitar. Mira, solo diviértete. Es una pena que tu hermano no pueda ir, pero con Tina a punto de dar a luz en cualquier momento...

—Lo sé, no se puede evitar. Avísame si el bebé decide hacer acto de presencia.

—Lo haré. Diviértete, te veré cuando regreses —dijo Nikki, poniéndose de puntillas para besarlo.

—¡Suéltala, por el amor de Cristo, que estamos perdiendo tiempo de bebida! —gritó Chaz desde el taxi.

Danny y Nikki se separaron. Él sonrió y le guiñó un ojo antes de caminar lentamente hacia el taxi.

DOS

—¿Estás seguro de que no quieres que llame a una limusina para llevarnos al hotel? —dijo Scott, frunciendo el ceño mientras intentaba no tocar nada al subir a un viejo y destartalado autobús de traslado fuera del aeropuerto de Alicante.

Se oyó un pequeño grito y una mano femenina agarró el brazo de Chaz para evitar caerse al suelo cuando tropezó con el bordillo. Los reflejos de Chaz fueron tan rápidos como siempre. Se giró y la agarró por la cintura, levantándola de nuevo.

—Oh, lo siento. Qué suerte que hubiera un hombre grande y fuerte para salvarme —dijo con una sonrisa pícara.

—No hay de qué, guapa. ¡Eh, esperad, chicos, las damas primero! —dijo Chaz, apartando a Danny y a Fergus para hacer sitio.

Scott bajó del autobús, uniéndose a Danny y Fergus mientras miraban a Chaz sonriendo como el gato de Cheshire mientras indicaba a dos atractivas mujeres que subieran al autobús delante de ellos.

—Aquí tenéis. Por cierto, soy Chaz —dijo, saltando al autobús tras ellas.

—Gracias Chaz, yo soy Sandra y esta es mi hermana Louise —dijo Sandra con una sonrisa y una pequeña risita.

Su hermana Louise simplemente le dedicó una sonrisa nerviosa antes de deslizarse hacia un asiento junto a la ventana para mirar los otros autobuses en el aparcamiento.

—¿Está bien? —dijo Chaz, señalando con la cabeza hacia Louise mientras Fergus se deslizaba en el asiento junto a la ventana, permitiendo que Chaz se sentara en el asiento al otro lado del pasillo frente a Sandra.

—Sí, está bien. Acaba de romper con su tío. No puedo decir mucho, pero era un auténtico cabrón, metido en toda clase de asuntos turbios. ¿Y tú?

—¿Ves a este pobre hombre casado y roto que está sentado a mi lado y al tipo aún más viejo de delante que parece haber tenido una vida muy dura?

—Sí, pero yo no los llamaría viejos —dijo Sandra, riendo.

—Oh, créeme, son viejos. En fin, estuvimos juntos en las fuerzas armadas y él va a casarse, así que estamos aquí en su despedida de soltero —dijo Chaz, señalando a Danny.

—¿Y el otro? El del traje caro, parece bastante mono.

—¿Qué puedo decir? ¿No es siempre así? Los gays siempre son guapos y tienen buen gusto para vestir —sonrió Chaz.

—Oh, qué pena. ¿Dónde os alojáis? —dijo Sandra con una sonrisa.

—¡Sandra! —dijo su hermana Louise, con aspecto aprensivo.

—¿Qué? No hay razón por la que no podamos divertirnos un poco mientras estamos aquí —murmuró Sandra volviéndose hacia ella.

—No sé, espera. Oye, Scott, ¿dónde nos alojamos?

—En un hotelito de cinco estrellas bastante agradable, el Villa Venecia —dijo Scott.

—¡Dios mío, ahí es donde nos quedamos nosotras! —exclamó Sandra emocionada.

—Genial, ¿quizás tú y tu hermana podríais tomar algo con nosotros?

—Dame tu número y te llamaré. Depende de cómo se sienta Louise —dijo Sandra, mirando hacia su hermana.

—Sí, por supuesto, sin presión, solo si os apetece —dijo Chaz, disimulando bastante mal que le daba igual, mientras introducía su número en el teléfono de ella.

—Toma, guárdalo y te llamaré más tarde —dijo ella, devolviéndole la llamada de inmediato para que tuviera su número en el registro de llamadas.

Les dejaron en el Hotel Villa Venecia alrededor de las siete y media y esperaron pacientemente detrás de Sandra y Louise mientras ellas hacían el check-in y reservaban un masaje, manicura y champán con la tarjeta de crédito de Louise.

—Quizás nos veamos más tarde —dijo Sandra por encima del hombro a Chaz mientras se dirigían a su habitación, arrastrando sus brillantes maletas rosas detrás de ellas.

—Eh, ¿qué? Sí, sería estupendo.

Danny, Fergus y Scott se quedaron detrás de Chaz, riéndose mientras Sandra y Louise desaparecían en el ascensor.

—Qué sutileza, Chaz. ¿Cuántos años hace que no ligas con alguien? —dijo Ferg, con una gran sonrisa en la cara.

—Sería estupendo. Joder, ¿qué clase de respuesta ha sido esa? —dijo Chaz, sacudiendo la cabeza.

—Sí, con eso y el estado de tu cara, no tienes ninguna esperanza, tío —intervino Danny.

—¿Qué quieres decir? Soy un partidazo. Mírame, soy guapísimo —dijo Chaz, sonriendo de oreja a oreja.

—Si tú lo dices, Romeo. Venga, vamos a registrarnos, estamos perdiendo tiempo de bebida —dijo Danny.

—Aunque su hermana era un poco rara, asustada de su propia sombra —dijo Chaz, más para sí mismo que para los demás.

—O asustada de dos viejos y nuestro atractivo amigo gay Scott —dijo Danny, burlándose de los comentarios de Chaz en el autobús.

—Eh, bueno, vale, solo sois un par de años mayores que yo, pero Scott aún podría ser gay.

—Increíble, y pensar que vosotros erais la élite de las fuerzas de combate británicas —dijo Scott, poniendo los ojos en blanco mientras repartía las tarjetas de las habitaciones.

Los tres simplemente sonrieron a Scott antes de alejarse del ascensor para tomar las escaleras hasta el tercer piso.

—Vale, dejad vuestras cosas y nos encontramos aquí abajo en quince minutos. Tenemos que celebrar en serio —dijo Danny,

levantando su equipaje de mano para subir las escaleras de dos en dos. Fergus y Chaz le siguieron de cerca, tirando el uno del otro en una carrera hasta arriba.

—Va a ser un fin de semana muy largo —murmuró Scott, pulsando el botón del ascensor y entrando.

TRES

—Douglas, hay gente en la casa de alquiler al otro lado de la calle, en la que acaba de instalarse esa mujer, eh, ¿cómo se llamaba?

—Sandra. Se marcharán cuando se den cuenta de que no está. ¿Qué tipo de gente? —gritó Douglas desde su despacho.

—Gente grande, con pinta de matones. Douglas, no se están marchando, han entrado en su casa —le contestó a gritos la mujer de Douglas, elevando el tono de su voz.

—¿Qué? Maldita mujer histérica —murmuró Douglas mientras arrojaba el Financial Times sobre la mesa y se dirigía al salón.

—¿Debería llamar a la policía?

—Espera, querida, seguro que hay una explicación perfectamente inocente. Iré a ver qué está pasando.

Douglas salió de la casa y cruzó la calle con paso decidido hacia la puerta de Sandra. Esta se abrió cuando se acercaba y un hombre bajo, fornido, de mediana edad y con un traje negro barato y arrugado dio un paso al frente, bloqueándole el paso.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—Sí, ¿puedo preguntar qué están haciendo aquí? —dijo Douglas, con el tono de sargento mayor retirado que hacía que sonara más como una orden que como una petición.

—Inspector jefe Cain. Asuntos policiales, señor. Ahora, si no le importa regresar a su propiedad —dijo Cain, mostrándole rápidamente su placa a Douglas.

—Mmm, ya veo. ¿Puede decirme qué quieren de Sandra?

—Estamos intentando averiguar el paradero de la señorita Benning y su hermana Louise Benning. Creemos que pueden haber sido testigos de un delito y podrían tener información que nos ayude. Nada grave, solo indagaciones rutinarias. ¿No sabrá usted dónde están estas mujeres, señor?

—Sé que se ha marchado, pero no sé adónde.

Justo cuando Douglas terminó de hablar, una ráfaga de viento abrió la puerta principal por completo, dejando a la vista a dos hombres que estaban registrando el salón de Sandra, volcando muebles y rajando el sofá con un cuchillo.

—Ustedes no son policías. ¿Quiénes demonios son...?

Douglas no pudo terminar la frase. Cain dio un paso adelante y le clavó un cuchillo entre las costillas, perforándole el corazón. Se mantuvo en pie durante unos segundos, con una expresión de conmoción y miedo congelada en su rostro hasta que se desplomó en el suelo. Mientras caía, la esposa de Douglas apareció en el campo de visión de Cain, observando desde la ventana del salón de la casa de enfrente.

—Alex —gritó Cain a uno de los hombres que estaba dentro de la casa.

—Sí, jefe.

—Ve y ocúpate de ella. Que sea discreto —dijo, señalando la casa de enfrente.

—Sí, jefe —dijo Alex, cruzando la calle a paso rápido mientras la mujer de Douglas permanecía paralizada en el sitio, con el miedo y el pánico impidiéndole cualquier pensamiento racional sobre escapar de allí.

Desde el otro lado de la calle, Cain observó cómo Alex aparecía detrás de ella, le tapaba la boca con una mano y le rodeaba el cuello con un brazo, arrastrándola fuera de la vista.

—¿Algo? —gritó al otro hombre en el salón.

—No, jefe, no está aquí.

—Vale, mételo en el maletero y luego cruza la calle para recoger a la mujer y a Alex —dijo Cain, entrando en la casa mientras el otro tipo seguía sus órdenes.

Deambuló por la cocina, revisando trozos de papel y correo con sus manos enguantadas en látex, buscando cualquier pista sobre adónde habían ido Sandra y Louise Benning, pero no encontró nada.

Su teléfono sonó cuando salía de la propiedad, cerrando la puerta principal tras él.

—Inspector Jefe Cain —respondió bruscamente.

—Matt, soy Roger. Me pediste que te llamara si detectábamos alguna actividad.

—Continúa, Roger.

—Está en España. Usó su tarjeta de crédito hace una hora en el Hotel Villa Venecia en Benidorm.

—Buen trabajo, avísame si la vuelve a usar —dijo Cain, moviendo el pulgar para terminar la llamada.

—Espera, Matt.

—¿Qué?

—Mira, esto es peligroso. Si me descubren, perderé mi trabajo y mi pensión, eh... —Hubo una pausa nerviosa antes de que continuara—. Dile al hombre que necesito más dinero.

Cain puso los ojos en blanco, sin sorprenderse por la petición de un gilipollas quejica con problemas de ludopatía.

—¿Estás seguro de que quieres que haga eso, Roger? Tienes una buena situación aquí. ¿Realmente quieres arriesgarte a estropearla?

—Necesito más dinero. Dile que Asuntos Internos de la policía ha estado husmeando en el centro de control investigando acusaciones de mala conducta. Estoy asumiendo un gran riesgo para vosotros. Si caigo, caemos todos —dijo Roger, con voz cada vez más confiada mientras hablaba.

—Vale, tranquilízate, Roger, hablaré con él —dijo Cain con calma.

—Gracias Matt.

Cain colgó y miró arriba y abajo de la calle, protegiéndose los ojos del sol veraniego que descendía. No había nadie a la vista, así que cruzó y subió al asiento del copiloto del BMW X5.

—Vámonos. Nos desharemos de estos dos en la granja de camino.

—Sí, señor —dijo Alex, arrancando.

Cain se quedó mirando su teléfono durante uno o dos minutos, y luego marcó el número.

—¿Lo tienes? —respondió una voz áspera.

—No, no había nada en la casa de la hermana. Pero sé dónde está.

—¿Dónde? —exigió la voz, apenas dándole tiempo a Cain para terminar su frase.

—El Hotel Villa Venecia, Benidorm.

—¡España! Buen trabajo. Haré que Samuel Méndez la recoja.

—Sr. Delany, hay algo más —dijo Cain, sin estar seguro de cómo sería recibida su siguiente pregunta.

—¿Qué?

—Mi contacto, el que consiguió la dirección, quiere más dinero. Está preocupado por si Asuntos Internos descubre la información que nos ha dado. Dice que si él cae, caemos todos.

La línea quedó en silencio durante un rato. Cain sabía que era mejor no hablar, así que simplemente esperó sus órdenes.

—Se ha convertido en una amenaza. Ocúpate de él.

—Sí, señor —respondió Cain sin emoción.

—¿Y Cain?

—¿Sí, señor?

—Haz que parezca un accidente.

—Sí, señor —respondió Cain, pero el Sr. Delany ya había colgado.

CUATRO

Danny dejó sus cosas y le envió un mensaje a Nikki para decirle que había llegado sano y salvo y que la quería, luego salió por la puerta y recorrió el pasillo del hotel hacia las escaleras. A mitad de camino, una puerta se abrió y Louise Benning salió justo en el camino de Danny. Dejó escapar un grito cuando chocaron, luego retrocedió, agarrando su bolso con una expresión aterrorizada.

—Eh, tranquila. No ha pasado nada. ¿Está usted bien? —dijo Danny, retrocediendo y dedicándole una sonrisa tranquilizadora.

—Perdone, está bien. Lo siento —dijo ella, girándose rápidamente para pasar la tarjeta del hotel por la puerta y volver a entrar precipitadamente con una mirada asustada en los ojos.

Dejándola marchar, Danny continuó bajando al vestíbulo donde le recibieron los vítores de» ¡Aquí viene el novio!«, de Chaz y Fergus con una sonrisa reservada de Scott.

—Venga, ¿dónde está el bar más cercano? —dijo Danny, volviéndose hacia Chaz mientras salían del hotel—. Oye, Chaz, acabo de chocarme con la hermana de esa mujer con la que estabas hablando en el autobús. ¿Qué le pasa? Parecía aterrorizada —dijo en voz baja.

—En primer lugar, no estaba ligando con ella.

—Sí, claro —intervino Fergus.

—Su hermana acaba de romper con un novio cabrón de mierda. Tuvo que escaparse para alejarse de él. Por eso están aquí, para que Louise pueda encontrar un piso de alquiler y empezar de nuevo.

—Mmm, eso explica por qué parecía tan asustada cuando se chocó conmigo —dijo Danny, frunciendo el ceño.

—O era eso, o el olor que desprende tu aftershave. Yo me inclino más por el aftershave —respondió Fergus con una gran sonrisa.

—Cómo cualquiera de vosotros logra atraer a alguien del sexo opuesto es un misterio para mí —dijo Scott, desentonando con su caro traje frente a Danny, Chaz y Fergus con sus camisetas, pantalones cortos y zapatillas deportivas.

—Pura atracción animal, Scotty —dijo Danny, abandonando su ceño fruncido y poniéndose en ambiente festivo.

—Busqué en Google un pequeño bar de vinos no muy lejos de aquí, por si a alguien le interesa —sugirió Scott desde atrás.

—¿Está de broma? —dijo Chaz, girándose para mirar a Scott.

—No, me temo que no —dijo Danny, riéndose.

—Solo era una sugerencia. Me conformo con ir a beber cerveza y cantar canciones de fútbol hasta que nos desmayemos como todos los demás cavernícolas —murmuró Scott con una expresión ligeramente dolida en su rostro.

—Venga, tío, nada de canciones de fútbol ni desmayos, lo prometo —dijo Danny, sonriendo a su amigo.

Pasaron varias horas bebiendo por diferentes bares, con solo breves estallidos de canciones de fútbol cuando otra despedida de soltero se animó en un bar deportivo. Con el resto del fin de semana por delante, y para disgusto de Fergus, regresaron hacia el hotel, parando en un bar a poca distancia del hotel para tomar una última copa.

—Venga, debiluchos, todavía es temprano. Podríamos ir a ese club de striptease cerca del centro.

—Pórtate bien —dijo Danny.

—Ni lo pienses —chasqueó Scott.

—Sí, a tu Gaynor le encantaría eso —dijo Chaz mientras todos se inclinaban sobre la mesa para dar una colleja a Fergus.

—Vale, dejadlo ya —dijo Fergus, tomándoselo con buen humor mientras sonaba el teléfono de Chaz.

—Sandra —contestó Chaz, incapaz de contener la sonrisa que se extendía por su rostro.

—¿Todavía te apetece esa copa?

—Sí, por supuesto.

—Bien, ¿dónde estáis?

—Estamos en un pequeño bar cerca del hotel. Salid por la entrada principal y girad a la izquierda, nos veréis sentados fuera —dijo Chaz mientras los demás le miraban.

—Vale, nos vemos en unos minutos —dijo Sandra, colgando.

Danny y los demás vitorearon y dieron palmadas en la espalda a Chaz.

—Bueno, colega, has ligado. Pide las copas, Chaz —se rió Fergus.

Unos minutos y una ronda de bebidas después, Fergus divisó a las dos hermanas bajando desde el hotel por la carretera tenuemente iluminada.

—Ahí viene tu novia, Chaz.

—No es mi novia, ¿vale? —protestó Chaz.

Danny no estaba escuchando. Dos figuras sombrías captaron su atención cuando aparecieron desde una esquina a pocos metros detrás de las dos mujeres. Los pelos de la nuca se le erizaron. Estaba demasiado oscuro para distinguirlas claramente, pero se movían con determinación, con la cabeza alta, los ojos fijos en las mujeres. Uno de ellos sostenía un teléfono en la oreja mientras aceleraban el paso para reducir la distancia entre ellos. Las luces y el ruido de un vehículo hicieron que Danny girara la cabeza. Una furgoneta Transit entró en la carretera desde la dirección opuesta y se dirigió hacia las mujeres.

—Chicos —dijo Danny, levantándose y empezando a moverse.

Sus antiguos camaradas del SAS captaron al instante su lenguaje corporal, reconociendo la mirada mientras el rostro de Danny se endurecía, observando cómo sus ojos seguían la furgoneta por la calle. Se levantaron en un abrir y cerrar de ojos, siguiendo a Danny fuera del bar, dejando a Scott con una copa de vino blanco en la mano, preguntándose qué estaba pasando.

La furgoneta se detuvo junto a las mujeres, abriendo la puerta lateral antes de detenerse por completo. Tras alcanzarlas, los dos hombres que seguían a las hermanas las agarraron por detrás. Sandra soltó un grito mientras los hombres las empujaban hacia su cómplice que esperaba dentro de la furgoneta. Danny giró desde la parte trasera del vehículo, su puño silbó pasando junto a la cabeza de Sandra para hacer contacto con el pómulo de su agresor. Cuando la cabeza del tipo se echó hacia atrás y sus manos la soltaron, Chaz apareció por detrás de la furgoneta y empujó el borde de la puerta lateral abierta con todas sus fuerzas. Hizo un fuerte ruido al precipitarse hacia el cierre sobre sus correderas, deteniéndose cuando golpeó al hombre que se inclinaba para agarrar a las mujeres, rompiéndole las costillas al quedar aplastado entre el borde de la puerta y el marco.

Fergus corrió alrededor de la parte delantera de la furgoneta y se acercó por detrás al hombre que empujaba a Louise. Juntó las manos y las golpeó sobre las orejas del tipo con toda la fuerza que pudo. El hombre se desplomó como un globo de plomo, perdiendo el equilibrio cuando ambos tímpanos se reventaron, dejándolo conmocionado y con un dolor insoportable. Al ver esto, el conductor gritó algo en español mientras aceleraba la furgoneta. El tipo al que Danny había golpeado se alejó de Sandra y abrió la puerta del pasajero, apenas logrando entrar antes de que el conductor saliera disparado con el hombre herido en la parte trasera todavía colgando medio dentro y medio fuera del vehículo.

—¿Estáis bien, señoras? Hay que tener cuidado por estas callejuelas de noche —dijo Danny, sonriendo para reconfortar a las dos mujeres temblorosas.

—Muchísimas gracias. ¿Qué crees que querían? —dijo Sandra después de unos momentos.

—No lo sé. Dinero, pasaportes, quizás os habrían llevado a un cajero automático y os habrían obligado a sacar todo lo que pudierais. Le preguntaría a este, pero dudo que me oyera.

—Te ha gustado, ¿eh? Siempre he querido probar el golpe doble en las orejas. Funciona de maravilla —dijo Fergus, propinándole una

patada rápida en el estómago al hombre que se retorcía en el suelo, para rematar.

—Supongo que deberíamos llamar a la policía. Scott habla español, ¿no? —dijo Chaz.

—No, no, policía no —intervino Louise, lanzando una mirada de reojo a su hermana.

—No, está bien. Estamos bien, no ha pasado nada grave. Si involucramos a la policía será un gran dolor de cabeza. Probablemente estaremos en la comisaría la mitad del fin de semana y arruinará vuestra despedida de soltero —dijo Sandra.

—Vale, si es lo que queréis —dijo Danny, poco convencido por la respuesta. Había algo extraño en las dos mujeres. Las miradas de miedo en sus rostros habían desaparecido más rápido de lo que esperaría en civiles.

—Bueno, al menos dejad que os acompañemos de vuelta al hotel —añadió Danny, notando que Sandra se pegaba a Chaz.

Mientras las mujeres asentían, Danny divisó un par de folletos tirados en la carretera que debían haberse caído de la furgoneta cuando salió disparada.

—Club Desire. Club de striptease para caballeros.

Volvieron al bar donde Scott dejó su copa sobre la mesa y aplaudió. —Bueno, eso no ha tardado mucho. Pensaba que al menos llegaríais a mañana antes de meteros en algún tipo de pelea.

—Haznos un favor y aprovecha esas clases de español, Scott, pregúntale al camarero si puede llamar a una ambulancia para ese canalla de allí. Toma, dale esto. Asegúrate de que lo entiende. Nosotros nunca estuvimos aquí, ¿vale? —dijo Danny, sacando un billete de cincuenta euros de su cartera como propina.

—Recibido, viejo —dijo Scott, dirigiéndose al interior para hablar con el camarero.

Cuando todos regresaron al hotel, se dirigieron a sus habitaciones en la tercera planta. Mientras Chaz y Fergus se despedían, los ojos de Sandra se cruzaron con los de Chaz, causando una pausa incómoda entre el grupo que solo terminó cuando se dirigieron por el pasillo hacia sus habitaciones en el extremo opuesto de la planta de Danny, Scott y las hermanas.

—Disculpad si he estado un poco rara. Todavía estoy algo conmocionada. ¿No tendréis algo fuerte para beber en vuestra habitación que me calme los nervios? —dijo Louise, sorprendiéndolos a ambos por su cambio de carácter.

—Por supuesto, querida, tengo un excelente whisky de malta. Eres más que bienvenida a tomar una pequeña muestra.

—Gracias, eh... ¿?

—Scott, Scott Miller.

—Gracias, Scott. ¿Vienes, hermanita? —dijo Louise, volviéndose hacia Sandra.

—No, he tenido suficientes emociones por una noche. Ve tú. Yo me voy a la cama.

—Bueno, ahora estáis a salvo. Os dejo con Scott. Buenas noches, señoras —dijo Danny, girándose para dirigirse a su habitación.

—Danny, ¿verdad? —dijo Sandra, deteniéndolo en seco.

—Sí.

—Gracias de nuevo por lo de antes. No sé qué habríamos hecho si no hubieseis estado allí.

—De nada —respondió él, marchándose, sonriendo al oír a Scott desplegando su habitual encanto mientras acompañaba a Louise a su habitación para tomar una copa.

CINCO

El teléfono vibró sobre la superficie de mármol de la gran barra de desayuno, con una vibración que sonaba como una abeja furiosa en una caja de cerillas. Gregory Delany dejó de caminar de un lado a otro y lo agarró antes del tercer timbrazo.

—Háblame, Mendez.

—Hemos tenido un problema.

—¿Qué quieres decir con que habéis tenido un problema? ¿Qué tan difícil podía ser? Solo son dos mujeres —dijo Delany, cortando a Mendez mientras elevaba la voz.

—Un aspirante a héroe y sus amigos se entrometieron cuando las estábamos capturando. Dejaron a tres de mis hombres en el hospital con tímpanos reventados, costillas rotas y una fractura en la cuenca del ojo.

—¿Dónde está ella ahora? —ordenó Delany, sin mostrar interés alguno por el destino de los hombres de Mendez.

—Han vuelto al hotel. Tengo hombres vigilando. Tendremos que atraparlas cuando salgan por la mañana.

—No, las quiero esta noche.

—No puedo. Hay cámaras, seguridad del hotel.

—¿Necesito recordarte lo que pasaría si el contenido de ese pendrive cayera en las manos equivocadas? Ahora tráemelas a ellas y el pendrive, esta noche. Todo el mundo tiene un precio, soborna al personal del hotel, amenázalos, mátalos. Me importa una mierda.

Solo quiero que me traigas a ella y el pendrive. Ahora, Mendez, ¿me oyes? Mañana salgo en avión. No me falles —Delany estaba gritando cuando colgó, estrellando el teléfono contra la encimera de mármol. Se sirvió otro whisky en un vaso y se lo bebió de un trago mientras aún sostenía la botella en la otra mano. Un segundo después, liberó su furia contenida lanzando el vaso contra la pared opuesta, viendo cómo estallaba en un millón de pedazos.

—Maldita zorra —gritó a pleno pulmón.

Uno de sus hombres entró corriendo al oír el ruido, deteniéndose en seco en la puerta cuando su furioso jefe le lanzó una mirada de soslayo cargada de ira.

—Que alguien limpie eso —ordenó antes de salir furioso de la habitación.

Cruzó el pasillo y abrió la puerta que conducía a su amplio garaje con espacio para cuatro coches. Dos hombres dejaron de hacer lo que estaban haciendo. Uno de ellos era Ken Gambit, la mano derecha de Delany, y el otro era uno de sus matones a sueldo. Ambos miraron hacia Delany, con las mangas de sus camisas blancas remangadas hasta los codos para evitar que la sangre de sus nudillos salpicara la impoluta tela blanca, y sus chaquetas colgadas sobre un carrito de golf apoyado contra la pared trasera. En el centro del garaje, un hombre atado a una silla escupió sangre sobre el suelo de hormigón y resolló al respirar.

—Por favor, señor Delany, no fue culpa mía —jadeó, mirando a Gregory a través del único ojo que no tenía completamente hinchado.

—¿Entonces estás diciendo que es culpa mía? —dijo Delany, acercando su rostro al de su contable Patrick Hopkins.

—No, no, yo, eh, pero... —dijo Patrick con un tartamudeo aterrorizado.

—Pero, pero, pero. ¿Fui yo quien dejó el pendrive desatendido? ¿Lo fui? —gritó Delany en la cara de Patrick.

—No, señor Delany.

—Me tomo la molestia de tener los detalles de un imperio de varios millones de libras almacenados en dos pendrives seguros, lejos de cualquier ordenador que pueda ser confiscado, hackeado o

comprometido, lo que nos enviaría a todos a la cárcel. Pago una fortuna para que instalen una caja fuerte biométrica especial en la pared de mi puta casa para mantenerlos a salvo, ¿y tú dejas uno de ellos conectado a tu portátil para que esa zorra se lo lleve, mientras te vas a comer?

La ira de Delany estalló y propinó un derechazo en la cara de Patrick, haciendo que su cabeza se sacudiera hacia atrás en la silla.

—Por suerte para ti, sabemos dónde está ella, o ya estarías muerto. —Delany retrocedió y miró a Ken—. Límpialo y envíalo a casa.

—Sí, jefe.

—Recuerda, me perteneces, Hopkins. Si la cagas de nuevo, te mataré a ti y a tu familia —dijo Delany, mirando a Patrick antes de dirigirse de nuevo hacia la casa.

Entró en la cocina, ignorando a su hombre que estaba recogiendo los cristales rotos, agarró la botella de whisky de la encimera de mármol y se dirigió hacia las escaleras.

—Me voy a la cama —gritó por encima del hombro.

SEIS

Samuel Méndez dejó su teléfono sobre el escritorio de su oficina encima del Club Desire. Se recostó en la silla, dio una larga calada a su cigarrillo y exhaló una gran nube de humo.

—Arlo.

—Jefe —dijo Arlo, girando la cabeza desde el televisor para mirar a Méndez mientras estaba sentado en un desgastado sofá de cuero en la esquina de la oficina.

—Averigua quién es el gerente nocturno del Hotel Villa Venecia. Quiero saberlo todo sobre él, y reúne a algunos hombres. Delany no esperará. Quiere a las mujeres y su maldita memoria USB de vuelta esta noche, cueste lo que cueste.

—¿Esta noche? ¡Ya es la una y media!

—Solo hazlo, Arlo. Delany se marcha mañana en avión y no quiero ser yo quien le diga que no hemos recuperado a su novia y su propiedad, ¿tú sí? —dijo Méndez, frotándose la frente mientras intentaba aliviar su creciente dolor de cabeza.

—Me pondré con ello ahora mismo, jefe —dijo Arlo, despegando su corpulencia de la silla para alzarse como una torre de músculo forjado en el gimnasio de un metro noventa y ocho.

—Gracias, Arlo —dijo Méndez, observando a su mano derecha moverse hacia la puerta. Al abrirla, Paulo Ramos, un joven camarero de abajo, estaba en el umbral con aspecto de conejo deslumbrado por los faros.

Arlo y Méndez se quedaron mirándole, esperando una explicación.

—Disculpe, señor Méndez, tengo la bebida que pidió —dijo finalmente Paulo, levantando un vaso con su mano temblorosa.

—Ya era hora. Tráela aquí —dijo Méndez, haciéndole un gesto para que se acercara.

Cuando Paulo colocó la bebida sobre el escritorio, Méndez sacó rápidamente una mano para agarrarle la muñeca con un agarre férreo.

—Cuando estabas fuera de la puerta, no escuchaste nada, ¿verdad, Paulo? —dijo Méndez, con voz baja y tranquila, apretando más su agarre mientras miraba fijamente a los ojos de Paulo.

—Eh, no, señor Méndez, nada. Estaba a punto de llamar cuando se abrió la puerta —dijo Paulo, temblando físicamente, con el miedo escrito por toda su cara.

Méndez lo mantuvo allí unos segundos más solo para reforzar el poder que tenía sobre él antes de soltarlo y sonreír.

—Bien, demasiado conocimiento puede ser peligroso para tu salud. Ahora ve y tráeme la botella. Va a ser una noche larga —dijo Méndez, bebiendo de un trago antes de centrar su atención en unos papeles sobre su escritorio, dejando a Paulo salir torpemente por la puerta.

Unos minutos después, sonó un golpe en la puerta.

—Adelante —gritó Méndez.

Mateo Guilar entró, con el ojo casi cerrado por la hinchazón y adquiriendo un tono entre púrpura y negro.

—Mateo, pasa. ¿Cómo va ese ojo? ¿Qué te han dicho en el hospital?

—Está bien, sin daños permanentes, una fractura en el pómulo, debería curarse solo sin problemas.

—Bien, cuéntame qué pasó. ¿Fueron los hombres de Alonzo? —dijo Méndez, inclinándose hacia delante.

—No, no, simplemente tuvimos mala suerte. Este tío, de Inglaterra, se metió y sus amigos le siguieron.

—¿Definitivamente no eran los hombres de Alonzo?

—No jefe, envié a Felipe a preguntar en los bares de enfrente. Eran cuatro, ex-militares o algo así. Los camareros les oyeron hablar sobre sus días en el ejército, lo que explica lo que pasó en la furgoneta. Están aquí por una despedida de soltero. Ya sabes, pantalones cortos, camisetas estúpidas, jodidos británicos de borrachera.

—Vale, bien, gracias, Mateo, ve a descansar un poco —dijo Méndez, relajándose de nuevo en su silla mientras Mateo salía, cruzándose con Paulo en el pasillo que traía la botella para Méndez.

SIETE

Danny se despertó y se duchó, sin rastro ya de los problemas de la noche anterior, reemplazados por las festividades del fin de semana y su próxima boda con Nikki. De camino al desayuno, llamó a la puerta de Scott, riéndose al ver su ceño fruncido cuando miró su camiseta rosa con «El novio» impreso.

—Mmm, qué elegante. Pasa, amigo, solo tengo que ponerme los zapatos. Espero que no pretendas que me ponga una de esas —dijo Scott, alejándose de la puerta con su camisa Armani de manga corta y envuelto en una nube de algún carísimo perfume.

—Yo no te obligaré, pero quizás te cueste convencer a Ferg y Chaz, Scotty. Vaya, afloja con el perfume, colega, hueles como una verdadera fulana. Ah, por cierto, ¿es seguro entrar? ¿No tendrás todavía a Louise escondida por aquí? —dijo Danny con una sonrisa.

—Por supuesto que no. Me comporté como un perfecto caballero. Fue algo extraño, la verdad. Entró, pidió usar el baño, y cuando salió dijo que había cambiado de opinión sobre la copa y se escabulló por la puerta sin siquiera decir «buenas noches«.

—Debes estar perdiendo facultades, tío. Venga, me muero de hambre —dijo Danny, guiando a Scott fuera de la habitación.

Caminaron por el pasillo hacia las escaleras. Danny pudo ver un carrito de limpieza fuera de la habitación de Sandra y Louise. La camarera de pie junto al carrito gesticulaba y hablaba a toda velocidad en español con otra camarera dentro de la habitación.

Cuando pasaron por delante, Danny miró dentro y vio las sábanas en el suelo, todos los cajones abiertos y las puertas del armario abiertas de par en par, sin rastro de las hermanas ni de su equipaje.

—Scott, pregúntales qué ha pasado con Sandra y Louise.

—Vale, eh, déjame pensar.

Mientras Scott hablaba con las camareras en un español rudimentario, Danny asomó la cabeza dentro de la habitación. Aparte de estar revuelta, no había señal de las hermanas.

—No lo saben. El gerente simplemente les dijo que prepararan la habitación para el siguiente huésped —le dijo Scott a Danny antes de sonreír a las camareras—, *Gracias señoritas.*

Danny sonrió y asintió a las señoras mientras salía de la habitación. Con el ceño fruncido, aceleró el paso, dirigiéndose escaleras abajo hacia recepción.

—Aquí vamos de nuevo —murmuró Scott para sí mismo, tratando de seguirle el ritmo.

—Buenos días, señor, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo la recepcionista al ver a Danny acercarse al mostrador.

—Buenos días. Se suponía que íbamos a encontrarnos con unas amigas en la habitación 318 esta mañana, pero al pasar he visto que está vacía. ¿Podría decirme si han cambiado de habitación? —preguntó Danny con una sonrisa amistosa.

—Déjeme ver, señor —dijo la recepcionista, tecleando en el ordenador del mostrador—. Según el sistema, las dos señoras de la habitación 318 hicieron el salida a las cuatro de la madrugada.

—¿A las cuatro? ¿Dijeron algo? ¿Sabe usted por qué se fueron? —dijo Danny, intentando no parecer demasiado insistente.

—No lo sé, señor, acabo de incorporarme al turno. Eh, si espera solo un minuto, el gerente del turno de noche todavía está aquí, iré a buscarlo.

—Gracias. Se lo agradecería —dijo Danny, sonriéndole.

—Dime, viejo amigo, ¿estás seguro de esto? Después de todo, no es realmente asunto nuestro, ¿verdad? —dijo Scott mientras esperaban.

—Solo quiero asegurarme de que están bien, Scott. ¿No te parece extraño, especialmente después de los acontecimientos de

anoche?

—Aunque sea extraño, sigue sin ser asunto nuestro —protestó Scott.

—¿Puedo ayudarle, señor? —se oyó la voz del gerente nocturno detrás de ellos.

—Sí, nuestras amigas estaban en la habitación 318. Al parecer se marcharon a primera hora de esta mañana. Me preguntaba si dijeron adónde iban, o si les pidieron que les consiguieran un taxi —dijo Danny, observando el lenguaje corporal del hombre, notando lo nervioso que parecía, con un pequeño hilo de sudor corriendo por su sien mientras cambiaba el peso de un pie a otro.

—Sí señor, pidieron un taxi al aeropuerto. Creo que volaban a casa. Algún tipo de emergencia familiar.

El hombre parecía decididamente incómodo, hablando rápido, como si hubiera ensayado el discurso en su cabeza de antemano. Danny no insistió más.

—Gracias —dijo, dándose la vuelta y caminando hacia el comedor con Scott.

—Ahí lo tienes, viejo, todo fácilmente explicado.

Danny no respondió. Se giró para mirar hacia recepción y vio al encargado nocturno hablando con alguien por el móvil. En cuanto sus miradas se cruzaron, el encargado se dio la vuelta nerviosamente como si no hubiera estado observándole. Con su mente todavía dándole vueltas a las cosas que no encajaban, se dirigió escaleras abajo hacia el comedor en la planta inferior.

—Dios mío —dijo Scott, viendo a Chaz y Fergus devorando el desayuno con camisetas rosas a juego. La de Fergus tenía escrito «Estoy con este idiota« en la parte delantera y la de Chaz ponía «Fóllame, estoy soltero«.

La visión de los dos hizo reír a Danny, a pesar del enigma de las hermanas desaparecidas. Dirigiéndose directamente al bufé del desayuno, Danny llenó su plato hasta arriba antes de sentarse frente a Fergus y Chaz.

—Será mejor que te llenes más el estómago, Scott, lo vas a necesitar —dijo Fergus, riéndose de los dos cruasanes y el yogur de Scott.

—Puede ser, Fergus, viejo amigo, pero cuando todos vosotros estéis revolcándoos por el suelo con ataques al corazón por arterias obstruidas, yo seguiré caminando tan fresco como una rosa. Me pregunto quién se reirá entonces —dijo Scott con una sonrisa presumida.

—No si te mato antes —dijo Fergus, manteniendo su salchicha en vertical sobre el tenedor para que pareciera que estaba haciendo un corte de mangas.

—Entonces, ¿cuál es el plan de acción del condenado? —dijo Chaz, ignorando a Scott y Fergus.

Danny no respondió. Estaba mirando fijamente por la ventana del comedor hacia la piscina y los jardines del hotel, sumido en sus pensamientos.

—Tierra llamando a Danny.

Danny giró lentamente la cabeza para mirarlos. —Estaba pensando que podríamos ir a ese club de striptease, el Club Desire.

—¿En serio? —dijo Fergus mientras todos miraban a Danny de forma extraña.

—¿Un club de striptease? ¿Sabes que solo estaba bromeando anoche?

—Sí, Daniel, eso es bastante impropio de ti. ¿Qué te traes entre manos? —dijo Scott, mirando a Danny con suspicacia.

—Solo es una sana curiosidad, iremos después del desayuno —dijo Danny con naturalidad antes de volver a su desayuno.

—¿Después del desayuno? No abrirá hasta la noche —dijo Fergus.

—Lo sé. Ese es el mejor momento para ir —dijo Danny, levantando la mirada y sonriendo.

—Ya está. Vamos, ¿qué está pasando? —dijo Chaz.

Danny les puso al corriente sobre el folleto del Club Desire que se había caído de la furgoneta la noche anterior, la habitación de Sandra y Louise que habían registrado, y su aparente salida según el obviamente nervioso encargado nocturno.

—¿No crees que deberíamos comunicar nuestras preocupaciones a la policía? —dijo Scott, encogiéndose de hombros cuando los tres se giraron para mirarlo—. ¿Qué?

—No tenemos ni hermanas, ni pruebas de que alguien intentara secuestrarlas o robarles, y estoy bastante seguro de que mandamos a tres hombres al hospital, lo que nos llevaría al arresto. Mira, solo quiero echar un vistazo al Club Desire. Estoy seguro de que no será nada y si quieres esperar en el hotel, no pensaremos menos de ti —le dijo Danny a Scott.

—Yo no he dicho eso, ¿verdad? Podéis contar conmigo. Solo tengo que ir a lavarme los dientes y estaré con vosotros enseguida —dijo Scott, disculpándose para subir a su habitación. Entró en el baño y metió la mano en su neceser para buscar la pasta de dientes y el cepillo. Mientras rebuscaba dentro, sus dedos notaron algo pequeño y duro. Cuando lo sacó, un resistente pendrive USB con cifrado AES de 256 bits de grado militar estaba entre sus dedos.

—Qué extraño. Esto es un equipo bastante serio —murmuró Scott para sí mismo, dándole vueltas mientras se preguntaba cómo había llegado allí.

Su mente recordó la noche anterior cuando Louise Benning pidió usar el baño tan pronto como entró en su habitación, y luego puso una excusa y se marchó inmediatamente después.

¿Qué tiene de importante esto para que lo escondieras en mi habitación, y de quién lo estás ocultando?

—Quizás eche un pequeño vistazo —se dijo Scott, dirigiéndose a su portátil.

Lo encendió y conectó la memoria USB. Como era de esperar, le pidió una contraseña de acceso. Scott abrió un software de interrogación de dispositivos que le dijo todo lo que necesitaba saber sobre la memoria USB.

—Mmm, alguien no quería que nadie accediera a esta pequeña joya —murmuró Scott, sacando el dispositivo del ordenador y metiéndolo en su bolsillo.

Apagó el portátil y bajó para reunirse con los demás, olvidándose de mencionar su descubrimiento debido a la impaciencia de ellos por su tardanza.

OCHO

En lo alto de las colinas de Maylan, Alonzo Acosta salió a la terraza de su piscina. Contempló las vistas panorámicas de las montañas que descendían hasta los altos y apretados hoteles y edificios de apartamentos de Benidorm en la distancia, con el profundo azul del Mar Mediterráneo más allá. Sorbió su café, girando la cabeza al oír el sonido de la puerta eléctrica abriéndose. El Mercedes negro de su mano derecha, Leo Quinn, recorrió la entrada circular para aparcar junto al edificio.

—Buenos días, Leo, ¿quieres un café? —dijo Alonzo mientras Leo subía a la terraza, peinándose hacia atrás su cabello gris con la mano.

—Sí, gracias —dijo Leo, siguiendo a Alonzo hasta la cocina.

—¿Qué te trae por la colina tan temprano? —dijo Alonzo, entregándole a Leo una taza pequeña de café negro fuerte.

—Acabo de recibir información interesante de nuestro hombre dentro del club de Méndez.

—¿Qué, ese pequeño bicho, Paulo?

—Sí, dice que la novia de Gregory Delany le ha dejado. Se subió a un avión con su hermana y está aquí en Benidorm.

—¿Y qué me importa eso? —dijo Alonzo, encogiéndose de hombros.

—Le robó algo cuando se marchó.

—¿Qué? —dijo Alonzo, con la curiosidad despertada.

—Un pendrive encriptado —dijo Leo, haciendo una pausa para tomar un sorbo de café.

—¿Qué hay en él?

—No lo sabe, pero Delany está como loco. Méndez tiene a todo el mundo movilizado para recuperarla a ella y el pendrive. Intentaron atrapar a las dos hermanas cuando volvían a su hotel, pero tuvieron problemas con unos soldados británicos de despedida de soltero. El resultado fueron tres hombres de Méndez en el hospital. Paulo dice que Delany ha ordenado a Méndez sobornar al encargado de noche del hotel, el Villa Venecia, para poder atrapar a las mujeres en su habitación. Eso es todo lo que sabe. Ah, y Delany volará más tarde hoy.

—¿Qué, aquí? ¿Delany viene a Benidorm? —dijo Alonzo, sorprendido.

—Sí, hoy.

Alonzo dejó su taza de café y caminó de vuelta a la terraza de la piscina. Miró hacia Benidorm en la distancia, sumido en sus pensamientos. Leo le siguió y se quedó de pie junto a su jefe sin decir palabra, esperando instrucciones.

—Comprueba el hotel. Averigua si Méndez consiguió atrapar a la novia de Delany y a la hermana. Si lo hizo, pon hombres en el club, en la fábrica y en la villa de Méndez. Llámame en cuanto sepas dónde las tiene.

—Vale —dijo Leo, sacando el teléfono de su bolsillo mientras se disponía a marcharse.

—Y pon a alguien en el aeropuerto. Quiero saber en el momento exacto en que Delany aterrice. Lo que sea que haya en ese pendrive, es realmente importante para Delany, y si es importante para él, yo lo quiero.

Leo se volvió y asintió a Alonzo antes de continuar hacia su coche.

NUEVE

Como la mayoría de clubes y bares, Club Desire tenía un aspecto decididamente poco impresionante bajo el brillante sol de la mañana. Estaba situado en la esquina de un concurrido cruce y con todos los carteles de neón apagados, el edificio pintado de negro mate parecía abandonado y gris. Danny intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Miró a ambos lados del edificio, sonriendo para sí mismo cuando vio el camino de entrada que conducía a la parte trasera del club.

—Id a tomar algo allí. Voy a echar un vistazo por detrás. Si veis algo que parezca problemático, llamadme —dijo Danny, volviéndose hacia los demás y señalando un bar al otro lado de la calle.

—Sí, id a tomar algo y llamadnos si veis algún problema —dijo Fergus, sonriendo a Chaz y Scott antes de seguir a Danny.

—Tómate algo, Scott, y llámanos si hay algún problema —dijo Chaz, volviéndose hacia Scott mientras seguía a los otros.

—¿Qué tipo de problema exactamente? —dijo Scott, poniendo los ojos en blanco.

—No sé, simplemente un problema —gritó Chaz.

—Vale niños, id a jugar, los adultos estaremos justo aquí —murmuró Scott para sí mismo mientras cruzaba la calle y tomaba asiento fuera del bar.

—¿Qué desea, señor? —dijo el camarero, preparando las últimas mesas para el servicio del día.

—¿Puedo tomar un capuchino, por favor? —dijo Scott, mirando la hora y decidiendo que era demasiado temprano para un gin tonic.

En la parte trasera del club, Danny dio un paso para ver alrededor de los grandes contenedores de basura hacia un pequeño patio. La puerta trasera del club estaba abierta, con la furgoneta de anoche aparcada en la esquina. Cuando se volvió a poner a cubierto, Fergus y Chaz estaban agachados junto a él, sonriendo.

—Os dije que esperarais en el bar. ¿Visteis la furgoneta?

—Sí —dijeron Fergus y Chaz al unísono.

—Bueno, ya que estáis aquí, podéis haceros útiles —dijo Danny, cediendo y señalando hacia la puerta.

—Recibido —respondieron ambos, todavía sonriendo.

Los tres se movieron rápidamente hacia la puerta, Fergus y Chaz posicionándose a un lado mientras Danny se pegaba a la pared del otro lado. Asomó la cabeza para tomar una rápida instantánea mental del interior antes de apartarse de nuevo.

Pasillo largo, cocina a la izquierda, barra y escenario al fondo. Dos puertas en el pasillo, nadie a la vista.

Danny giró y entró, con Fergus y Chaz siguiéndole de cerca. Se detuvieron cuando Danny echó un vistazo a la cocina. Un chef gigantesco les daba la espalda, sus brazos moviéndose mientras preparaba alimentos para cocinar más tarde. Medía aproximadamente dos metros y pesaba unos ciento noventa kilos, con manos como palas. Danny pasó la entrada, haciendo señas a Fergus y Chaz para que le siguieran por el pasillo. Se detuvo ante una puerta marcada como Privado y miró la cerradura de botón. Era antigua y estaba suelta en la puerta. Cuando la empujó, pudo ver un destello de luz alrededor de su borde que venía del otro lado y el pestillo de latón que sobresalía hacia el marco de la puerta. Danny se volvió hacia Chaz e hizo un gesto de girar una llave en la cerradura antes de señalar la puerta y seguir adelante para examinar la zona del bar y el escenario. Chaz miró la cerradura y señaló hacia la cocina para Fergus, haciendo un movimiento de apuñalar en el espacio entre la cerradura y el marco. Fergus asintió y se deslizó de vuelta hacia la cocina para conseguir un cuchillo.

Danny echó un vistazo al bar y a la zona principal del club. Sonaba música, pero no demasiado alta. No había nadie allí excepto Paulo, que estaba ocupado reponiendo las neveras y estanterías del bar con botellas y latas, preparándolas para la hora de apertura.

De vuelta en el pasillo, Fergus miró hacia la cocina. El enorme chef seguía de espaldas a la puerta y estaba ocupado cortando cebollas y ajo para la sartén que chisporroteaba en el fogón frente a él. Pisando con cuidado, Fergus se deslizó dentro de la cocina, moviéndose silenciosamente detrás del chef, que le hacía parecer un niño en comparación. Estiró el brazo y cogió un pequeño cuchillo de la encimera de acero inoxidable y comenzó a caminar hacia atrás en dirección a la puerta, con los ojos fijos en el gigantesco chef mientras se movía. Solo había retrocedido un par de pasos cuando su codo golpeó las sartenes que colgaban de ganchos en una barra fijada a la pared, provocando un suave estrépito al chocar entre ellas. Fergus se quedó paralizado, desviando la mirada de las sartenes al chef. El ruido de cortar se detuvo y el chef se irguió lentamente antes de darse la vuelta con un gran cuchillo de cocina en la mano, con una expresión de curiosidad al ver a Fergus de pie en su cocina, en pantalones cortos y camiseta, sujetando un pequeño cuchillo.

—Eh, *hola* —dijo Fergus, dejando el pequeño cuchillo antes de levantar las palmas de las manos, añadiendo una sonrisa desarmante mientras retrocedía hacia la puerta.

La cara del chef pasó de pasiva a furiosa en un abrir y cerrar de ojos. Se abalanzó sobre Fergus, blandiendo el gran cuchillo de cocina frente a él.

—¡Mierda! —Fergus estiró la mano para agarrar una sartén grande de su gancho. Hizo un revés contra la mano del chef que sujetaba el cuchillo, golpeando el filo metálico de la hoja con un estrépito antes de impactar en los nudillos del chef con un golpe sordo.

El agarre del chef se aflojó y el cuchillo salió volando hacia el extremo opuesto de la cocina. Aprovechando el impulso de la sartén al alejarse de su cuerpo, Fergus giró para poner toda su velocidad y peso corporal en un puñetazo con la mano derecha a los riñones del

chef. Cuando golpeó al gigantesco chef, la carne se hundió alrededor de su puño como si estuviera golpeando masa. Aparentemente sin verse afectado, el chef agarró a Fergus por la garganta con una mano enorme y cogió el cinturón de sus pantalones cortos con la otra.

—¡Mierda! —graznó Fergus mientras el chef lo levantaba del suelo y lo lanzaba a través de la mesa de preparación de acero inoxidable, haciendo que utensilios y recipientes cayeran estrepitosamente al suelo mientras se deslizaba por el borde y se estrellaba contra la gran nevera de catering.

Mientras Fergus intentaba levantarse, el chef empujó la pesada mesa de acero inoxidable a un lado como si no pesara nada y se agachó para recoger el gran cuchillo de cocina, fijando sus ojos asesinos en Fergus.

—¡Mierda! —dijo Fergus de nuevo, sus pies resbalando sobre los utensilios caídos mientras intentaba levantarse.

Apenas en pie y sin haberse erguido del todo, Fergus levantó los brazos para defenderse, esperando sentir la fría hoja de acero cortando su carne mientras el chef se le echaba encima. En su lugar, se oyó un enorme estrépito y el chef cayó hacia un lado a cámara lenta como un árbol siendo talado. En su lugar estaba Chaz, sosteniendo el mango de una pesada sartén de hierro forjado con ambas manos como si fuera un bate de béisbol.

—Venga, Ferg, deja de perder el tiempo con tu nuevo amigo y sigamos con esto —dijo Chaz, soltando la sartén cuando vio que el chef estaba inconsciente.

—Vale, ya voy. No necesitaba tu ayuda. Un par de minutos más y lo habría tenido —dijo Fergus, agarrando el cuchillito para la cerradura de la puerta antes de seguir a Chaz fuera de la cocina.

—Cristo, ¿podéis hacer más ruido? —dijo Danny, volviendo por el pasillo.

—No me mires a mí, culpa al señor Estrella Michelin que viene detrás —dijo Chaz, manipulando el pequeño cuchillo a través del fino hueco entre la cerradura y el marco mientras Fergus se encogía de hombros ante Danny. Antes de que Danny pudiera decir algo más, el pestillo se deslizó hacia atrás y la puerta se abrió.

—Bingo —dijo Chaz con una sonrisa.

DIEZ

Fuera, bajo el sol, Scott daba sorbos a su café mientras revisaba y respondía algunos de los muchos correos electrónicos de negocios que recibía a diario en su móvil. Estaba tan absorto que no se percató del Mercedes negro que se detuvo un poco más arriba en la calle. Chávez y Daunte, dos de los hombres de Alonzo, se bajaron y caminaron hacia el bar donde él estaba sentado. Observaron con atención el Club Desire mientras se acercaban, tomando asiento en la mesa contigua a la de Scott antes de pedir dos cafés expreso. Mientras terminaba de escribir, Scott notó algo duro en su bolsillo. Metió la mano y sacó la memoria USB. La examinó detenidamente, dándole vueltas entre los dedos bajo la intensa luz del sol.

Me había olvidado de ti. ¿Qué secretos guardarás?

—Entonces, ¿qué quiere el jefe que hagamos si vemos a estas inglesas? —dijo Daunte en español.

Scott dejó de juguetear con la memoria cuando les oyó mencionar a las inglesas.

—Dijo que le llamemos y que no las perdamos de vista. Estaba más interesado en una estúpida memoria USB que supuestamente tiene una de ellas —respondió Chávez.

—¿Qué hay en ella?

—No lo sé, pero sea lo que sea, pertenece a Gregory Delany y él la quiere recuperar desesperadamente. Lo que significa que Acosta

quiere hacerse con ella, con muchas ganas.

—Joder, Gregory Delany, el rey de la cocaína en persona. Esto podría ponerse feo —dijo Daunte, mirando de reojo a Scott, quien cerró la mano alrededor de la memoria USB y fingió mirar distraídamente a su alrededor.

—Buenos días, un día precioso, ¿verdad? —dijo Scott en voz alta con tono condescendiente, como si fuera un turista que no hablaba nada de español.

—Putos ingleses idiotas —dijo Chávez en español antes de que los dos hombres se volvieran para vigilar el club.

Moviéndose lentamente, Scott bajó la mano y volvió a deslizar la memoria USB en su bolsillo. Observando de reojo a los dos tipos de aspecto duro, cogió su teléfono y escribió un mensaje.

ONCE

Con Danny a la cabeza, los tres subieron en silencio por las escaleras hasta la primera planta. Se desplegaron en el rellano de arriba, escuchando detrás de cada puerta antes de abrirla. La primera era un gran vestuario lleno de trajes escasos para las bailarinas que trabajarían allí mucho más tarde. La siguiente puerta conducía a los servicios, quedando una tercera puerta al otro lado del rellano. Danny se acercó a ella y pegó el oído a la superficie de madera. Podía oír voces hablando en voz baja, entendiendo solo alguna que otra palabra en español. Danny se señaló la oreja y levantó dos dedos hacia Chaz y Fergus para indicar que había dos personas dentro. Ellos asintieron, colocándose detrás de Danny mientras este contaba tres, dos, uno con los dedos antes de entrar en la habitación, avanzando desde la entrada para dejar que Chaz y Fergus se desplegaran a ambos lados.

Mateo, el hombre al que Danny había golpeado en la cara, y el conductor de la noche anterior estaban arrodillados en medio de la habitación, ocupados arrancando el forro de las dos maletas rosas pertenecientes a las hermanas Benning. Al oír abrirse la puerta, interrumpieron su búsqueda de la memoria USB y levantaron la mirada hacia Danny, Fergus y Chaz, con una mezcla de sorpresa y confusión dibujada en sus rostros al ver las camisetas rosas con las frases «Estoy con este capullo», «Fóllame, estoy soltero» y «El

novio». Un segundo después llegó el reconocimiento, seguido del miedo.

Ya en movimiento cuando la mano de Mateo iba hacia la pistola dentro de su chaqueta, Danny se lanzó hacia delante y plantó un derechazo relámpago en el lado de la cara de Mateo que no estaba hinchado y cubierto con un moratón negro-azulado. Su cabeza se echó hacia atrás, arrastrando el cuerpo con ella para caer de nuevo sobre la ropa de las hermanas esparcida por el suelo de la oficina. Saltando hacia delante, Danny aplastó su rodilla contra el pecho de Mateo y metió la mano dentro de su chaqueta. Sacando una pistola compacta HK45, extendió el brazo frente a él para que el cañón del arma quedara a pocos centímetros de la cara del conductor.

—¿Llevas una pistola encima? —gruñó Danny.

Javier asintió, señalando con un dedo hacia su chaqueta sin bajar las manos. Danny metió la mano y sacó otra HK por la empuñadura y la lanzó a Chaz.

—¿Dónde están las mujeres a las que pertenecen estas maletas? —dijo, con una mirada que indicaba que dispararía sin pensárselo dos veces.

El conductor levantó las manos aún más alto mientras Mateo gemía bajo la rodilla de Danny.

—Las tienen en la *fábrica*, eh, cómo se dice, fábrica. Por favor, no dispares.

—*Callarse, Javier* —gruñó Mateo.

Danny se giró y golpeó el puente de la nariz de Mateo con la culata de la pistola con un crujido nauseabundo, volviendo a apuntar rápidamente a la cara de Javier mientras Mateo chillaba de dolor.

—Definitivamente aún lo tiene —dijo Fergus, sentándose en el borde del escritorio de Méndez para observar.

—Sí, siempre tuvo un don para lo dramático —respondió Chaz, reprimiendo un bostezo mientras permanecía de pie junto a él.

—¿Qué y dónde está esa fábrica, y qué quieren de las mujeres? —dijo Danny, tirando hacia atrás de la corredera de la pistola para amartillarla, lista para disparar.

—Vale, vale, te lo diré. Es una *fábrica de helados*, eh, fábrica de helados, *Helado de Frutas Méndez*. Está en un polígono industrial en

Finestrat, en las afueras del pueblo.

—Y las mujeres, ¿qué queréis de las mujeres? —dijo Danny, sintiendo que su teléfono vibraba en el bolsillo mientras levantaba y luego golpeaba con la rodilla el pecho de Mateo para enfatizar que iba en serio, haciéndole gruñir de dolor.

—La rubia es la novia de Gregory Delany. Se llevó algo suyo, una memoria USB, y él la quiere de vuelta a ella y a la memoria. Eso es todo lo que sé —dijo Javier, mirando nerviosamente entre Danny, Chaz y Fergus.

—Gregory Delany, ¿quién es? —exigió Danny, devolviendo la atención de Javier hacia él.

—Es el jefe supremo. Lo controla todo, importación, exportación, distribución, todo pasa por Delany.

—¿Importación y exportación de qué? —dijo Danny, notando la mirada de sorpresa en la cara de Javier cuando se dio cuenta de que no sabían de quién estaba hablando.

—Cocaína, Gregory Delany es el rey de la cocaína.

—Vámonos —dijo Danny, volviéndose hacia Chaz y Fergus.

—¿Qué hacemos con este par de idiotas? —dijo Fergus, bajándose de un salto del escritorio de Méndez.

Danny miró a su alrededor, agachándose para recoger unas medias y unas mallas del suelo. —Los ataremos, les pondremos una mordaza y los encerraremos en los baños al otro lado del pasillo. Con suerte nadie los descubrirá hasta que hayamos recuperado a las chicas.

—Recibido, como en los viejos tiempos —dijo Chaz con una sonrisa.

—Sí, es una pena que Smudge no esté aquí, le habría encantado esto —dijo Fergus, pensando en su camarada perdido.

—Sí, le habría gustado —dijo Danny, viendo los pasaportes de Sandra y Louise que sobresalían debajo del montón de ropa. Los recogió y se los metió en el bolsillo. Al notar su teléfono, recordó que había vibrado y lo sacó para echar un vistazo. Un mensaje de Scott llenaba la pantalla.

—Para tu información, aparecieron los tipos malos buscando a las hermanas. Están sentados justo a mi lado, vigilando el club. Ah, y

puede que involuntariamente tenga algo que todos están buscando.

—*¿Qué cosa?* —respondió Danny por mensaje.

—*Una memoria USB. Creo que Louise la escondió en mi habitación anoche*.

—Scott tiene la memoria USB —dijo Danny a Chaz y Fergus, mientras arrastraban a Javier y Mateo, atados y amordazados, al otro lado del pasillo hasta los baños.

—¿Qué? ¿Cómo coño ha conseguido Scott la memoria USB? —dijo Fergus, arrancando el pomo de la puerta del baño para que nadie pudiera abrirla.

—Louise la escondió en su habitación anoche. Vamos, salgamos de aquí —dijo Danny, enviando otro mensaje a Scott.

—*Vete ahora. Empieza a caminar por la carretera. Te alcanzaremos en un minuto*.

—Oh mierda, puede que tengamos un pequeñito problema que resolver antes de irnos —dijo Fergus, mientras bajaban las escaleras y salían al pasillo.

—Ferg, ¿qué? —dijo Danny, mirándole.

—Eh, eso —dijo Fergus, señalando hacia la cocina.

—Joder, lo que faltaba —dijo Danny, mirando dentro para ver al chef gigante inconsciente en el suelo—. Vale, vamos a encerrarlo en la cámara frigorífica. Venga, vosotros dos cogedle los brazos.

Chaz y Fergus agarraron un brazo cada uno, quejándose mientras hacían esfuerzo para levantarlo del suelo. Danny le agarró las piernas y levantó. Las venas de su cuello se hincharon como si estuviera haciendo peso muerto en el gimnasio.

—Joder, ¿cuánto pesa este cabrón? —gruñó Chaz.

Lo tenían medio dentro y medio fuera de la cámara cuando el camarero, Paulo, entró en la cocina.

Danny soltó las piernas y sacó la pistola rápidamente, apuntándola a la cara de Paulo, mientras Chaz y Fergus soltaban su parte y asomaban la cabeza fuera de la cámara para ver qué pasaba.

—Eh, no, espera. Solo soy un camarero, no he visto nada, ¿vale? —gritó Paulo, levantando las manos.

Hubo un silencio tenso y nadie se movió mientras pasaban los segundos, dolorosamente lentos.

—¿Sabes dónde está la fábrica, Helado de Frutas? El polígono industrial de Finestrat. ¿Sabes dónde está? —dijo finalmente Danny.

—Sí, eh, sí, sé dónde está —dijo Paulo nerviosamente.

—¿Tienes coche?

—Sí, está en la parte de atrás.

—Bien, ven aquí y ayúdanos a meterlo en la cámara —dijo Danny, guardándose la pistola para poder agarrarle una pierna.

Después de encerrar al chef en la cámara frigorífica, salieron del club por la puerta trasera y se quedaron en el pequeño patio.

—¿Dónde está tu coche? —dijo Danny.

—Está allí —Paulo señaló un coche metido en la esquina del patio.

—Tiene que ser una broma —dijo Chaz, siguiendo su mirada.

DOCE

El teléfono de Scott vibró con el mensaje entrante de Danny. Lo leyó, se lo metió en el bolsillo y se levantó para marcharse.

Los hombres de Alonzo no le prestaron atención, concentrados en el club al otro lado de la calle. Scott pasó por detrás de ellos y salió del bar. Se movió por detrás del Mercedes negro de Chavez y Daunte antes de cruzar la carretera para alejarse del club calle abajo.

Daunte lo observó alejarse, más por aburrimiento que por sospecha. Justo cuando apartó la mirada de Scott y volvió a dirigirla a la entrada del club, un diminuto Seat Arosa amarillo brillante de dos puertas conducido por un español menudo apareció desde el camino de acceso trasero del club, con dos hombres corpulentos apretujados en la parte trasera y otro en el asiento delantero, todos de tez pálida y con camisetas rosas. La camiseta del hombre sentado en el asiento del copiloto tenía escrito «The Stag» en letras grandes. Con la suspensión hundida en la parte trasera, el pequeño coche aceleró al girar hacia la carretera. Solo avanzó un poco antes de detenerse junto a Scott. Danny saltó fuera y plegó el asiento del copiloto hacia delante antes de empujar a un Scott quejumbroso entre Chaz y Fergus. Cuando se giró para volver a entrar, Daunte vislumbró lo que parecía una pistola metida en la parte trasera de los pantalones cortos de Danny.

—Oye, Chavez.

—¿Qué?

—¿No dijo el jefe que cuando los hombres de Mendez intentaron secuestrar a la novia de Delany los detuvieron unos soldados británicos que estaban de despedida de soltero?

—Sí, dos de ellos siguen en el hospital, malditos aficionados. ¿Por qué?

Daunte le dio un golpecito en el hombro y señaló al diminuto coche justo cuando Danny cerraba la puerta de golpe y el vehículo arrancaba. La suspensión estaba aplastada al límite en la parte trasera con el peso de cuatro británicos de despedida de soltero y un camarero español apretujados en el interior.

—Yo conduzco. Tú llama a Leo, a ver qué quiere que hagamos —dijo Chavez, dejando unos euros bajo la taza de café para pagar las bebidas.

Los dos corrieron hacia el coche, girándolo en la carretera antes de salir en dirección al brillante Seat amarillo.

—Jefe, acabamos de ver a los soldados británicos que detuvieron a los hombres de Mendez anoche. Acaban de salir del Club Desire en un Seat amarillo de mierda —dijo Daunte por teléfono.

—¿Un Seat amarillo? ¿Visteis a un español, delgado, de unos veinte años, con pelo rizado? —respondió Leo.

—Sí, iba conduciendo. Puedo verlos más adelante. ¿Qué quiere que hagamos?

—Simplemente seguidlos. No dejéis que os vean, ¿de acuerdo? Llamadme en cuanto sepáis adónde van.

—De acuerdo, jefe —dijo Daunte, colgando y volviéndose hacia Chavez—. El jefe quiere que les sigamos la pista y le informemos de adónde van.

—Bueno, no es como si fueran a perdernos de vista, ¿verdad? —dijo Chavez, reduciendo la velocidad para no acercarse demasiado al lento Seat.

TRECE

—¡Bien! —gritó Danny al aproximarse al resalto.

—Argh.

—Joder.

—Buen dios, viejo, ¿intentas matarnos? —se quejaron Scott, Chaz y Fergus cuando la suspensión trasera tocó fondo y sacudió sus columnas.

—Dejad de quejaros —sonrió Danny, girándose en su asiento para mirarlos, borrándose su sonrisa al ver el Mercedes negro a cuarenta metros detrás de ellos—. Paulo, toma la siguiente a la izquierda.

—Pero ese no es el camino hacia... —respondió Paulo, desconcertado.

—Tú hazlo —dijo Danny, interrumpiéndole.

—Vale —Paulo giró por una calle lateral que se alejaba de los altos bloques de apartamentos y los hoteles de gran altura hacia una urbanización de grandes villas y casas escondidas tras verjas y altos muros.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fergus, intentando estirar el cuello mientras estaba emparedado en la parte trasera.

—Lo sabré en cualquier momento —respondió Danny, con los ojos fijos en el cruce detrás de ellos hasta que vio al Mercedes negro girar tras ellos—. Nos están siguiendo. Scott, ¿conseguiste algo de los tipos del bar?

—Absolutamente. Trabajan para alguien llamado Acosta. Supongo que es un rival del propietario del pendrive que todos están buscando. Un hombre llamado Gregory Delany, alias el rey de la cocaína.

—Gregory Delany, ese es el ex-novio de Louise —dijo Danny, girando la cabeza para comprobar que el Mercedes seguía a cuarenta metros de distancia. Volviéndose hacia delante, vio que la carretera se curvaba bruscamente a la izquierda más adelante—. Paulo, en cuanto te diga, acelera, ¿vale?

—*Sí*, vale —dijo Paulo, mirando nerviosamente por el retrovisor a los hombres de Acosta en el Mercedes que les seguía, secretamente preocupado por quedar atrapado entre el hombre de Alonzo que le pagaba por información sobre Mendez, los hombres en su coche y el propio Mendez.

—¡Ahora, vamos, vamos! —dijo Danny, en el momento en que la curva de la carretera les ocultaba de la vista del Mercedes que les seguía.

La curva continuaba mientras aceleraban, Chaz, Fergus y Scott en la parte trasera gimiendo cuando el coche golpeó otro badén. Finalmente se enderezó después de un giro de ciento ochenta grados, dejándolos en dirección a la carretera principal de la que habían salido.

—Ahí, métete detrás de ellos —Danny señaló a un coche que entraba por las puertas eléctricas de su villa.

Mientras Paulo frenaba y giraba bruscamente el volante, Danny miró hacia atrás, aliviado al ver que el Mercedes no había aparecido por la curva de la carretera, antes de que ellos pasaran a toda velocidad por las puertas eléctricas que se estaban cerrando, derrapando hasta detenerse a unos centímetros del coche del propietario. El sorprendido dueño de la casa se bajó y miró atónito a los cinco hombres apretujados en el pequeño coche mientras ellos le devolvían la mirada desde diferentes ángulos.

—Paulo, dile que lo sentimos, que nos hemos equivocado de casa —dijo Danny, bajando la ventanilla para asomar la cabeza. Mientras miraba hacia la puerta, oyó al Mercedes acelerar al pasar, intentando alcanzar el coche que pensaban que se les había escapado.

Para cuando el dueño abrió la puerta y salieron marcha atrás, el Mercedes ya no estaba a la vista. Unos minutos después estaban de nuevo en la carretera principal dirigiéndose hacia el polígono industrial.

—Lo siento —dijo Fergus, apretujado en la parte trasera.

—¿Por qué? Oh, maldito cerdo —dijo Chaz cuando el olor del pedo de Fergus le llegó a la nariz.

—¡Por Dios, qué peste! Abre una ventana, Daniel, antes de que me desmaye —gritó Scott, intentando inclinarse hacia delante para coger algo de aire.

—No puedo evitarlo. Es toda esta comida extranjera —dijo Fergus disculpándose.

—¡Comida extranjera! Solo has desayunado, y fue un desayuno inglés completo —dijo Danny, bajando la ventanilla delantera.

—Sí, pero estamos en España, así que era un desayuno inglés completo español, ¿no? —protestó Fergus.

Giraron por las tiendas de la entrada del polígono industrial y se dirigieron hacia la fábrica de helados en el extremo más alejado.

—¿Dónde está? —preguntó Danny a Paulo.

—Es el último edificio, justo ahí delante junto a ese camión rojo —dijo Paulo, señalando con la cabeza hacia una nave industrial en el borde del polígono.

—Vale, detente aquí.

Paulo hizo lo que le ordenaron, sentado nerviosamente mientras esperaba lo que fuera a suceder a continuación.

—¿Puedo confiar en ti, Paulo? —dijo Danny, girándose para mirarlo.

—*Sí,* sí, puedes confiar en mí —respondió Paulo rápidamente.

—Si te dejamos ir, no vas a llamar a tu jefe para decirle que estamos aquí, ¿verdad?

—No, no, no diré nada, lo prometo.

Danny miró a los ojos de Paulo, observándolo durante un tiempo incómodamente largo.

—Vale, te creo. Da una vuelta tranquila hasta el club y saca al chef de la cámara frigorífica. Ah, y hay dos hombres más encerrados

en el baño de arriba. Diles que saliste un momento y los encontraste cuando regresaste. No viste a ninguno de nosotros, ¿de acuerdo?

Paulo asintió.

Danny salió y dobló el asiento hacia delante para que Chaz, Fergus y Scott pudieran desplegarse desde atrás, quejándose y estirándose hasta que finalmente estaban de pie. Cerrando la puerta, Danny se inclinó y miró dentro.

—Oye Paulo, pareces un buen chaval, quizás deberías pensar en encontrar un trabajo con un mejor jefe. Buena suerte.

—Gracias —dijo Paulo, dando la vuelta con el pequeño coche y alejándose.

—Bien, Sargento, ¿cuál es el plan? —dijo Fergus a Danny, volviendo a la forma en que se dirigían a él como Sargento de Estado Mayor en sus días en el SAS.

—Salvar a las chicas, conseguir algo de helado y luego volver a las cervezas —dijo Danny como si nada mientras los cuatro empezaban a caminar hacia la fábrica.

CATORCE

—¿Cómo que los habéis perdido? Iban en un puto Seat Arosa, por el amor de Dios, Chavez —gruñó Leo por teléfono.

—Lo siento, jefe, les perdimos de vista cuando doblaron una esquina y simplemente desaparecieron —dijo Chavez, esperando que Leo no tuviera un ataque de furia o tendría que hacer trabajos de mierda en el futuro próximo.

Leo estaba a punto de explotar cuando Paulo Ramos pasó junto a él en el abarrotado Seat Arosa, deteniéndose veinte metros por delante. Observó cómo Danny, Fergus y Chaz salían con dificultad del diminuto coche, vestidos con pantalones cortos y camisetas rosas brillantes con diferentes lemas escritos en ellas, seguidos por Scott con sus pantalones color crema y camisa de manga corta de Armani. Se estiraron y charlaron mientras Paulo se marchaba, luego se dirigieron hacia la fábrica de helados. Dos de ellos llevaban el bulto de una pistola metida en la parte trasera de los pantalones, apenas disimulada por la camiseta que la cubría.

—Olvídalo. Tú y Daunte traed vuestros culos aquí. Ahora. Algo está a punto de suceder.

—Sí, jefe.

Leo colgó, con los ojos clavados en Danny y los demás. —¿Quiénes coño son estos idiotas? ¿Y por qué ese pequeño cabrón escurridizo de Paulo los está llevando por ahí? —le dijo a Tomás, que estaba sentado al volante a su lado.

—No lo sé, pero tienen agallas si van a enfrentarse a la fábrica de distribución de Mendez.

—Acaban de venir del Club Desire. Quizás estén trabajando para Mendez.

—Entonces, ¿por qué mandaron a tres de sus hombres al hospital cuando intentaron llevarse a las mujeres? —dijo Tomás, inclinándose hacia delante para observar cómo Danny y los demás se acercaban a la fábrica.

—Cierto. Son ingleses, ¿quizás hombres de Delany? No, eso tampoco tiene sentido —dijo Leo, sacudiendo la cabeza.

—Quizás la exnovia les esté pagando para protegerla.

—Puede ser, o quizás hay alguien más involucrado, tal vez ella haya hecho un trato por lo que sea que hay en esa memoria USB con algún rival de Delany —dijo Leo, mirando al conductor, ambos pensando instantáneamente que su última idea tenía más sentido que cualquiera de las otras.

El teléfono de Leo sonó mientras su mente repasaba la lista de cualquiera en el negocio lo suficientemente grande como para enfrentarse a Delany y Mendez.

—Sí.

—Soy Santiago, del aeropuerto de Alicante. Acabo de ver a Mendez y Arlo en la sala de llegadas, y un avión del Reino Unido aterrizó hace un rato. Delany debe estar en él.

—Vale, gracias. Envíame un mensaje justo antes de que salgan del aeropuerto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, jefe.

Leo colgó y miró a través del parabrisas mientras Danny y los demás, a lo lejos, se paraban frente a la fábrica, estudiándola.

—Mierda, Delany acaba de aterrizar —dijo Leo, mirando su reloj.

—Parece que las cosas se van a poner realmente interesantes por aquí. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—No mucho, quizás cuarenta minutos. Chavez y Daunte estarán aquí en un minuto. Tendremos que esperar. Si salen con la novia antes de que lleguen Mendez y Delany, los emboscaremos y la cogeremos.

—Si es que salen —dijo Tomás, dudando de que lo hicieran.

—Sí, si salen —murmuró Leo para sí mismo.

Su teléfono vibró mientras consideraba sus opciones.

«*Delany acaba de salir del aeropuerto con prisa junto con Arlo, Mendez y cuatro de sus hombres.*»

—Mierda, podrían ser menos de cuarenta minutos. ¿Dónde coño están Chavez y Daunte?

—Aquí vienen ahora, jefe —dijo Tomás, girándose en el asiento para ver cómo Chavez se acercaba a toda velocidad por la carretera detrás de ellos en el Mercedes, frenando bruscamente para detenerse tras ellos.

—Bien, ve y cuéntales lo que está pasando, y diles que tengan sus armas listas y esperen mi orden.

—Sí, jefe.

Tan pronto como Tomás salió del coche, Leo volvió a usar el teléfono para llamar a Alonzo.

QUINCE

—¿Qué os parece? ¿Entramos por la puerta principal o buscamos otra forma de entrar? —dijo Danny, mirando al edificio de la fábrica al otro lado de la calle.

—Yo digo que nos colemos por la parte de atrás, forcemos la entrada por una salida de emergencia, dejemos KO a unos cuantos tíos y rescatemos a las mujeres antes de salir pitando por donde hemos venido —dijo Scott emocionado, adoptando una postura de jiu-jitsu que había aprendido en una de las cinco clases que tomó antes de aburrirse.

Los tres exsoldados se volvieron para mirarlo. Chaz arqueó las cejas, mientras que Fergus simplemente negó con la cabeza.

—¿En serio, Scott? ¿Dejar KO a unos cuantos tíos? Te vas a quedar fuera, puedes vigilar otra vez —dijo Danny, volviendo su atención a la fábrica y a un grupo de hombres con batas blancas y redecillas para el pelo que estaban fumando junto a una salida de emergencia abierta y unos contenedores metálicos externos.

—No pienso quedarme aquí solo. Podría pasar cualquier cosa. Además, ¿cuál de vosotros, genios, va a preguntar en español dónde están Louise y Sandra? Mmm, *no tan listo eres* —dijo Scott con una sonrisa de suficiencia antes de añadir—: Eso significa «you're no eres tan listo, ¿verdad?» en español, por cierto.

—¿Puedo matarlo? Por favor, dejadme matarlo —dijo Fergus, lanzándole una mirada a Scott.

—Vale, puedes venir, pero quédate detrás de nosotros y haz exactamente lo que te digamos —dijo Danny, cediendo.

—Recibido, colega —dijo Scott con una sonrisa.

—Por Dios. Dame tu pistola, Ferg, lo haré yo mismo —dijo Chaz.

—Eh, ya basta, tíos. Scott, ya te he dicho antes que es solo «recibido«. Ahora, ¿veis a esos cuatro trabajadores fumando?

—Sí, me gusta lo que estás pensando —dijo Fergus.

—A mí también —asintió Chaz.

—Bueno, ¿alguien sería tan amable de contarme en qué estáis pensando? —protestó Scott.

—Tú quédate detrás de nosotros, Scott. Vamos a pedirles educadamente a esos señores sus uniformes de fábrica y entraremos directamente sin que nos detecten.

—Ah, vale, ¿por qué no lo habéis dicho antes? —dijo Scott, colocándose detrás de ellos mientras cruzaban la calle y se dirigían rápidamente hacia el lateral de la fábrica.

Al acercarse, los trabajadores levantaron la mirada con una mezcla de curiosidad y aprensión en sus rostros. Danny, Chaz y Fergus interpretaron el papel de borrachos de despedida de soltero, riendo y tambaleándose como si hubieran estado de juerga. Cuando llegaron a su altura, cambiaron en un abrir y cerrar de ojos: Danny y Fergus sacaron las pistolas que llevaban escondidas e indicaron a los hombres que se movieran hacia los contenedores de almacenamiento. Chaz levantó las manijas y abrió la pesada puerta metálica, complacido al ver que el contenedor estaba prácticamente vacío, aparte de algunas piezas viejas de maquinaria que ya no se necesitaban en la línea de producción.

—Adentro —dijo Danny, metiéndolos primero a ellos, antes de seguirlos y cerrar la puerta lo justo para evitar miradas indiscretas mientras dejaba entrar un rayo de sol español para que pudieran ver.

—Scott, diles que se quiten las batas y las redecillas —dijo Danny.

—Vale, a ver, eh, *quitate el abrigo y la redecilla* —dijo Scott, pensando las palabras en su cabeza.

—Hablo inglés. No somos españoles, Mihal y yo somos rumanos, Omar es marroquí y José es colombiano —dijo uno de los hombres,

desabrochándose la bata blanca y quitándosela mientras los demás hacían lo mismo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Danny.

—Luka.

—¿Todos los trabajadores de la fábrica son inmigrantes?

—Sí, todos excepto los jefes. El señor Méndez nos proporciona alojamiento y nos paga para que mandemos dinero a nuestras familias. A cambio, no hacemos preguntas.

—¿Preguntas sobre qué? —preguntó Danny.

—Sobre lo que ocurre en la sala de la parte trasera de la fábrica. Los vehículos van y vienen al muelle de carga, los hombres entran y salen, luego los palés con los envases de helado salen y van a los camiones de reparto junto con el helado que empaquetamos en la fábrica. Está vigilado. Ninguno de nosotros puede entrar allí, solo los hombres de Méndez.

—¿Has visto a dos mujeres hoy aquí, británicas, como nosotros?

Luka miró nerviosamente a su alrededor antes de asentir. —El hombre grande, Arlo, y dos de los hombres de Méndez las llevaron a la sala de empaquetado esta mañana. No las he visto salir.

—Gracias Luka, ahora vamos a encerrarte. Alguien te sacará pronto. Solo diles que te obligamos a entrar aquí a punta de pistola y estarás bien.

—Las mujeres, espero que las saquéis. Parecían asustadas. Tengo familia. Ellos querrían que las ayudara —dijo Luka.

Danny le hizo un gesto afirmativo con la cabeza antes de cerrar la puerta y correr el pesado cerrojo metálico para dejarla bloqueada. Los cuatro entraron por la puerta de emergencia abierta, con las batas blancas de catering bien abrochadas y las redecillas azules para el pelo bien caladas. Se movieron entre las cintas transportadoras y un mar de tuberías y contenedores de acero inoxidable que alimentaban las máquinas que bombeaban diferentes sabores de helados a sus diversos envases. Como había dicho Luka, recibieron miradas de reojo de los trabajadores inmigrantes mientras se dirigían hacia la parte trasera de la fábrica, pero sus ojos pronto volvieron a sus tareas, ninguno dispuesto ni deseoso de cuestionarlos.

Un gran conjunto de puertas dobles que separaba la parte estéril de fabricación del almacén de distribución se abrió cuando se acercaban. Chaz, Fergus y Danny giraron sobre sí mismos para desaparecer detrás de un palé lleno de envases de helado. Al mirar hacia atrás, Danny saltó y agarró a Scott por el cuello mientras este estaba parado mirando distraídamente a su alrededor, apartándolo de la vista cuando una carretilla elevadora retrocedía. La carretilla giró sobre sí misma y recogió un palé lleno de helados antes de desaparecer nuevamente por las puertas en una niebla de aire superfría de los -18°C del almacén de distribución.

—Vamos —dijo Danny, moviéndose hacia las puertas dobles.

—A la carga —dijo Scott, siguiéndole emocionado—. ¿Qué? —añadió cuando Fergus se volvió a mirarlo frunciendo el ceño.

Empujando la puerta lo suficiente para echar un vistazo dentro, Danny solo pudo ver a dos trabajadores cargando un camión con el palé de la carretilla elevadora. Un guardia con un abrigo térmico y pantalones térmicos estaba de pie en el lado opuesto, frotándose las manos enguantadas contra el frío. Danny pudo distinguir el bulto de una pistola bajo su chaqueta. Parecía aburrido mientras hacía guardia fuera de las puertas de la sala en la parte trasera de la fábrica. Como tenía frío, llevaba la chaqueta bien cerrada y no podría sacar su pistola rápidamente. Palés de helado perfectamente apilados se alineaban en la pared trasera del almacén de distribución esperando ser cargados en camiones para su entrega. Con el aburrido guardia más ocupado en mantenerse caliente y observar a los hombres que cargaban el camión, Danny se deslizó hacia los palés, haciendo señas a los otros para que le siguieran. Se movieron a lo largo del espacio entre los palés y la pared trasera, ocultos a la vista, deteniéndose detrás del último palé mientras Danny asomaba la cabeza para ver dónde estaba el guardia. Estaba a solo unos metros, de espaldas a ellos, mientras observaba a los hombres empujando palés de helado hacia la parte trasera de un camión refrigerado con un cargador de palés. Quitándose la bata blanca de catering, Danny la dobló por la mitad y sostuvo los extremos con fuerza en cada mano.

—Quedaos aquí —dijo a los demás.

Corriendo hacia adelante, Danny lanzó la bata doblada sobre la cabeza del guardia, apretándola con fuerza alrededor de su cara, cegándolo y amordazándolo en un instante mientras lo arrastraba hacia atrás haciéndole perder el equilibrio. El hombre levantó las manos, arañando el material envuelto firmemente sobre su rostro mientras Danny lo arrastraba detrás de los palés apilados y lo tumbaba en el suelo. Chaz y Fergus se pusieron inmediatamente en acción, Chaz agarrándole el brazo mientras Fergus golpeaba repetidamente su cara cubierta por el material hasta que el tipo dejó de moverse. Bajando la cremallera de la chaqueta térmica del tipo, Fergus sacó su pistola y la metió en la cintura de sus pantalones cortos antes de cubrirla con su abrigo. Dejando al hombre inconsciente en el suelo, Danny se puso de nuevo la bata y los cuatro se movieron rápidamente hacia las puertas que conducían a la parte restringida de la fábrica. Los tres ex soldados del SAS se colocaron a ambos lados de las puertas, con sus pistolas listas mientras Scott se colocaba detrás de Fergus, con sus respiraciones humeantes saliendo de sus bocas en el gélido almacén. Abriendo la puerta una rendija, Danny se movió lo suficiente para echar un vistazo al interior.

DIECISÉIS

—¿Dónde está ella? —gruñó Delany en cuanto estuvieron en el coche.

—La tenemos a ella y a su hermana en la fábrica de helados —respondió Mendez con calma.

—¿Y aún no habéis encontrado el pendrive?

—No, registramos la habitación y sus pertenencias, pero no estaba allí. La habría obligado a decirnos dónde está, pero usted dijo que nadie debía tocarla.

—Así es, ella es mía, me pertenece. Pronto conseguiré que hable. Después la llevaré de vuelta a casa, donde pertenece —dijo Delany, con voz queda mientras miraba por la ventana ensimismado.

Un segundo después salió de su ensimismamiento y se volvió hacia Mendez. —¿Cómo va la distribución? ¿No hay más problemas con ese oportunista de Alonzo?

—Va bien. Alonzo ya no es un problema. La nueva sala estéril y el sellado térmico con baño de cera hacen que el producto sea indetectable para los perros rastreadores en los controles fronterizos.

—Explícamelo todo —dijo Delany. Era más una orden que una petición.

—La cocaína llega desde su proveedor sudanés a través de mi contacto en Argelia. Va a una sala de la fábrica herméticamente sellada. Los trabajadores la cortan, la pesan y la empaquetan en bolsas termoselladas antes de someterlas a un lavado químico para

eliminar cualquier rastro de cocaína en el exterior de las bolsas. Los hombres de la sala de corte nunca entran en la sala de embalaje, así que no hay posibilidad de contaminación por aire o contacto que pueda ser detectada por los perros o mediante una prueba de frotis. Una vez que los paquetes de cocaína salen del lavado, se sumergen en cera para asegurarse de que están sellados al 100% antes de salir de la sala de corte hacia la zona de embalaje. Los empaquetadores los colocan entonces en el fondo de los contenedores marcados y los cubren con una capa de helado, y luego se envían por toda Europa.

—Excelente, espero con interés una visita completa una vez que hayamos solucionado el asunto actual. ¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Delany, ansioso por continuar.

—Ya no queda mucho, quince, tal vez veinte minutos.

DIECISIETE

La sección trasera de la fábrica estaba dividida en tres zonas. Una gran sala prefabricada hecha de secciones de UPVC selladas y ventanas de doble acristalamiento se extendía por el extremo más alejado. Estaba vacía excepto por filas de mesas de acero inoxidable con básculas y equipos para cortar y sellar ladrillos de cocaína. En el lado más alejado de la sala, una gran esclusa de doble puerta estaba conectada a la puerta de salida de emergencia trasera de la fábrica para que los trabajadores y las entregas pudieran entrar y salir sin pasar por la sala de envasado estéril. Una escalera de acero subía frente a la sala, conduciendo a unas oficinas construidas en un entresuelo sobre la parte superior. Danny podía ver sombras y figuras moviéndose dentro y supuso que allí era donde tenían retenidas a Sandra y Louise. Cuatro hombres trabajaban en el área de envasado delante de él, dos cogiendo bloques de cocaína mientras salían de la máquina de inmersión en cera por una cinta transportadora. Los colocaban en filas de recipientes de helado donde otro hombre los cubría con helado, antes de que el cuarto los sellara y apilara en palés, poniendo una etiqueta marcada en el lateral del palé.

—Cuatro justo dentro, Chaz, cúbrelos mientras Fergus y yo registramos las oficinas buscando a las hermanas —dijo Danny, retirándose de la puerta.

—Entendido —respondió Chaz, mientras Fergus asentía.

—Disculpa, Daniel, ¿qué hago yo? —dijo Scott, asomando la cara por detrás de Fergus.

—Quédate cerca de Chaz e intenta no hacer ninguna estupidez —dijo Danny, con cierta impaciencia.

—Qué maleducado —murmuró Scott para sí mismo.

Ignorando a Scott, Danny se volvió hacia la puerta. —A la de tres. Uno, dos, tres.

Danny empujó las puertas con fuerza y entró seguido por Chaz y Fergus, con las pistolas levantadas.

—Al suelo, manos detrás de la cabeza —dijo, señalando el suelo con la mano.

Los sorprendidos hombres no se movieron, solo los miraron con expresión perdida.

—*Tírate al suelo* —dijo Scott con aire de suficiencia, sonriendo cuando se tiraron al suelo.

Dejando a Scott y Chaz, Danny y Fergus corrieron hacia las escaleras, subiéndolas de dos en dos, sin querer que nadie dentro de las oficinas viera lo que estaba ocurriendo antes de que entraran.

—Vamos —dijo Danny, abriendo la puerta bruscamente para que Fergus entrara delante de él.

Sandra y Louise estaban sentadas en un sofá de cuero negro en el lado opuesto, custodiadas por dos hombres, uno en una silla en la esquina y el otro detrás de un escritorio de oficina. Ambos intentaron alcanzar sus pistolas, pero se detuvieron en seco cuando Danny y Chaz bloquearon sus brazos, apuntando firmemente un arma en dirección a cada hombre.

—¿Estáis bien? ¿No os han hecho daño? —dijo Danny a Louise y Sandra sin apartar los ojos del tipo rechoncho detrás del escritorio.

—No, no, estamos bien —respondió Sandra, con una voz sorprendentemente calmada.

—Bien, levantaos y poneos detrás de mí. Nos vamos.

—Eh, inglés estúpido, ¿tienes alguna idea de a quién pertenece este lugar? Sois hombres muertos, ¿lo sabéis? —dijo el tipo detrás del escritorio, mirando a Danny con desafío.

—Si vuelves a abrir la boca, gordo, te meto una bala. Ahora saca tu pistola lentamente. Eso es, la culata entre tus dedos. Pásala,

ahora —gruñó Danny, acercándose más, su pistola apuntando sin titubeos a la frente del hombre.

No se movió durante unos segundos en un acto de desafío, finalmente cediendo para hacer lo que Danny exigía, sacando la pistola entre el pulgar y el índice antes de deslizarla por el escritorio. Danny la cogió mientras Fergus retiraba el arma del otro guardia. Con Louise y Sandra detrás de ellos, retrocedieron fuera de la oficina y se dirigieron hacia las escaleras.

DIECIOCHO

—Jefe —dijo Tomás, con los ojos fijos en el retrovisor.

Leo inclinó la cabeza para ver el reflejo de dos coches que se acercaban rápidamente en el espejo lateral.

—Mierda —dijo Leo mientras Méndez, Arlo y Delany pasaban en el primer coche, seguidos por un grupo de hombres de aspecto duro en el segundo.

Subieron por la carretera a toda velocidad, frenando bruscamente para detenerse frente a la fábrica.

—Se acabó. Nos hemos quedado sin tiempo, son hombres muertos y Delany recuperará a su novia y la memoria USB. ¿Nos vamos? —le preguntó Tomás a Leo.

—Llamaré al jefe para ver qué quiere que hagamos —dijo Leo, metiendo la mano en su chaqueta para coger el móvil sin apartar la vista de los hombres que se bajaban de los coches frente a la fábrica.

Miraron arriba y abajo de la carretera en busca de posibles amenazas antes de abrir las puertas de los coches para Delany, Méndez y Arlo, apartándose mientras sus jefes pasaban hacia la fábrica como si ellos no existieran.

—Así que ese es el gran Delany. El rey de la cocaína en persona. No me parece tan intimidante —dijo Tomás, inclinándose hacia delante para verlo mejor.

—Las apariencias engañan, Tomás. Hay muchos hombres enterrados en los cimientos de edificios que dijeron lo mismo —dijo Leo, pulsando el botón de llamada en el contacto de Alonzo.

—Leo, ¿qué está pasando? —se oyó la voz de Alonzo antes de que sonara un timbre completo.

—Llegamos tarde, señor Acosta. Méndez acaba de aparecer con Delany. ¿Qué quiere que hagamos?

—¿Y los ingleses no han salido?

—No, señor.

—Mierda, quedaos ahí y vigilad. Llamadme cuando salgan. Quiero saber si tienen a las mujeres y adónde van.

—Sí, señor —dijo Leo, colgando.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Tomás.

—Que nos quedemos quietos y veamos quién sale.

DIECINUEVE

Al atravesar las puertas de la zona restringida hacia el almacén de distribución, los ojos de Danny y Fergus escudriñaron rápidamente el área antes de que sus armas apuntaran a los trabajadores que seguían cargando el camión de reparto. Los hombres se quedaron paralizados con las manos en alto. Parecían los mismos trabajadores de la parte delantera de la fábrica. Inmigrantes de algún lugar del mundo peor que este, asustados y desgastados por la vida, desde luego no suponían ninguna amenaza para ellos. Danny y Fergus continuaron hacia las puertas que separaban el almacén de distribución de la planta de producción, mientras Scott se movía detrás de ellos con Sandra y Louise. Chaz fue el último en abandonar la zona restringida de la fábrica, caminando de espaldas hacia el almacén de distribución mientras movía su arma desde los dos hombres que aparecían por las escaleras desde las oficinas, hasta los cuatro empaquetadores junto a los palés. Los seis hombres convergieron al pie de las escaleras, manteniendo las distancias mientras miraban con furia a Chaz cuando este desapareció por las puertas antes de cruzar rápidamente el almacén para unirse a los demás. Danny empujó la puerta de la planta de producción, y sus ojos se encontraron inmediatamente con los de Méndez, Delany y Arlo, que entraban en la fábrica por el lado opuesto.

—Joder, atrás —dijo Danny, cerrando la puerta justo cuando Méndez gritó algo y los tres hombres metieron las manos en sus chaquetas para sacar armas.

—¿Qué pasa? —dijo Scott.

—Los malos vienen hacia aquí. Rápido, todos al camión de reparto —gritó Danny, corriendo hacia un palé roto apoyado contra la pared. Arrancando la tabla superior de madera, Danny la metió entre las manillas de las puertas del almacén antes de darse la vuelta para correr tras los demás.

—Chaz, tú conduces. Ferg, cubre el frente. Nosotros iremos atrás.

—Recibido —respondió Chaz, apartando a los asustados trabajadores del camino. Estos bajaron del muelle de carga elevado y abrieron la puerta del camión, agarraron al sorprendido conductor y lo sacaron a tirones de la cabina. Danny, Scott y las hermanas saltaron a la parte trasera del camión medio cargado, moviéndose tan atrás como pudieron mientras Danny se giraba para mirar a través de la mira de su arma hacia las puertas de la planta de producción. Se abrieron unos centímetros antes de bloquearse y crujir sobre la tabla de madera que soportaba la presión de Arlo empujando. El motor del camión arrancó un segundo después, saliendo del muelle de carga y dejando que la cortina de plástico transparente cayera tras ellos, manteniendo el aire caliente fuera del almacén refrigerado. Justo antes de perderlos de vista, Danny oyó un estruendo tremendo seguido por la imagen distorsionada de Arlo a través del plástico mientras conducía una carretilla elevadora a través de las puertas del almacén, arrancando una de sus bisagras y haciendo añicos la tabla encajada entre las manillas.

—¡Mierda, coches! Agarraos —gritó Chaz, viendo los coches de Méndez aparcados uno detrás de otro bloqueando la salida a la carretera.

—¡Agarraos a algo! —Fergus golpeó el mamparo detrás de él y gritó.

Incapaces de oírles a través del aislamiento del camión refrigerado y el estruendo que entraba por las puertas traseras abiertas, Danny, Scott y las hermanas salieron volando hacia la

cabina cuando Chaz estrelló el camión entre los dos coches aparcados, lanzando los dos pedazos de metal retorcido fuera del camino antes de serpentear por la carretera. Danny resbaló y tropezó entre cajas de helados antes de recuperar el equilibrio para echar un vistazo por la parte trasera y ver a los hombres de Méndez y Delany corriendo hacia la carretera para mirar en su dirección. Mientras Chaz conducía el camión alrededor de una esquina y desaparecía de la vista, Danny vio a Delany, Méndez y Arlo correr frente a sus hombres. Estaba demasiado lejos para saber qué se estaba diciendo, pero por la forma en que Delany se movía y agitaba las manos, Danny podía ver que estaba fuera de sí.

—Oh, maldita sea. Era una camisa nueva —se quejó Scott, haciendo que Danny se girara para verlo intentando limpiar helado de chocolate de su camisa Armani.

—Deberías haberte puesto la camiseta, tío —dijo Danny, quitándose la bata blanca de catering y la redecilla para mostrar su camiseta rosa con «The Stag» impreso—. ¿Estáis bien, chicas? —continuó, acercándose a Sandra y Louise mientras yacían en un montón de brazos y piernas sobre cajas de helado.

—Ay, eh, sí —dijo Sandra, tomando la mano de Danny mientras él la ayudaba a levantarse.

—Muchas gracias, nos habéis salvado otra vez —dijo Louise, agarrándose a un palé de helados mientras el camión se balanceaba y movía.

—De nada, querida, pero creo que no habéis sido completamente sinceras con nosotros —dijo Scott, sacando el pendrive de su bolsillo y agitándolo en su mano.

—Sí, lo sé, lo siento. Pensé que si tenía algo contra él, me dejaría en paz. Nunca me va a dejar en paz. La única forma de detener a un hombre así es matarlo —dijo Louise, con una expresión mortalmente seria.

—Vamos, vamos, estoy seguro de que no llegaremos a eso. Una vez que estemos en un lugar seguro, podemos trabajar en una solución para este lío —dijo Scott, ligeramente desconcertado por su reacción.

—Pero ¿por qué lo haríais? No me conocéis. Oh, dios, queréis dinero, eso es, queréis dinero. No tengo nada.

—Eh, eh, tranquilízate, no queremos tu dinero, ¿vale? Solo queremos ayudar —dijo Danny con una sonrisa tranquilizadora.

—Ahora que nos habéis ayudado, él también vendrá a por vosotros. La única salida es matarlo —respondió Louise con solemnidad.

Danny no contestó. Algo en su respuesta no parecía natural. Se sentía planeado, manipulador. El pensamiento desapareció cuando su teléfono comenzó a sonar con el identificador de llamada de Nikki en la pantalla.

VEINTE

Leo estaba sentado en el coche, aburrido e irritado. Las ventanillas estaban abiertas, pero el sol del mediodía calentaba el coche como un horno. El sudor resbalaba por la cara de Leo y Tomás mientras continuaban observando a los hombres de Méndez apostados junto a los coches aparcados frente a la fábrica. Ambos dieron un respingo cuando un camión de reparto de Helado de Frutas Méndez apareció de la nada, irrumpiendo entre los dos coches delante de la fábrica, destrozando la parte delantera de un coche y la trasera del otro en una lluvia de plástico hecho añicos y cristales. El camión rebotó arriba y abajo con el impacto antes de inclinarse peligrosamente al girar en dirección a Leo. Serpenteó por la carretera como si fuera a embestirle hasta que el conductor finalmente logró controlar el vehículo y pasó zumbando por el lado opuesto de la calzada.

—¿Qué coño? —dijo Tomás, boquiabierto.

—Mierda. Vamos, vamos, vamos, Tomás. Ve tras ellos —gritó Leo.

Tomás arrancó rápidamente el coche y metió la marcha con brusquedad, pisando el acelerador mientras bloqueaba el volante para hacer girar el coche ciento ochenta grados. Acelerando a fondo, Tomás pasó volando junto a Chávez, con Leo gritando por la ventanilla que los siguieran. Obedeciendo, Chávez giró el coche y salió disparado tras Leo y el camión.

VEINTIUNO

—Joder. Bastardos. Más vale que alguien me explique qué demonios acaba de pasar o juro por Dios que habrá asesinatos. ¿Samuel? —gritó Delany a Mendez, con la cara completamente roja mientras permanecía de pie en medio de la carretera viendo cómo el camión desaparecía por la esquina en la distancia. Unos segundos después, dos coches negros aparcados a cincuenta metros giraron y salieron rugiendo.

Mendez permanecía en silencio junto a Delany, con los ojos entrecerrados contra el brillante sol. Una arruga surcó su frente al reconocer a Leo Quinn mirando por la ventanilla del pasajero del coche delantero mientras giraba. —Alonzo —dijo entre dientes.

—Jefe, es Mateo desde el club —dijo Arlo, ofreciéndole el teléfono a Mendez.

—Ahora no, Arlo. No quiero saber nada del club. Encárgate tú —le espetó Mendez, desviando su atención de la carretera a Gregory Delany, quien estaba poniendo a parir a los hombres que habían estado apostados fuera de la fábrica por no detener el camión de reparto.

—Vas a querer coger esta llamada —dijo Arlo con calma.

Mendez tomó el teléfono y se lo puso en la oreja. —¿Qué pasa, Mateo?

—Los ingleses de anoche, el mismo y sus amigos. Han asaltado el club. No te dejes engañar por los pantalones cortos y las

camisetas ridículas, son profesionales. Se cargaron al chef, luego nos saltaron encima a Javier y a mí. No tuvimos oportunidad. Iban a por las mujeres. Y jefe...

—¿Qué?

—El cuarto que no participó anoche ni hoy, tiene el pendrive del señor Delany.

—¿Estás seguro?

—Sí, jefe, les oí hablar de ello.

El rostro de Mendez se ensombreció. Devolvió el teléfono a Arlo sin responder a Mateo.

—¿Quiénes coño son estos tipos?

—No lo sé, pero sé cómo podemos averiguarlo —dijo Arlo, guardando el teléfono en su chaqueta.

—¿Cómo?

—El gerente de noche del Hotel Villa Venecia llamó esta mañana para decir que un grupo de turistas ingleses estaban preguntando por la desaparición de las mujeres de anoche.

—¿Y no pensaste en mencionarlo antes? —dijo Mendez, lanzando a Arlo una mirada furiosa.

—No le vi sentido. Teníamos a las mujeres y no parecía tan importante —respondió Arlo, con voz tranquila y sin que su rostro se alterara por la ira de Mendez.

—Vale, reúne a todos y consíguenos unos putos coches. Si están en el hotel, los quiero.

—Si no están allí, el hotel habrá fotocopiado sus pasaportes, así que podemos averiguar quiénes son —dijo Arlo, volviendo a su teléfono.

—Y averigua qué tiene que ver Alonzo Acosta con todo esto —murmuró Mendez.

—Samuel, ¿qué coño está pasando? —bramó Delany desde detrás de él.

—Tengo coches en camino. Cinco minutos como mucho —dijo Arlo en voz baja al oído de Mendez.

—Todo está bajo control, Gregory, los coches están en camino. Esos hombres tienen a las mujeres y el pendrive. Pero esta es mi

ciudad. No llegarán lejos. Esto acabará pronto —dijo Mendez, volviéndose hacia Delany.

—Más te vale, Samuel. Quienquiera que sean estos payasos, los quiero muertos. ¿Me entiendes? ¡Muertos! —gritó Delany furiosamente.

VEINTIDÓS

—Eh, hola cariño —dijo Danny sobre el ruido del camión.

—Hola futuro marido, ¿cómo va la despedida de soltero? —dijo Nikki, con voz burbujeante y alegre.

—Eh, sí, ha sido bastante animada —respondió Danny, encogiéndose de hombros hacia Scott mientras intentaba pensar en algo que decir mientras se agarraba al lateral del camión cuando este tomaba otra curva.

—¿No estarás ya borracho? Ni siquiera son las doce. ¿Qué es todo ese ruido? —preguntó Nikki, interrogándole.

—No, no, aún no he probado ni una gota. Estamos en un, eh, tour en autobús descapotable —dijo Danny, sin que las palabras sonaran tan convincentes como le hubiera gustado.

—Ah, vale, suena divertido. De todos modos, no hay de qué preocuparse, pero tu cuñada se ha puesto de parto. Rob está ahora con ella en el hospital.

—Joder, lo que faltaba —dijo Danny, mirando por la parte trasera del camión al Mercedes negro que les seguía desde el club y al coche de Leo que se acercaba rápidamente.

—¿Cómo dices? —dijo Nikki, sorprendida.

—¿Qué? Oh, perdona, cariño, no iba por ti, eh, tengo que colgar. Ferg acaba de meterse en una discusión con el revisor del autobús. Genial lo de Tina. Avísame cuando nazca. Te quiero, adiós, adiós, adiós —respondió Danny, hablando rápidamente antes de colgar y

sustituir el teléfono por la pistola que llevaba en la cintura de sus pantalones cortos.

Las ventanillas de los pasajeros de los coches se abrieron. Leo se asomó desde el coche trasero, pistola en mano. Daunte hizo lo mismo desde el coche que iba justo detrás de ellos.

—Scott, diles a Chaz y a Fergus que tenemos compañía —gritó Danny por encima del hombro.

—¿Qué? Oh, cielos. Eh, chicos, tenemos un pequeño problema aquí atrás —exclamó Scott, golpeando con todas sus fuerzas el mamparo de la cabina del conductor.

Al oír los golpes y los gritos amortiguados de Scott, Chaz y Fergus miraron simultáneamente por los retrovisores.

—¡Ferg! —dijo Chaz, pasándole su pistola.

—Me encargo —respondió Fergus, cogiendo la pistola con una mano y la suya con la otra. Se giró en su asiento y sacó medio cuerpo por la ventana abierta. Apuntando con ambas armas hacia atrás por el lateral del camión, Fergus intentó fijar el objetivo en el neumático del coche de Chavez que les seguía—. ¡Mantenlo firme, Chaz! —gritó Fergus, mientras sus disparos se desviaban cuando su puntería se elevaba con los botes del camión.

—¡Todos abajo! —gritó Danny, balanceándose detrás de un palé envuelto en plástico de envases de helado un segundo antes de que Daunte abriera fuego. Las balas impactaron en el helado congelado al otro lado del palé, deteniéndose afortunadamente en algún punto en medio de la pila, a un par de palmos de Danny. Moviéndose hacia un lado, Danny levantó el brazo delante de él, mirando a través de la mira de la pistola al centro de la frente de Daunte antes de apretar suavemente el gatillo. Para su sorpresa, no ocurrió nada. Se volvió a cubrir cuando Leo disparó más balas contra la pila. Danny liberó el cargador, mirándolo para confirmar su peor temor. No estaba cargado.

—Mierda —dijo, metiendo la pistola vacía en la parte trasera de sus pantalones cortos.

Pensando rápido, Danny se estiró y cogió varios envases de helado de la parte superior del palé, arrancándoles las tapas. Miró alrededor de la pila para ver cómo el coche de Leo frenaba y giraba

bruscamente detrás del de Chávez mientras la carretera se estrechaba. Chávez perdió el retrovisor en una explosión de plástico y cristal cuando golpeó un coche aparcado, maniobrando para evitar los disparos de Fergus desde el frente del camión. Apuntando, Danny lanzó un envase de helado tras otro. Los pesados bloques congelados golpearon el parabrisas y agrietaron el cristal antes de rebotar, dejando gruesas rayas multicolores de helado por todo el cristal. Chávez dio un tirón al volante sorprendido, activando los limpiaparabrisas y rociando el líquido limpiador en un intento desesperado por ver hacia dónde se dirigía. Sus ojos se abrieron de terror cuando una sección del parabrisas se despejó lo suficiente como para que viera que se había desviado y estaba a metros de una furgoneta aparcada. Chávez desapareció de la vista cuando el airbag del conductor se desplegó con el impacto, el cinturón de seguridad apretándose con fuerza contra su pecho, magullándole las costillas. Todavía colgando de la ventana, la rápida desaceleración y el impulso de Daunte lo arrancaron del vehículo accidentado lanzándolo hacia la trayectoria del coche de Leo que venía justo detrás. Daunte rebotó contra la parte delantera del coche de Leo como un muñeco de trapo roto. Sin preocuparse por él, Tomás aceleró a través del hueco en persecución del camión.

—Scott, ven aquí y ayúdame —gritó Danny, antes de agacharse para apoyar su espalda contra la pila envuelta de helados y empujar.

Scott saltó hacia delante e hizo lo mismo, los dos empujando con todas sus fuerzas hasta que la pila comenzó a inclinarse.

—Eso es, solo un poco más —gruñó Danny.

La resistencia fue disminuyendo a medida que alcanzaban el punto de inclinación, la pila finalmente se alejó de ellos antes de caer libremente desde la parte trasera del camión. Un estruendo tremendo siguió una fracción de segundo después cuando aterrizó sobre el capó del coche de Leo, aplastando la suspensión contra el suelo mientras aplanaba el capó y atravesaba el parabrisas frontal. Mientras se alejaban en la distancia, Danny y Scott se quedaron mirando por la parte trasera del camión para ver a Leo y Tomás patear las puertas para abrirlas y salir del coche cubiertos de helado.

—Creo que podría ser el momento de dar por terminada la despedida de soltero —dijo Danny.

—Sí, creo que tienes razón, viejo amigo. ¿Qué propones que hagamos con las señoras y la memoria USB? —dijo Scott, sacándola de su bolsillo.

—Llamaré a nuestro amigo Edward Jenkins. Estoy seguro de que el Director del Servicio de Inteligencia Secreta sabrá quién es la persona adecuada para tratar este asunto. Si esa memoria USB es lo suficientemente importante como para justificar tanto esfuerzo por recuperarla, la Agencia Nacional contra el Crimen y la Guardia Fronteriza estarán encantadas de ponerlas bajo custodia protectora —dijo Danny mirando a Louise y Sandra, que estaban acurrucadas en la parte trasera del camión.

—Sí, parece la opción más sensata —dijo Scott, volviendo a meter la memoria USB en su bolsillo.

—Volvamos al hotel, hagamos el check-out y tomemos el próximo avión de vuelta a casa —Danny se abrió paso entre los envases de helado dispersos hasta el mamparo y golpeó con fuerza—. Chaz, llévanos de vuelta al hotel —gritó, pegando su oído contra la fría superficie para escuchar un amortiguado «Entendido» proveniente de Chaz.

VEINTITRÉS

Con vapor saliendo del frontal retorcido, la furgoneta de reparto de Helado de Frutas Méndez subió cojeando por la entrada del hotel antes de detenerse justo frente a recepción convertida en un desastre humeante, con una mezcla espumosa de refrigerante hirviendo y aceite goteando sobre el asfalto.

—Cuidado con la pintura, que acabo de encerar el coche —dijo Chaz, lanzando las llaves al aparcacoches que se había quedado sin palabras.

Caminó hacia la parte trasera de la furgoneta con Fergus y ayudó a las mujeres a bajar al suelo.

—¿Qué hacemos aquí? Este será el primer lugar donde buscarán. Tenemos que largarnos de aquí —dijo Louise, con una mirada de pánico en los ojos.

—Y lo haremos, en cuanto recojamos nuestras cosas y pasaportes. Mira, conseguí el tuyo del club, toma. Confía en mí, si vuelves al Reino Unido con nosotros, conozco a personas que pueden ayudaros —dijo Danny, intentando calmarla.

—¿Al Reino Unido? No, no, no podemos. Tenemos que encontrar la manera de encargarnos de él aquí. Si volvemos al Reino Unido vendrá a por nosotras, y por vosotros también. Tiene gente en todas partes —dijo Louise histéricamente.

—Todo esto es culpa tuya. ¿Qué vamos a hacer ahora? Has puesto una diana en nuestras espaldas y has arrastrado a toda esta

gente a tu lío también. La única forma de detener a Gregory Delany es matarlo —gritó Sandra a su hermana, lo que desencadenó una discusión a pleno pulmón entre las hermanas.

Danny, Chaz, Fergus y Scott permanecían en fila detrás de ellas, con las manos en los bolsillos, mirándose entre sí, sin saber qué decir mientras las hermanas se enfrentaban.

—No me miréis a mí, yo estoy con este capullo —murmuró Fergus, señalando el eslogan de su camiseta y luego a Chaz, lo que provocó que ambos soltaran una risita.

—Fergus, qué seductor eres, ¿te apetece un polvo? —respondió Chaz, señalando su camiseta, lo que les hizo reír más fuerte y provocó que Danny soltara una risita.

—Dios mío, es como cuidar de un grupo de críos de tres años. Vale, que os den a todos. Voy a cambiarme esta camisa arruinada y a hacer el equipaje —dijo Scott, entrando en el hotel.

La discusión de las hermanas fue perdiendo fuerza, dejándolos a todos parados en un incómodo silencio.

—Lo siento, los últimos días han sido muy duros. Gracias a todos. No sé qué habríamos hecho sin vosotros —dijo finalmente Louise antes de girarse para mirar a su hermana.

—Sí, lo mismo digo, muchas gracias —dijo Sandra, perdonando instantáneamente a su hermana y abrazándola.

—No hay de qué. Pero dejad de hablar de matar, ¿vale? Subid con nosotros mientras recogemos nuestras cosas y saldremos de aquí en un santiamén —dijo Danny, guiándolos a todos hacia la entrada del hotel.

—¿Has dicho que conoces a gente en el Reino Unido que puede ayudarnos? —dijo Louise, consiguiendo esbozar una sonrisa.

—Gente del gobierno, personas más poderosas que tu exnovio.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó Sandra.

—Solo cuatro tíos ocupándose de sus asuntos en una despedida de soltero —dijo Fergus, entregándole a Chaz una de sus pistolas. Chaz la cogió y ambos se las metieron en la parte trasera de los pantalones cortos antes de cubrirlas con sus camisetas rosas.

Cruzaron la recepción, escudriñando cada rincón en busca de cualquier cosa fuera de lo normal, con las manos derechas de Fergus

y Chaz sueltas junto al costado, listas para sacar la pistola de la parte trasera de sus pantalones en una fracción de segundo. Viendo a Scott entrar en el ascensor delante de él, Danny se dirigió directamente hacia las escaleras, guiando al resto hasta sus habitaciones en el tercer piso.

—Vale, nada de tonterías, cinco minutos, ¿eh? Quiero que estemos listos y fuera de aquí.

—Sí, señor —respondieron Chaz y Fergus de golpe, tornándose serios mientras se dirigían rápidamente a sus habitaciones.

—Vosotras dos podéis esperar en mi habitación mientras hago el equipaje —dijo Danny, manteniendo la puerta abierta para que entraran.

Louise se sentó en la silla del rincón mientras Sandra se sentaba en una esquina de la cama junto a ella. Danny tiró su pequeña maleta de mano sobre la cama, recogió toda su ropa y neceser y los metió todos dentro de la maleta en apenas treinta segundos. Al ver su reflejo en el espejo, frunció el ceño y se quitó la camiseta rosa con «El Novio» escrito en ella, mientras las dos hermanas intentaban disimular que no estaban mirando el torso musculoso de Danny cubierto de cicatrices de balas, cuchillos y metralla. Después de un rápido rociado de desodorante, seleccionó una camiseta más discreta y se la puso.

—Casi listo —dijo, abriendo el armario con la caja fuerte del hotel dentro. Marcó rápidamente el código de cuatro dígitos que precedió al satisfactorio sonido motorizado de las barras de cierre retirándose antes de que la puerta se abriera.

Agarró su pasaporte y el dinero y los metió en los bolsillos de sus pantalones cortos.

—Bien, vámonos —dijo, moviéndose alrededor de la cama para cerrar su maleta. Al hacerlo, echó un vistazo por la ventana que daba a la parte delantera del hotel.

Cinco coches subían por la entrada del hotel a una velocidad que sugería que no se trataba de huéspedes llegando. Los perdió de vista en la entrada del hotel, ya que la marquesina en la parte delantera del edificio le obstaculizaba la visión.

—Mierda, olvida la maleta. Tenemos que irnos. Ahora.

—¿Qué ocurre? —dijo Sandra, con la preocupación regresando a su rostro.

—Pase lo que pase, haz exactamente lo que te diga, ¿vale? —dijo Danny, con su rostro ensombreciéndose mientras los músculos de sus mejillas se tensaban y sus ojos se entrecerraban.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con pase lo que pase? —tartamudeó Louise.

—Haced exactamente lo que os diga y os sacaremos de aquí. ¿Lo entendéis?

Mientras las hermanas asentían en silencio, una serie de golpes en la puerta, dos, luego tres, luego dos, las hizo sobresaltarse.

—Está bien, son solo los demás —dijo Danny, apresurándose hacia la puerta para abrirla.

—¿Has visto los coches? —preguntó Fergus, con Chaz detrás de él.

—Sí, ¿dónde está Scott?

—Todavía en su habitación empacando sus ridículamente caras camisas, me imagino. Pensamos en venir aquí primero.

—Vamos, vamos a buscarle. ¿Cómo estamos de munición? —preguntó Danny, sacando la pistola vacía de detrás de su espalda.

—Tengo ocho —dijo Fergus.

—Yo solo tengo cinco —dijo Chaz.

—Sácanos tres, Ferg —pidió Danny, extrayendo el cargador.

—Aquí, toma cuatro —dijo Fergus, sacándolas de su cargador y entregándoselas a Danny, quien las cargó y volvió a introducir el cargador en la pistola, tirando de la corredera para cargar una bala en la recámara.

—Esperemos que no necesitemos usarlas —dijo Danny, conduciendo a las hermanas fuera de la habitación.

—Recibido —dijeron Chaz y Fergus al unísono, dejando que Danny liderara el camino por el pasillo hacia la habitación de Scott mientras sonreían y mantenían una conversación ligera, ocultando cualquier signo del nerviosismo que sentían para no asustar a las hermanas más de lo que ya estaban.

—Hora de irse, Scott —gritó Danny, golpeando repetidamente la puerta de Scott.

—Por Dios, Daniel, ya voy, ¿dónde está el fuego, viejo? —Scott abrió la puerta quejándose, vestido nuevamente con su traje de lino beige de Ralph Lauren, su bolsa del portátil colgada del hombro mientras arrastraba tras de sí su gran maleta Emporio Armani.

—Deja todo eso. Tenemos que irnos. Ahora, Scotty —dijo Danny, mirando nerviosamente arriba y abajo del pasillo.

—¿Qué? ¿Tienes idea de cuánto costó todo esto? No voy a dejarlo —gruñó Scott.

—No podrás usarlo si estás muerto, tío. Ahora venga, no tenemos tiempo para esto —dijo Danny, lanzándole a Scott una mirada con la que no quería discutir.

—Muy bien, pero no voy a dejar mi portátil —dijo Scott, empujando la maleta de vuelta dentro de la habitación antes de cerrar la puerta.

—Bien, lo que sea, ahora salgamos de a— —dijo Danny, su respuesta interrumpida por el timbre del ascensor que llegaba un poco más abajo en el pasillo.

Danny, Chaz y Fergus reaccionaron con la velocidad del rayo, todos moviéndose como si estuvieran coreografiados, girándose de lado hacia el pasillo, mientras sus manos derechas se disparaban hacia sus espaldas para sacar y alzar sus pistolas apuntando hacia las puertas del ascensor que se abrían. El carrito de limpieza salió primero, seguido por una de las camareras del hotel; ella echó un vistazo a las tres armas apuntando en su dirección y gritó fuertemente. Los tres exhalaron y bajaron sus armas.

—Scott, dile que no vamos a hacerle daño, y pregúntale si hay alguna otra salida de aquí que no sea el ascensor o las escaleras principales.

Scott avanzó lentamente, tratando de tranquilizar a la camarera y hacer que dejara de llorar. Finalmente ella se calmó y asintió cuando Scott sacó cien euros de su cartera y se los dio. Después de decirle algo, ella señaló hacia el final del pasillo. Scott le agradeció y volvió con los demás.

—Dice que hay una salida de emergencia al final del pasillo.

—Vamos. Scott, tú quédate en el medio con las señoritas, Chaz conmigo, Ferg, cubre la retaguardia.

—Entendido —dijo Ferg, moviéndose rápido mientras miraba hacia atrás, mientras el resto de ellos corrían hacia la salida de emergencia.

VEINTICUATRO

Delany y Mendez se bajaron del vehículo principal junto con Arlo y Mateo, y pasaron al lado del aparcacoches, que todavía intentaba averiguar qué debía hacer con el camión de reparto de Helado de Frutas Mendez. Dieciséis hombres de los otros cuatro coches les seguían, como si fueran a una convención de criminales, todos llevando chaquetas para ocultar una multitud de armas debajo. Delany se dirigió directamente al mostrador de recepción sin consideración alguna por los huéspedes, que se apartaban con aprensión ante la visión de un grupo de hombres duros y poco amistosos a los que no te gustaría encontrarte en un callejón oscuro justo detrás de él.

—Lárgate. Ahora —gruñó Delany, interrumpiendo al huésped que hablaba con el gerente.

—Disculpe, estoy hablando —dijo el hombre antes de que Arlo pusiera una mano enorme sobre su hombro y lo mirara amenazadoramente desde arriba.

—Has oído al señor. Lárgate —dijo con calma.

Mientras se escabullía, el gerente se puso blanco como el papel al ver a Delany, Mendez, Mateo y Arlo mirándole fijamente desde el otro lado del mostrador de recepción, con dieciséis matones de pie a un par de metros detrás de ellos.

—¿P-puedo a-ayudarle, señor? —balbuceó.

—Cuatro hombres y dos mujeres bajaron del camión de reparto que está fuera. ¿Quiénes son y adónde fueron? —dijo Delany, inclinándose sobre el mostrador hacia el gerente, que se echó hacia atrás para alejarse de él.

—Lo, lo siento, señor, no les vi llegar. Y no puedo darle información sobre nuestros huéspedes. Confidencialidad del cliente, me temo —respondió, con gotas de sudor cayendo desde su sien.

—Debería temerlo —dijo Delany, mirando hacia una cámara en la pared detrás de la recepción—. ¿Este hotel tiene cámaras por todas partes?

—Sí, señor.

—¿Dónde están los monitores? —dijo Delany, la intensidad de su mirada haciendo que el gerente se retorciera físicamente.

—Están en mi despacho, pero no puedo dejarle verlos.

—¿Por ahí? —Delany señaló una puerta al extremo de la recepción.

—Bueno, sí, pero, yo, ¿qué está haciendo? —dijo, entrando en pánico mientras Delany rodeaba el mostrador de recepción hacia él con Mendez, Mateo y Arlo siguiéndole de cerca. Delany extendió una mano y agarró la corbata del gerente, tirando de ella con fuerza para arrastrar al encorvado gerente a su propio despacho. La aterrorizada recepcionista levantó el teléfono para llamar a la policía. Cuando se lo acercó a la oreja, uno de los hombres de Mendez dio un paso adelante y negó con la cabeza, moviendo su chaqueta hacia un lado para mostrar una Glock 17 en una cartuchera de hombro. Temblando, la mujer bajó lentamente el auricular del teléfono y se quedó donde estaba, intentando no llorar.

—¿Dónde coño están? —dijo Delany con impaciencia, mirando todas las transmisiones de las cámaras.

—Rebobina la cámara de recepción —ordenó Mendez al gerente.

—Yo, no debo hacerlo.

—¡Hazlo! —gritó Delany, sacando su pistola y apretando el cañón contra la sudorosa sien del gerente.

—Para. Ahí, avanza un poco —dijo Mendez hasta que apareció una imagen clara de Danny y los demás cruzando la recepción hacia las escaleras.

—Mateo, ¿cuál de ellos es el jefe? —dijo Mendez.

—El alto, él. El que lleva la camiseta de «The Stag» —dijo Mateo, tocando el monitor en la imagen de Danny.

—Síguelos, las cámaras de los pisos, rebobínalas. Ahora —gruñó Delany, presionando la pistola aún más fuerte contra la sien del aterrorizado hombre.

—Vale, vale, por favor no me haga daño.

—Cállate y hazlo.

Observaron las imágenes retrocediendo rápidamente en todos los pisos hasta que vieron a Danny y los demás agrupados en el pasillo mientras una camarera salía del ascensor con su carro de limpieza.

—Para, esa. Rebobínala. ¿Dónde es eso?

—Es el tercer piso —dijo el gerente mientras la grabación reproducía el enfrentamiento con la camarera, seguido del grupo dirigiéndose lejos de la cámara hacia el final del pasillo.

—¿Adónde van?

—A la escalera trasera. Hay una puerta de salida de emergencia al final del pasillo. Conduce a una escalera.

—¿Dónde sale? Dímelo rápido.

—Baja hasta las cocinas en el nivel inferior y llega al aparcamiento subterráneo en el sótano.

—¿Cómo llegamos allí?

—La puerta de salida de emergencia en la esquina de recepción —dijo el gerente, con lágrimas brotando de sus ojos y mocos goteando de su nariz.

—Arlo, llévate a los hombres y encuéntralos, rápido —gritó Delany, antes de volver su atención al gerente—. ¿Hacéis copias de los pasaportes de los huéspedes cuando llegan, verdad?

—Sí, es la ley. Tenemos que mantener un registro con los datos de los huéspedes.

—Dame el suyo —dijo Delany, apartando la pistola de la cabeza del gerente para apuntar a la imagen de Danny.

En estado de shock y consumido por el miedo, el gerente permaneció en su asiento.

—No te quedes ahí sentado. Muévete. Date prisa y quizás vivas para ver mañana.

VEINTICINCO

—¿Salimos directamente por recepción? —dijo Chaz, con la mano agarrando la puerta de la planta baja que conducía hacia allí.

—No, cinco coches, Chaz. Serán demasiados. Bajemos y atravesemos el restaurante. Con un poco de suerte podremos escabullirnos entre los huéspedes y pasar por la piscina y los jardines sin que nos noten —dijo Danny, continuando por las escaleras hacia el nivel inferior.

Abrió la puerta una rendija para mirar el pasillo de servicio, cerrándola rápidamente cuando oyó el traqueteo de las ruedas de un carrito acercándose por el suelo embaldosado desde la dirección opuesta. Tras unos segundos, Danny volvió a abrir la puerta para ver a un empleado de cocina desaparecer de vista, empujando un carrito lleno de platos sucios hacia la cocina a través de las puertas que se cerraban frente a la escalera. Abriendo más la puerta, Danny asomó la cabeza y miró en la dirección de donde había venido el carrito, aliviado al ver que el restaurante estaba a solo unos metros.

—Vamos, quedaos cerca —dijo Danny, deslizándose por la puerta.

Chaz la mantuvo abierta mientras hacía salir a Scott y a las hermanas. Fergus fue el siguiente, girando la cabeza de un extremo a otro del pasillo antes de seguir a los demás, tranquilo sabiendo que Chaz le cubría las espaldas. Danny se detuvo antes del final del pasillo, con la mano levantada detrás de él para detener a los otros

mientras se pegaba a la pared. Movió la cabeza lo justo para que un ojo pudiera ver el restaurante, girándose rápidamente hacia el pasillo tras detectar a un grupo de hombres de Mendez que se dirigían hacia ellos.

—De vuelta a las escaleras, ya, ya, ya —susurró.

Chaz y Fergus reaccionaron antes de que Danny terminara de hablar. Chaz mantuvo la puerta abierta de nuevo mientras Fergus y Danny empujaban a los demás hacia la escalera. Cuando la puerta se cerró tras ellos, el eco del sonido bajó desde la puerta de recepción que se abría mientras muchos pares de pies descendían por las escaleras hacia ellos.

—¡Vamos, vamos, bajad por las escaleras! —gritó Danny, sacando su pistola y vaciando los cuatro cartuchos escaleras arriba. El sonido fue ensordecedor en el espacio confinado. En cuanto la pistola hizo clic al quedarse vacía, Danny sacó el cargador y empujó el extremo bajo la puerta hacia la cocina y el restaurante. Tiró la pistola mientras se ponía de pie y dio una patada al cargador, atascándolo bajo la puerta. Cuando se giró para seguir a los demás, una ensordecedora descarga de disparos vino desde arriba, las balas chispeaban y repiqueteaban mientras rebotaban a su alrededor. Danny saltó escaleras abajo, salvando los peldaños para plantar firmemente sus pies en el rellano inferior. Su hombro golpeó con fuerza contra la pared antes de rebotar y saltar el siguiente tramo de escaleras, volando a través de la puerta del aparcamiento subterráneo que Chaz mantenía abierta.

—¿Coche? —dijo Danny, mientras Chaz cerraba la puerta de golpe.

—Ferg se ocupa.

—Pistola —ordenó Danny.

Chaz se la entregó sin decir palabra. Sabía que no tenían tiempo para discutir los porqués. Danny la tomó y corrió hacia una pareja que estaba a punto de subir a un pequeño coche de alquiler.

—Las llaves, ahora —ordenó, apuntando con su pistola al hombre que estaba a punto de sentarse en el asiento del conductor.

El hombre se las entregó con mano temblorosa, retrocediendo mientras Danny saltaba al interior y arrancaba el motor. En cuanto

se puso en marcha, metió la marcha atrás y salió disparado del aparcamiento. Mirando por encima del hombro, Danny giró el volante y chirrió los neumáticos al girar sobre el suave hormigón. Todavía conduciendo marcha atrás, Danny alineó el coche con la puerta de la escalera y pisó a fondo. Uno de los hombres de Mendez abrió la puerta, con varios más directamente detrás de él. Cuando se asomó al aparcamiento subterráneo, sus ojos se abrieron de par en par al ver el pequeño coche lanzándose hacia atrás hacia él. La parte trasera golpeó la puerta antes de que pudiera apartarse. La fuerza del impacto estrelló la puerta contra su cuerpo, lanzándolo hacia atrás, derribando a todos los que estaban detrás de él como si fuera un strike en una bolera. El coche continuó hasta chocar contra la pared a ambos lados de la puerta con un estruendo ensordecedor que resonó por todo el aparcamiento subterráneo. Apartando el airbag explotado, Danny tiró del freno de mano, saltó del coche y se unió a Chaz.

—Eso debería mantenerlos ocupados un rato.

El chirrido de neumáticos y los haces de los faros a sus espaldas proyectaron sus sombras sobre el destrozado coche de alquiler. Se giraron rápidamente. Chaz levantó su pistola al volverse, apuntando más allá de las cegadoras luces hacia la posición donde se sentaba el conductor. Mientras su dedo tensaba el gatillo, el contorno sombrío de una cabeza asomó por la ventanilla del conductor.

—¡Eh! ¿Vais a subir de una vez, par de nenazas, o vais a pasar todo el día intercambiando datos del seguro? —llegó la voz de Fergus desde las sombras.

—Joder, gracias por pegarnos ese susto de muerte, Ferg —dijo Chaz, caminando alrededor del frente del coche.

—De nada, colega. Ah, tendréis que meteros en el maletero, la parte trasera está llena.

—Fantástico, este día mejora por momentos —refunfuñó Chaz, caminando hacia la parte trasera del Mercedes SUV, levantando el portón para ver a un joven acurrucado en la parte de atrás—. ¿Quién coño es este?

—Ah sí, es el aparcacoches. Ha sido tan amable de darme las llaves del coche. Échalo mientras estás ahí atrás, Chaz.

Danny se subió al asiento del copiloto. —¿Estáis bien? —dijo, girándose en su asiento para mirar a Sandra, Louise y Scott, que seguía aferrado a su bolsa del portátil, mientras Chaz lanzaba al joven aparcacoches fuera del maletero y se metía dentro, bajando la puerta para cerrarla tras él.

—De maravilla, mi querido amigo. ¿Hay alguna posibilidad de que salgamos de aquí? —dijo Scott con sarcasmo mientras las hermanas simplemente asentían a Danny.

—Allá vamos —dijo Fergus, mirando por encima de su hombro mientras ponía el coche en marcha atrás, con la caja de cambios chirriando hasta que encontró un espacio lo suficientemente grande para maniobrar. Bloqueando los frenos, Fergus giró el volante con fuerza, deslizando el coche en un giro de ciento ochenta grados antes de meter la primera marcha y pisar el acelerador. El coche salió disparado del aparcamiento subterráneo y subió la rampa chirriando. Cuando llegó a la salida a un lado de la entrada principal del hotel, el coche iba tan rápido que las ruedas se despegaron del suelo. Volvieron a caer con un golpe seco en el camino, haciendo que el coche serpenteara hasta que Fergus lo controló y aceleró alejándose del hotel.

—¿Estamos bien, Chaz? —gritó Danny, agachando la cabeza mientras intentaba ver el vestíbulo del hotel detrás de ellos.

—Sí, no hay moros en la costa, nadie nos sigue —respondió Chaz, con los ojos pegados a la fachada del hotel a través de la ventana trasera.

—Vamos al aeropuerto. Allí estaremos seguros. Y baja la velocidad, Ferg, no queremos que nos detengan de camino.

—Recibido —dijo Fergus, comprobando el espejo y reduciendo la velocidad mientras recorría las calles de Benidorm, dirigiéndose hacia la carretera principal a Alicante y el aeropuerto.

Al no haber nadie siguiéndolos, el grupo se relajó un poco. El sol se colaba entre los bares, restaurantes y calles laterales, mejorando su estado de ánimo. Delante, podían ver que se acercaban al cruce con la carretera principal para salir de la ciudad.

Lo primero que supieron de la colisión fue el tremendo estruendo y el empujón lateral. Las ventanas implosionaron, rociándolos con

cristales mientras el Land Rover continuaba empujándolos de lado hasta que el otro lado del coche se estrelló contra la fachada de un restaurante, haciendo imposible abrir las puertas del lado del copiloto. Desorientado, Danny miró por la ventana sin cristales al Land Rover incrustado en el guardabarros y la puerta delantera del copiloto. Hombres y coches salieron en tropel de la calle lateral detrás del Land Rover, y una docena de armas apuntaron instantáneamente en su dirección. Leo caminó entre ellos y abrió la puerta trasera. —Tenéis hasta tres para decirme dónde está la memoria USB —dijo, agarrando a Sandra y sacándola del coche para ponerle una pistola en la cabeza.

—Uno. Dos.

Danny y Fergus estaban sentados indefensamente atrapados en la parte delantera del coche, mientras Chaz estaba en el maletero mirando cuatro pistolas apuntando a su cabeza.

—Espera, no le hagas daño. La tengo yo —dijo Scott, palmeando su maletín del portátil mientras salía del coche lentamente.

—Tú también, fuera —le dijo Leo a Louise, mientras Tomás y Chavez metían a Sandra y Scott en un coche que esperaba.

Tan pronto como Louise salió, Leo la empujó al interior detrás de Scott y Sandra, cerrando la puerta de golpe. Inmediatamente se subió al asiento delantero y el coche aceleró mientras la puerta se cerraba. El resto de los hombres retrocedieron lentamente, subiendo a los otros vehículos antes de salir disparados tras Leo, dejando a Danny, Fergus y Chaz atrapados en el coche.

—Joder, joder, jodidos cabrones, ahora sí que estoy cabreado —gritó Danny, levantando ambos pies para pisotear repetidamente el interior del parabrisas delantero hasta que cedió, cayendo sobre el capó. Salió con Fergus, luego caminó alrededor del Land Rover incrustado en el lateral del Mercedes para dejar salir a Chaz del maletero.

Los tres se quedaron de pie en la calle mirando en la dirección en que se habían ido los coches.

—Deberíamos largarnos de aquí —dijo Chaz, mirando a un pequeño grupo de personas que aparecía lentamente para ver qué pasaba.

Danny miró dentro del Land Rover. Las llaves estaban en el contacto y el motor aún estaba en marcha. Saltó dentro, puso la marcha atrás, aceleró y soltó el embrague suavemente. Un chirrido metálico mezclado con el sonido de plástico rompiéndose resonó hasta que el Land Rover se separó del lateral del Mercedes y retrocedió unos metros.

—¡Subid! —gritó Danny por la ventanilla.

Tan pronto como Fergus y Chaz cerraron las puertas, Danny pisó a fondo y salió disparado, dejando caer trozos de faro y parachoques por el camino.

—Genial, ¿y ahora qué coño hacemos? —dijo Chaz desde el asiento trasero.

—No eran los hombres de Mendez. Eran los mismos tipos que estaban vigilando el club esta mañana y luego esperándonos fuera de la fábrica antes. Tienen que ser de Delany o la competencia de Mendez.

—Vale, ¿y cómo averiguamos quiénes son? —dijo Fergus.

—Vamos a ver al hombre a quien pertenece la memoria USB —dijo Danny, con el rostro oscuro y amenazador.

—Eh, repíteme eso —dijo Chaz.

VEINTISÉIS

En lo alto de las colinas de Maylan, Leo atravesó las puertas eléctricas de la villa de Alonzo Acosta, seguido por el resto de los hombres de Alonzo. Aparcaron junto a una colección de otros coches ya estacionados en la amplia entrada. Hombres armados con trajes oscuros y gafas de sol se encontraban apostados en varias posiciones alrededor de la villa, los jardines y la puerta. Leo y Chavez sacaron apresuradamente a Scott, Louise y Sandra del vehículo y los condujeron hacia la terraza de la piscina. Los alinearon en un extremo de una gran mesa con superficie de cristal. Alonzo Acosta estaba sentado con las piernas cruzadas, relajado en un caro traje de lino, en el otro extremo.

—¿Cuál tiene la memoria USB? —dijo en español a Leo, como si ellos no existieran.

—Ese —respondió Leo, apuntando con su pistola hacia Scott, que llevaba su bolsa de portátil al hombro.

—La memoria USB, por favor —dijo Alonzo, cambiando a un inglés perfecto con una sonrisa.

Con las pistolas de Leo y Chavez aún apuntando a su cabeza, Scott sacó reluctantemente la memoria USB del bolsillo con cremallera en la parte frontal de la bolsa del portátil y se la entregó a Chavez, quien la llevó ansiosamente a Alonzo.

—¿Veis? No ha sido difícil, ¿verdad? Ahora, ¿cuál de vosotras dos señoritas es la novia del Sr. Delany? Ah, serías tú, rubita —dijo,

observando cómo el miedo se extendía por el rostro de Louise al mencionar el nombre de Delany—. Me pregunto qué tipo de trato estará dispuesto a hacer Gregory Delany para recuperar esto y a ti. Quizás elimine a Mendez de la ecuación y me ponga a mí al cargo de la distribución —dijo Alonzo, haciendo girar la memoria USB entre sus dedos.

Se quedó mirándolos a los tres durante un rato antes de hablar. —Matad a los otros dos. No me son de utilidad —ordenó, mirando a Chavez.

Sin dudar, Chavez apuntó su pistola a la sien de Scott y comenzó a apretar el gatillo.

—Aquí no, idiota. Tú y Tomás llevadlos al puerto deportivo. Usad mi barco y dejadlos caer en alta mar, con suficiente peso. No quiero que aparezcan en la orilla. Los turistas muertos son malos para el negocio.

—Sí, señor —dijo Chavez, agarrando a Scott por el brazo.

—Esperad, no, un momento. ¿No quiere saber qué hay dentro? —soltó Scott mientras Chavez y Tomás los arrastraban a él y a Sandra hacia los coches.

—Esperad, traedlos de vuelta —ordenó Alonzo, esperando hasta que estuvieron alineados de nuevo antes de continuar—. Está encriptado. No se puede acceder a él.

—Yo puedo —dijo Scott con confianza.

—¿Y por qué debería creerle, Sr...?

—Miller, Scott Miller de Miller Computer Systems Ltd.

—Mierda, sabía que lo había visto en alguna parte. Es el tipo, el tipo que detuvo a ese ciberterrorista que intentó hundir los bancos —dijo Tomás, cambiando al español mientras hablaba con Alonzo.

Alonzo miró la memoria USB, pensando en los secretos que contenía, y luego volvió a mirar a Scott.

—¿Qué necesita para acceder a ella?

—Solo mi portátil. Algo de tiempo y la promesa de que nos dejará ir a todos una vez que lo haya conseguido —dijo Scott, manteniendo la mirada fija en la de Alonzo.

Alonzo no se movió durante un tiempo incómodamente largo.

—Hecho. Llevadlos dentro y dadle al Sr. Miller lo que necesite —dijo Alonzo, levantándose para devolver la memoria USB a Scott.

—Ah, y Leo, desactiva el Wi-Fi. No quiero que al Sr. Miller se le ocurra la idea de contactar con las autoridades.

—Sí, jefe —respondió Leo.

Estaban a punto de entrar cuando Alonzo les llamó. —Sr. Miller.

Scott se detuvo y se volvió para mirarlo.

—No intente engañarme. Hay formas de morir más dolorosas que ahogarse —dijo, volviendo a sentarse en su silla antes de despedirlos con un gesto de la mano.

Llevaron a Scott y a las hermanas a una zona de estar a un lado de la cocina y los sentaron. Leo desapareció, dejando a Tomás y Chavez sentados en la barra de desayuno desde donde podían vigilarlos.

—¿De verdad puedes acceder a la memoria USB? —susurró Louise a Scott.

—Sin duda, querida. Pero me temo que si lo hago, nos matarán de todas formas. Ten fe, solo estoy intentando ganar tiempo hasta que Daniel y los demás nos encuentren —dijo Scott, dándole una sonrisa tranquilizadora, que desapareció en cuanto Leo volvió a la habitación.

—¿Cuánto va a tardar esto? —dijo con brusquedad.

—Mi querido amigo, esta es una memoria USB con encriptación AES de 256 bits, de nivel militar. Va a llevar al menos unas cuantas horas romper la encriptación de seguridad. ¿Qué tal un buen vaso de agua con hielo? Haría maravillas para mi concentración —dijo Scott mientras abría su portátil.

Leo lo miró fijamente antes de marcharse. —Dale lo que quiera —le gruñó a Chavez antes de salir furioso de la habitación.

—Gracias. ¿Y las señoritas? —dijo Scott cuando Chavez regresó con su bebida.

Chavez se volvió y se dirigió de nuevo a la cocina, apenas ocultando su fastidio.

Scott conectó la memoria USB a su portátil e inmediatamente comenzó a abrir ventanas y programas antes de introducir fila tras fila de código mientras tecleaba furiosamente en el teclado.

VEINTISIETE

Danny condujo lentamente frente al Club Desire, aparcando pegado a una furgoneta de reparto para que ojos curiosos no notaran los daños en la parte delantera del vehículo. Los tres giraron en sus asientos para mirar hacia atrás por la carretera en dirección al club. El restaurante de enfrente se estaba llenando de turistas, principalmente familias que llevaban a sus hijos a cenar temprano antes de que el centro de Benidorm se transformara en zona de fiesta con despedidas de soltero y soltera y los habituales turistas borrachos.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? Hay muchos civiles por ahí —dijo Chaz, preocupado por los niños en el restaurante.

—Vosotros no tenéis que venir si no queréis —dijo Danny, viendo cómo se encendían las luces de neón mientras el club abría sus puertas al público.

—Vete a la mierda —dijo Chaz, molesto porque Danny incluso pensara algo así, y encima lo dijera.

—Sí, cállate, gilipollas, o te mataré yo mismo —añadió Fergus.

—Vale, vale, me callaré. Bueno, ¿plan de ataque? —preguntó Danny a los dos hombres, que eran más como hermanos que amigos para él.

—Yo voto por la puerta principal, táctica de shock y pavor. Golpearles fuerte y subir al despacho del jefe antes de que nos vuelen los sesos —dijo Fergus.

Los otros dos se miraron, se encogieron de hombros y luego asintieron.

—Plan resuelto. Entraré primero y me cargaré al portero. Dudo que vaya armado. No querrán que los clientes vean armas. Pero con todo lo que ha estado pasando, apuesto a que habrá alguien cerca que tenga un arma. Mientras se centran en mí, vosotros dos desarmáis a quien sea, ¿vale? —dijo Danny.

—Entendido —respondieron Chaz y Fergus al unísono.

—Después de eso, nos movemos por la zona pública de la entrada y vamos directos a las escaleras hacia la oficina. Tenemos que ir desde la puerta de entrada hasta la oficina lo más rápido posible. No queremos que les alerten de que vamos —dijo Danny, recorriendo mentalmente el club y subiendo las escaleras hasta la oficina.

—¿Qué crees, Ferg, menos de sesenta segundos?

—Me parece que será más o menos eso, Chaz, colega.

—Venga, hagámoslo —dijo Danny, saliendo del vehículo.

Los otros le siguieron mientras Danny se dirigía al maletero del Land Rover y lo abría. Levantó el panel del maletero y sacó la llave de tuercas de rueda del juego de herramientas que había debajo. Cerrando el maletero de golpe, se dio la vuelta y caminó hacia la entrada del club con Chaz y Fergus a cada lado.

—¿Preparados?

—Sí —dijo Chaz.

—Afirmativo. Nos vemos al otro lado, chicos —dijo Fergus antes de que los tres caminaran con naturalidad hacia la entrada.

Fergus y Chaz se quedaron un poco atrás para darle a Danny un par de segundos de ventaja.

Danny giró hacia la entrada con la llave de tuercas oculta tras su espalda. Dos porteros trajeados estaban a ambos lados de la taquilla y el guardarropa, examinando de arriba abajo a los clientes mientras pagaban la entrada. En cuanto atravesó la puerta, Danny observó a los porteros, a la mujer detrás del mostrador y a un hombre armado que estaba junto a los abrigos en el guardarropa detrás de ella. Bajo la falsa idea de que nada podría suceder en el club, el hombre armado estaba relajado y parecía más interesado en mirar los

pechos de la cajera mientras se asomaba por su escote que en las personas que entraban al club.

Moviéndose hacia la derecha mientras avanzaba, Danny se agachó, sacando la llave de ruedas para golpear con fuerza, impactando en el lateral de la articulación de la rodilla del portero. El hombre corpulento cayó, cediendo su rodilla antes de que el dolor tuviera tiempo de registrarse en su cerebro. Mientras veía al otro portero girándose en su dirección como si se moviera a cámara lenta, Danny levantó la llave de ruedas, poniendo todo el peso de su cuerpo al golpear al segundo hombre en la sien. Mientras Danny observaba cómo el tipo caía como un árbol talado, Fergus pasó corriendo por detrás de él, saltando por encima del mostrador de la cajera con su pistola en alto. La tenía en la cara del hombre armado antes de que este tuviera la oportunidad de apartar los ojos del escote de la cajera.

—Buenas noches —dijo Fergus, deslizando su mano libre dentro de la chaqueta del tipo para quitarle la pistola y lanzarla por encima de la cajera, hacia Danny.

Danny la atrapó mientras Chaz cerraba las puertas de entrada del club y corría el cerrojo para bloquearlas. Saltando por encima del mostrador, Danny agarró algunas perchas vacías del perchero y las retorció separándolas antes de poner los brazos del hombre detrás de su espalda. Enrolló el alambre de la percha alrededor de las muñecas antes de empujar al hombre al suelo para enrollar otra percha alrededor de sus tobillos.

—Ya está. Vamos, vamos, vamos —dijo Danny, arrancando el cable del teléfono en el mostrador de la cajera para que no pudiera llamar a la oficina. Saltando de nuevo por encima del mostrador, los tres entraron en el club.

VEINTIOCHO

—Me importa una mierda que hayas terminado tu jornada. Vuelve ahí y averigua quiénes son estos hombres, dónde viven y para quién trabajan —gritó Delany por teléfono mientras estudiaba la fotocopia del pasaporte de Danny que acababa de enviar al DCI Matthew Cain.

Su cara se puso roja de ira, contorsionándose ante el silencio que recibía como respuesta.

—¡Cain! —vociferó.

—Estoy aquí —respondió finalmente Cain.

—Haz lo que te pago para que hagas. ¿Me oyes, Cain?

—Sí, señor Delany —contestó Cain con voz resignada.

Colgó, aún mirando fijamente la foto de Danny, estudiando cada pequeño detalle de la fotografía del pasaporte antes de doblarla y guardarla en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Dónde coño están? Me dijiste que tenías controlada esta ciudad.

—Los encontraremos. Tengo gente por todas partes buscándolos y Arlo está vigilando el aeropuerto. No se han acercado por allí.

Un golpe en la puerta impidió que Delany siguiera arremetiendo contra Méndez.

—¿Qué? —gritó Delany. Apenas las palabras habían salido de su boca cuando la puerta se abrió violentamente con Javier volando hacia atrás a través de ella.

Danny entró tras él, moviéndose a un lado para dejar que Chaz y Fergus se colocaran junto a él. Los tres se desplegaron, apuntando con sus armas a Delany, Méndez y dos de sus hombres.

—Sacad las armas despacio. Entre los dedos y colocadlas en el suelo, luego pateadlas hacia mí —ordenó Danny, con los ojos fijos en los de Delany, ninguno de los dos cediendo el control de la situación apartando la mirada.

La tensión en la habitación aumentó. Los segundos parecían minutos hasta que los hombres se movieron lentamente, sacando sus pistolas por la culata para colocarlas en el suelo antes de empujarlas en dirección a Danny.

—¿Y ahora qué, eh? ¿Has venido a matarme? Vamos, mátame. Estarás muerto antes de que acabe la noche —dijo Delany desafiante antes de añadir—: ¿Para quién trabajas, Balentine? ¿Acosta? ¿Greco? Lo que te estén pagando, puedo duplicarlo.

—Nos importa una mierda tú y tu negocio, estúpido cabrón. Ahora cállate y escucha. Te conseguiré tu memoria USB, ¿de acuerdo? Pero a cambio, te olvidarás de que nos has visto a nosotros o a Sandra y Louise Benning —dijo Danny, cortando a Delany en seco.

Hubo otro silencio doloroso hasta que Delany habló.

—¿Qué quieres decir con conseguir la memoria? Pensaba que la tenías —dijo con voz baja y calmada.

—Un Mercedes negro nos siguió desde la fábrica. Un español, cuarenta y tantos años, pelo canoso peinado hacia atrás. ¿Quién es? —preguntó Danny, ignorando la pregunta de Delany.

—Leo Quinn, es la mano derecha de Alonzo Acosta —respondió Méndez.

—Nos tendió una emboscada y tiene la memoria junto con mi amigo y las hermanas Benning. Si aceptas dejarnos en paz a todos, te la recuperaré.

Delany continuó mirando a los ojos de Danny. Por mucho que mirara, no veía debilidad alguna en el hombre que tenía delante.

—Consígueme la memoria y sois libres de marcharos —dijo, reclinándose en la silla de cuero del despacho.

—¿Y tu ex? —insistió Danny.

Delany sonrió antes de responder.

—Sí, y Louise.

—De acuerdo, dime dónde puedo encontrar a Alonzo Acosta —dijo Danny, recogiendo la pistola que tenía a sus pies y metiéndosela en la cintura.

VEINTINUEVE

La habitación se encogió alrededor de Scott, su concentración era tan profunda que le provocaba visión de túnel al observar el código que se desplegaba por la pantalla del portátil. Sus dedos habían estado bailando sobre las teclas durante un par de horas y estaba avanzando constantemente a través de las capas de cifrado.

—Ah, ahí estás —susurró.

Después de introducir un comando, los dedos de Scott dejaron de moverse por el teclado. Tras horas de golpeteo rítmico, el repentino silencio hizo que Louise y Sandra miraran hacia él. Scott captó el movimiento de sus cabezas por el rabillo del ojo y giró para mirar en su dirección. Preocupado de que Chavez también lo hubiera notado, Scott miró hacia la cocina, aliviado al ver que Chavez seguía sentado en el taburete junto a la barra del desayuno, con los ojos pegados a su móvil mientras navegaba por las redes sociales, aburrido. Scott volvió su atención a las hermanas y se llevó un dedo a los labios antes de regresar al portátil y pulsar la tecla enter. El código desapareció y se abrió una ventana grande, mostrando todas las carpetas almacenadas en el pendrive. Scott echó un vistazo rápido a Chavez para asegurarse de que seguía absorto en su teléfono, lo cual era así. Volviendo a su portátil, Scott comenzó a abrir carpetas y a examinar su contenido.

—Vaya, vaya, no es de extrañar que quieras poner tus sucias manos sobre esto —se dijo a sí mismo en un susurro.

Scott comprobó de nuevo el Wi-Fi en el portátil, por si estuviera activado o pudiera aprovechar la conexión de alguien cercano. Frunció el ceño cuando vio que no había ninguna disponible.

Si no puedo enviar el contenido a las autoridades y no puedo pedir ayuda, ¿qué se puede hacer?

Permaneció sumido en sus pensamientos durante un rato antes de que se le ocurriera una idea y una sonrisa se extendiera por su rostro. Segundos después, abrió otra ventana y comenzó a teclear rápidamente, escribiendo línea tras línea de código incomprensible en una ventana abierta. En la barra del desayuno, Chavez levantó la vista de su teléfono. Algo en la forma en que Louise le miró y luego volvió a mirar nerviosamente a Scott despertó su interés.

—Scott —susurró Louise cuando Chavez se levantó de su taburete.

Scott no reaccionó. Sus dedos, que ya se movían rápido, aceleraron hasta casi volverse borrosos. Por el rabillo del ojo, podía ver a Chavez moviéndose en su dirección.

Vamos, vamos, casi está.

Chavez se detuvo cuando llegó al sofá donde Sandra y Louise estaban sentadas una al lado de la otra. Las miró mientras ellas evitaban su mirada, antes de mirar a Scott, que seguía trabajando. Se dirigió hacia él, rodeando el respaldo del sofá donde Scott estaba sentado para poder ver lo que había en la pantalla del portátil. Cuando la brillante pantalla quedó a la vista, los dedos de Scott se detuvieron bruscamente antes de que su dedo índice pulsara la tecla enter, haciendo que todas las ventanas abiertas desaparecieran de la pantalla. Todo lo que quedó fue un escritorio en blanco con una pequeña ventana abierta transmitiendo continuas líneas de código de izquierda a derecha.

—¿Qué estabas haciendo? —dijo Chavez, frunciendo el ceño.

—Mi querido amigo, pasé años en la universidad y toda una carrera aprendiendo a hacer lo que hago. Podría explicártelo, pero ¿realmente crees que lo entenderías? —dijo Scott con cierta petulancia.

—Date prisa y accede a ese pendrive —dijo Chavez enfadado, dándose la vuelta.

—Me tomaré otro agua con hielo, si no te importa —dijo Scott, incapaz de resistir la oportunidad de provocar a Chavez.

Este se detuvo a medio camino hacia la cocina, apretando el puño hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Por un segundo, Scott pensó que quizás había presionado demasiado a Chavez, pero tras unos instantes el hombre desapretó el puño y continuó hacia la cocina. Sirvió la bebida de Scott y se la llevó, dejándola caer con fuerza sobre la mesa de café, haciendo que se derramara sobre la superficie de cristal.

—Bebe tu bebida, inglés. Si no te das prisa y accedes a ese pendrive, será la última que tomes —dijo, regresando a su taburete en la cocina para seguir pasando más vídeos de redes sociales en su teléfono.

Scott apartó la mirada de Chavez hacia las asustadas hermanas en el otro sofá. —No os preocupéis, todo saldrá bien —les dijo, ofreciéndoles la sonrisa más reconfortante que pudo.

TREINTA

Bajando la visera del coche, Danny entrecerró los ojos contra el sol poniente mientras subían hacia las colinas y el pueblo de Maylan. Continuaron ascendiendo hacia la dirección a las afueras del pueblo que Mendez les había dado. A medida que se acercaban, Danny divisó a dos hombres sentados en un coche al borde de la carretera. Su lenguaje corporal, las gafas de sol y los tatuajes carcelarios en el dorso de la mano del conductor que colgaba por la ventanilla, los delataban.

—Vigilantes a la vista —dijo Danny.

—Sí, los veo —dijo Chaz, girando rápidamente a la derecha para alejarse de su destino antes de alertar a los hombres de Alonzo Acosta.

Aparcó un poco más adelante y apagó el motor. Los tres permanecieron en silencio durante unos instantes, observando cómo el sol se ocultaba tras las colinas más allá de Maylan.

—¿Listos?

—Sí —respondió Chaz.

—Vamos a por ese pijo capullo. Si alguien va a matarlo, ese seré yo —dijo Fergus desde el asiento trasero.

Los tres salieron del vehículo y se subieron la parte superior de los monos de trabajo negros que habían comprado en una ferretería de Benidorm. Rodearon la parte trasera del vehículo, echaron un vistazo rápido antes de abrir el maletero. Se pusieron gorras de

béisbol negras con la imagen de una llave inglesa y el nombre de un conocido fabricante español de herramientas, Irega, sobre ella. Tras ponerse guantes negros de látex, Fergus metió un rollo de cinta americana en su bolsillo antes de dividir una bolsa de bridas y repartirlas entre Danny y Chaz.

—Toma —dijo Danny, desenroscando la tapa de una lata de betún negro para botas antes de pasársela a Fergus.

—Gracias, esta es la única forma en que voy a conseguir un poco de color en estas vacaciones —se rio, pasando los dedos por la sustancia cerosa antes de extenderla uniformemente por su cara.

—Tienes razón en eso —dijo Chaz, haciendo lo mismo.

Los dos terminaron y se sonrieron ampliamente, destacando el blanco de sus dientes en el cielo cada vez más oscuro.

—Vale, armémonos —dijo Danny, apartando la manta en la parte trasera para dejar al descubierto un arsenal de pistolas Glock 17, fundas de hombro y tres escopetas de corredera, todo cortesía de Samuel Mendez.

—¿Todos tenemos claro el plan? —preguntó Danny.

—Sí, cruzar por una propiedad vecina, rodear hasta la parte trasera de la propiedad, y luego avanzar entre los árboles y arbustos hasta llegar a la parte trasera de la villa de Acosta —dijo Chaz.

—Una vez allí, saltamos el muro y corremos hacia la casa —añadió Fergus.

—Necesitamos localizar a Scott y a las hermanas sin dar la alarma. Si se convierte en un tiroteo antes de que entremos, las posibilidades de sacarlos con vida son prácticamente nulas —dijo Danny, deslizando el último cartucho en la escopeta.

—Entendido —dijo Chaz, mientras Fergus asentía en señal de acuerdo.

—Pero antes de eso, tenemos que encargarnos de esos dos payasos de vigilancia —dijo Danny, cerrando el maletero.

—Bueno, ¿a qué esperamos? —sonrió Chaz.

—Ah, como en los viejos tiempos —añadió Fergus.

Los tres regresaron por la carretera, manteniéndose en las sombras mientras se pegaban a las paredes y puertas exteriores hasta llegar a la esquina. Danny asomó la cabeza y miró por encima

de los coches aparcados en su lado de la carretera hacia el coche de vigilancia situado enfrente. Podía ver la silueta de los dos hombres sentados en el coche en la oscuridad. Dos puntos rojos brillaban desde el interior del coche, seguidos de bocanadas de humo que salían por las ventanillas abiertas mientras exhalaban el humo de los cigarrillos. El destello de los faros de un coche que se acercaba hizo que Danny y los otros se agacharan detrás del coche aparcado junto a ellos. Observaron a través de las ventanillas cómo los faros iluminaban las caras de los dos hombres en el coche de vigilancia, ambos levantando una mano para protegerse los ojos de la cegadora luz.

—Vamos —dijo Danny, agachándose bajo la cobertura de los coches aparcados mientras avanzaba por la carretera.

Se detuvo cuando pasó por detrás del coche de vigilancia, escondiéndose tras una pequeña furgoneta blanca mientras el coche que se aproximaba se detenía a la altura del coche de vigilancia. Los hombres en el interior hablaron entre ellos en una ráfaga de español antes de que el coche continuara su camino, desapareciendo sus faros y dejando nuevamente el coche de vigilancia en la oscuridad. Mientras los ocupantes aún adaptaban sus ojos a la oscuridad después de haber sido deslumbrados por los potentes faros, Danny, Chaz y Fergus cruzaron rápidamente la carretera y se agacharon detrás de su coche. Danny colocó suavemente su escopeta sobre el asfalto y sacó una pistola. Después de que Chaz y Fergus hicieran lo mismo, les indicó a Chaz que fuera por el lado más alejado del coche y a Fergus que entrara por detrás. Cuando asintieron en señal de acuerdo, Danny comenzó la cuenta regresiva con los dedos desde tres hasta uno. Al llegar a cero, él y Chaz giraron hacia cada lado del coche en perfecta sincronización. Dieron dos pasos hacia adelante, deslizando sus Glocks a través de las ventanillas abiertas para colocar los cañones en las sienes de los ocupantes desprevenidos.

—¿Hablas inglés? —dijo Danny.

—Sí —contestó el conductor.

Mientras esto ocurría, Fergus abrió la puerta trasera y se deslizó en el asiento detrás de ellos. Se inclinó hacia delante entre los dos

asientos delanteros y les quitó las armas antes de palpar los bolsillos de sus chaquetas hasta encontrar sus teléfonos.

—¿Cuántos hombres hay en la villa? —preguntó Danny, presionando la pistola con más fuerza contra la sien mientras preguntaba.

—No lo sé, diez, tal vez doce —respondió el conductor, y la expresión de miedo en su rostro hizo que Danny le creyera.

—¿Cómo están distribuidos?

—Yo, eh, yo...

—Dímelo —gruñó Danny, tirando de la corredera en la parte superior de la Glock para infundir más miedo al conductor.

—C-c-cinco patrullando el jardín, dos en la entrada, tal vez tres dentro con Quinn y Acosta.

—¿Dónde están nuestro amigo y las mujeres?

—Están en la parte trasera de la villa, en el salón junto a la cocina —respondió el conductor temblando de miedo.

—Joder, cinco son muchos para pasar sin que nos vean —dijo Chaz desde el otro lado del coche.

—Lo sé, vamos a necesitar algún tipo de distracción —respondió Danny, apartando la pistola unos centímetros de la sien del conductor antes de asentir a Fergus en el asiento trasero.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, un lazo hecho con bridas pasó por encima de la cabeza del conductor y el reposacabezas antes de ser apretado con fuerza hasta que se clavó en su cuello. Fergus no paró hasta que la parte posterior de la cabeza del conductor quedó inmovilizada contra el reposacabezas de cuero, la ajustada brida de plástico haciendo difícil, pero no imposible, que respirara. Mientras jadeaba por aire, Fergus le pasó las manos por detrás del asiento y le ató las muñecas firmemente con otra brida. Deslizándose por el asiento trasero, Fergus inmovilizó de la misma manera al tipo sentado en el asiento del copiloto. Metiendo la mano en su bolsillo, Fergus terminó pegándole un trozo de cinta americana en la boca antes de arrancar un segundo trozo para amordazar al conductor.

—No, espera —dijo Danny, deteniendo a Fergus.

—Tú, si ves a alguien, ¿a quién se supone que debes llamar? —preguntó Danny, volviendo a colocar la pistola en la sien del conductor.

—A Leo, llamamos a Leo —jadeó.

—Pásanos su teléfono, Ferg.

—Aquí —dijo Fergus, alcanzándolo entre los asientos.

Danny lo sostuvo frente al rostro del conductor para desbloquearlo, luego navegó por el menú para desactivar los bloqueos facial y de huella digital.

—Espera —dijo Danny, impidiendo que Fergus amordazara al conductor por segunda vez.

—Por el amor de Dios, ¿y ahora qué? Vamos a estar aquí toda la noche —refunfuñó Fergus.

—¿Cuál es la palabra en español para «ayuda»? —le preguntó al conductor.

—Que te jodan, ya he dicho bastante. No me vas a matar. Ya lo habrías hecho —siseó en respuesta.

—Tal vez no, pero no tengo ningún problema en volarte la polla. La palabra en español para «ayuda«, tres, dos, uno —dijo Danny, acercando su cara a milímetros de la del conductor mientras le metía el cañón de su pistola en la entrepierna.

—*Ayuda*, es *ayuda*. Joder. Mm, mmmn —dijo, con la frase interrumpida por Fergus, que le pegó la tira de cinta americana sobre la boca.

—Vámonos —dijo Danny, sacando las llaves del contacto y saliendo del coche para cerrar la puerta de un golpe.

Lanzó las llaves a un seto y se unió a los otros en la parte trasera del coche. Recogieron las escopetas e inmediatamente desaparecieron por los jardines de la villa más cercana que no tenía luces encendidas.

TREINTA Y UNO

Delany llevaba horas dando vueltas por el despacho de Méndez como un oso herido. Méndez estaba sentado en su escritorio con Arlo apoyado en una esquina. Ambos observaban a Delany en silencio, reacios a hablar y provocar su ira.

—Han pasado tres horas. ¿Qué coño está pasando? —gritó, sin dirigirse a nadie en particular.

—Deberías haberme dejado ocuparme de Acosta en lugar de este grupo de payasos británicos —refunfuñó Arlo a Méndez en español.

Delany escuchó los comentarios de Arlo y entendió cada palabra. Giró la cabeza bruscamente con una expresión furiosa en el rostro.

—¡Tú! Estos payasos británicos te han estado dando vueltas durante dos días, maldito idiota. Una palabra más y te disparo yo mismo —vociferó Delany, cuando su teléfono sonó mostrando la identificación del DCI Cain, lo que salvó a Arlo de una mayor reprimenda.

—Habla —ordenó por teléfono.

—Tengo la información sobre ese tal Danny Pearson.

—Pues venga, suéltalo —dijo Delany, con la voz elevándose por la impaciencia.

—No te va a gustar. Este tipo tiene más archivos restringidos y de acceso denegado que cualquier otro que haya visto antes. Es como un maldito héroe nacional. Si intento indagar más, tendré al comisario de policía y a Seguridad Nacional preguntándome por qué

quiero saberlo. Te enviaré todo lo que tengo, pero si quieres mi consejo, sea lo que sea que estés pensando hacer, no lo hagas. Si te metes con este tipo, tendrás a un grupo de hombres con trajes negros llamando a tu puerta en menos de una hora.

—Entendido —dijo Delany. Al colgar, miró a Méndez y Arlo mientras procesaba lo que Cain le había dicho.

Su teléfono vibró un segundo después con el archivo de Danny enviado por Cain. Delany apartó la mirada de Méndez y Arlo mientras leía la información que no estaba tachada con negro o marcada como *Acceso Restringido*.

—Cuando vuelvan con el pendrive, les dejaremos marchar —dijo finalmente, con la voz inusualmente apagada.

—¿Estás seguro? Después de que se fueran, dijiste que los matarías y te llevarías a tu mujer de vuelta a casa contigo —dijo Méndez, desconcertado por el súbito cambio de planes.

—No cuestiones mi decisión —respondió Delany bruscamente antes de desplomarse en una silla.

—¿Y si no vuelven? —intervino Arlo.

El rostro de Delany se endureció de nuevo mientras volvía su atención hacia Arlo.

—Si no han vuelto al amanecer, tendrás tu oportunidad de redimirte. Matarás a Acosta y a todos sus hombres.

El gigante simplemente asintió en señal de aprobación y la habitación volvió a sumirse en un silencio incómodo, mientras los tres hombres observaban los segundos pasar en el reloj de la oficina.

TREINTA Y DOS

—Listo —dijo Danny, mientras los tres se situaban a suficiente altura en la colina como para poder observar por encima del muro de la propiedad de Acosta sus jardines y la parte trasera del edificio.

—¿Quién hace cada parte? —preguntó Chaz.

—Yo haré de conductor. *Ayunda, ayunda, rápido* —dijo Fergus con su mejor voz de angustia.

—¿Un español escocés, en serio, Ferg? —dijo Danny, negando con la cabeza.

—¿Qué? Creía que lo había hecho bien —refunfuñó Fergus.

—*Ayunda, ayunda, rápido* —dijo Chaz con un acento español mucho más convincente.

—Bien, tú haz algunos gritos y gemidos con unos cuantos golpes. Yo sujetaré el teléfono por allí para que suene lejano —dijo Danny, alejándose unos metros.

Miró a Chaz y Fergus, asintiendo mientras pulsaba el botón de llamada para Leo, solo el blanco de sus ojos y una silueta negra se distinguían bajo la luz de la luna, su mano girada en señal de aprobación cuando Leo contestó.

—Argh, *ayunda, ayunda, rápido*, argh —dijo Chaz con voz forzada, mientras Fergus interpretaba los gruñidos y sonidos de alguien siendo atacado.

Cuando Leo gritó «Pepe» por el teléfono, Danny colgó y lo lanzó por encima de su hombro.

—Gran actuación —dijo Danny, con los dientes brillando al sonreír.

—Digna de una nominación al Óscar, creo —dijo Chaz mientras los tres volvían su atención a la villa que tenían debajo.

En pocos segundos Leo apareció en las puertas del patio en la parte trasera de la casa. Hubo muchos gritos y aspavientos, seguidos de los cuatro hombres armados distribuidos por el jardín que corrieron hacia el lateral de la villa en dirección a la puerta principal.

—Eso es. Tenemos probablemente tres minutos antes de que encuentren a los dos tipos en el coche y empiecen a volver —dijo Danny, guiando a los otros hacia la parte trasera del muro del jardín.

Se giró para poner la espalda contra el muro y después dobló las rodillas. Dejando la escopeta de corredera en el suelo, Danny entrelazó los dedos e impulsó a Chaz hacia arriba hasta que logró pasar el brazo por encima del muro y subirse. Hizo lo mismo con Fergus, después recogió la escopeta y se la pasó a Chaz, quien la colocó sobre el muro. Extendiendo los brazos, agarró las muñecas de Chaz y Fergus mientras ellos aferraban las suyas y lo subieron hasta lo alto del muro. Los tres saltaron a la oscuridad al final del jardín, tomándose un segundo para examinar los alrededores en busca de movimiento. Sin tiempo para el sigilo, Danny estalló en una carrera a toda velocidad, seguido por Chaz y Fergus, con sus escopetas balanceándose de lado a lado en sus manos mientras sus piernas bombeaban y sus pies golpeaban la suave hierba bien cuidada del césped de Acosta. Al acercarse a la villa, Danny vislumbró a Sandra, Louise y la nuca de Scott a través de las grandes puertas correderas de cristal que ocupaban toda la parte trasera del edificio.

Saltando por encima de los escalones que conducían a la terraza de la piscina, los pies de Danny tocaron el suelo justo cuando Chávez se giró en el taburete de la cocina. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a Danny y los otros corriendo hacia él. Fue a por su arma, agarrando la culata y sacándola de la pistolera del hombro.

Con los ojos fijos en Chávez, Danny apuntó el cañón de su escopeta hacia delante y apretó el gatillo. Su pesada carga de perdigones atravesó el cristal, derribando a Chávez antes de hacerlo rebotar contra la barra del desayuno y caer al suelo de la cocina. Todavía corriendo hacia la villa, Danny levantó los brazos para cubrirse los ojos y atravesó los fragmentos de cristal que aún colgaban del marco de la puerta. Aterrizó con firmeza en la cocina mientras diminutas cuentas de cristal cristalizado rebotaban contra los armarios y las encimeras.

—Buenas noches, Daniel, qué amable por tu parte aparecer finalmente —dijo Scott, sacando el pendrive del portátil antes de cerrar la tapa y devolverlo a su bolsa.

—Lo siento, Scotty, el tráfico era infernal. Buenas noches, señoritas, ¿nos vamos? —dijo Danny mientras Chaz le seguía a través del marco sin cristal, con la escopeta levantada y cubriendo la puerta que conducía al resto de la villa. Fergus se quedó justo fuera, vigilando el jardín trasero.

Mientras Scott y las hermanas se levantaban, la puerta de la cocina se abrió de golpe. Uno de los hombres de Acosta, alertado por el sonido de la escopeta, irrumpió desde el pasillo. Interponiéndose en su camino, Chaz levantó la escopeta y clavó la culata con fuerza en la cara del tipo. El golpe echó la cabeza del hombre hacia atrás, salpicando sangre en el aire de su nariz aplastada hacia un lado. Con el impulso de su cuerpo continuando hacia adelante y la cabeza volando hacia atrás, los pies del hombre se despegaron del suelo y cayó pesadamente sobre su espalda, inconsciente. Al levantar la mirada del hombre inconsciente para ver en la dirección por la que había entrado, Chaz vio a Alonzo Acosta de pie junto a la puerta principal apuntándole con una subametralladora Agram 2000 croata. Chaz se lanzó detrás de la barra de desayuno mientras Acosta abría fuego en modo automático, vaciando el cargador de treinta y dos balas en una fracción de segundo. La ensordecedora lluvia de balas silbó por el pasillo y a través de la puerta abierta, rozando a Chaz por milímetros, excepto por una bala que arrancó un mechón de material de su mono al desgarrar su manga ondeante. Continuaron su trayectoria por la

cocina antes de hacer añicos el cristal de otra puerta plegable. Cuando el cargador quedó vacío, Chaz bombeó la escopeta y rodó por el suelo, mirando por la mira para ver a Acosta colocando un nuevo cargador en la subametralladora. Cuando Acosta levantó la cabeza para apuntar, Chaz disparó. Con el ángulo extraño y el tiempo de reacción rápido, la puntería de Chaz se desvió ligeramente acertándole en el hombro. Acosta se estrelló contra la pared detrás de él, dejando caer la subametralladora mientras su brazo colgaba a un lado, inútil. Mientras Chaz introducía otro cartucho en la recámara, Acosta se despegó de la pared y salió corriendo por la puerta principal, dejando un rastro de sangre en la pared tras él.

—Cambio de planes. Saldremos por delante. Ferg, toma la delantera —gritó Danny.

—Recibido —dijo Fergus, corriendo y saltando sobre Chaz para tomar posición a un lado de la puerta principal.

Chaz se puso de pie y siguió a Fergus, tomando posición al otro lado de la puerta abierta mientras Danny conducía a Scott y a las dos hermanas hacia el pasillo detrás de ellos.

Fergus y Chaz asomaron rápidamente la cabeza por la puerta y volvieron a cubrirse, cada uno tomando una instantánea mental de Acosta corriendo hacia la verja abierta, gritando a dos de sus hombres que vigilaban la entrada mientras esperaban a que Leo y los demás regresaran de investigar la llamada de Pepe.

—¿Cómo lo veis? —dijo Danny por encima de los demás.

—Dos junto a la verja, uno atravesándola. No pude ver a nadie más —gritó Fergus en respuesta.

—¿Vehículos?

—Sí, varios en la entrada.

—Vale, mantenedlos a raya mientras veo si puedo encontrar las llaves —dijo Danny, dirigiéndose hacia la mesa en la esquina del pasillo.

—Recibido —dijo Fergus, asintiendo a Chaz.

El entendimiento tácito los hizo girar a ambos lados de la puerta principal. Con sus escopetas levantadas frente a ellos, dispararon una ronda cada uno, arrancando el revestimiento de la pared sobre los hombres de Acosta a ambos lados de la verja. Sorprendidos, se

agacharon y corrieron fuera de la verja para cubrirse al otro lado. Chaz y Fergus bombearon repetidamente las escopetas, acribillando la mampostería y la verja metálica abierta con disparos.

—Me he quedado sin munición —dijo Chaz.

—Yo también —dijo Fergus, tirando la escopeta al suelo y sacando ambas pistolas.

—Toma —dijo Danny, lanzando su escopeta a Chaz, quien la atrapó y cargó otro cartucho en la recámara.

—¡Las tengo! —gritó Danny, recogiendo un juego de llaves del cajón de la mesa.

Su voz quedó ahogada por los disparos y las balas que atravesaban la puerta abierta para arrancar trozos de madera de la escalera de enfrente.

—Son unos cabrones persistentes, ¿verdad? —refunfuñó Fergus a Chaz.

—Sí, y yo pensaba que España era todo *mañana, mañana*.

—¿Estáis listos, chicos? ¿A la de tres? —gritó Danny.

—Recibido —respondieron Chaz y Fergus al unísono.

—Cuando salgamos, pegaos a mí como lapas, ¿de acuerdo? —dijo Danny a Scott y las dos hermanas.

—Recibido —dijo Scott, intentando sonar como Fergus y Chaz.

Las hermanas simplemente se abrazaron y asintieron.

—Uno, dos, tres.

Chaz y Fergus se movieron alrededor de la puerta a la de tres, Chaz disparando ráfagas al hombre de Acosta que se asomaba por el lado derecho de la verja, mientras Fergus avanzaba, con ambas pistolas en alto disparando al hombre de Acosta en la izquierda, acertándole con dos en el pecho y una en la frente. Danny salió detrás de ellos, pulsando el botón de las llaves del coche hasta que los intermitentes de un Mercedes parpadearon y se desbloqueó. Se dirigieron al coche, Danny subiéndose al asiento del conductor mientras Scott y las dos hermanas saltaban a la parte trasera. Chaz y Fergus, todavía cubriendo la verja, se dirigieron al coche los últimos, Fergus saltando al asiento del copiloto, mientras Chaz se lanzaba encima de todos en la parte trasera.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Fergus, bajando la ventanilla para cubrirlos durante la salida.

Danny pisó el acelerador, haciendo girar las ruedas y lanzando grava por toda la entrada hasta que los neumáticos encontraron tracción y el coche salió disparado por la verja. Girando el volante bruscamente, los neumáticos chirriaron sobre el asfalto exterior hasta encontrar agarre y el coche ganó velocidad, chocando directamente contra los hombres de Acosta que regresaban del coche de Pepe. Danny no pestañeó. Manteniendo el pie a fondo, los embistió de frente, enviando a dos rebotando contra los lados antes de que un tercero saliera volando sobre el capó, rompiendo el parabrisas antes de rebotar sobre el techo para caer sobre la carretera detrás de ellos. Mientras Danny aumentaba la velocidad, Fergus sacó el torso por la ventanilla abierta, disparando sus pistolas hacia Leo y Acosta, haciéndolos agacharse detrás del coche de Pepe mientras pasaban a toda velocidad, desapareciendo en la noche.

TREINTA Y TRES

Veinte minutos después, Danny y los demás aparcaron en un terreno baldío en las afueras de Benidorm. Danny, Chaz y Fergus se quitaron los monos, utilizando el agua del limpiaparabrisas para humedecerlos y lavarse tanto betún de la cara como fuera posible. Una vez terminado, los amontonaron junto con las gorras y les prendieron fuego. Mientras las llamas crecían, desmontaron las armas y esparcieron las piezas por todo el descampado. Chaz llevó los cartuchos, las balas y partes de los mecanismos de disparo hasta la carretera y los arrojó por el desagüe más cercano para que nadie pudiera recogerlos o volver a montar las armas. Por último, se quitaron los guantes de látex y los echaron al fuego que se extinguía.

—Bien, Scott, el pendrive —dijo Danny con la mano extendida.

—Ah, sí, por supuesto. Supongo que entregaremos esto a las autoridades —dijo Scott, dándoselo a Danny.

—No exactamente, tío —dijo Danny, cogiéndolo y metiéndoselo en el bolsillo.

—¿Qué quieres decir con no exactamente? —preguntó Scott.

—Tuve que hacer un trato con Delany. Era la única forma de encontraros y sacaros —dijo Danny, levantando las manos para calmar a Louise cuando ella pensó inmediatamente que Danny iba a entregarla a Delany—. No te preocupes, solo es el pendrive. Delany

ha accedido a dejarnos en paz, a todos nosotros. Siempre y cuando le devuelva este pendrive.

—Sobre el pendrive, yo...

—No quiero oírlo, Scott. Te dejaré en el aeropuerto para que compres los billetes de vuelta. Yo haré el intercambio con Delany y luego me reuniré con vosotros en el aeropuerto. Sin discusiones —dijo Danny, con el rostro duro como el granito.

—Pero yo he... —intentó decir Scott.

—Scott, he dicho que no hay discusión. Ahora sube al coche. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

Scott renunció a regañadientes y subió al coche con los demás. Todos se sentaron en silencio durante el trayecto al aeropuerto de Alicante, perdidos en reflexiones sobre los últimos días. Al poco tiempo, Danny se detuvo frente a la terminal de salidas y los dejó bajar a todos.

—¿Seguro que no quieres que vayamos contigo? —preguntó Fergus con Chaz a su lado.

—No, cuidad de estos. No tardaré mucho. Haré el intercambio en algún lugar público y luego saldré pitando de allí —dijo Danny, esbozando una sonrisa a sus dos amigos más cercanos.

—Vale, hermano, ten cuidado —dijo Chaz, apartándose del coche.

Se quedaron un momento mirando cómo Danny se alejaba, luego se dieron la vuelta y entraron en la terminal para dirigirse al mostrador de billetes más cercano.

Mientras regresaba hacia Benidorm, Danny llamó a Delany. Le dijo que tenía el pendrive y que se reuniría con él en el área de servicio de la autopista a unos diez kilómetros de Benidorm.

TREINTA Y CUATRO

Conduciendo al límite de velocidad, Danny pasó frente a la estación de servicio en el lado opuesto de la autopista, con la cara pegada a la ventanilla mientras observaba todos los coches y personas que usaban los surtidores de gasolina y estaban aparcados para utilizar los servicios. Danny localizó el lugar donde quería hacer la entrega. Era público y estaba cubierto por múltiples cámaras de seguridad. Cerca del punto, Danny vio el coche de Delany destacando como un pulgar dolorido, un Mercedes negro con el motor aún en marcha, las luces encendidas y cuatro personas sentadas pacientemente en su interior.

Continuó cinco kilómetros más, saliendo en la siguiente intersección para dar la vuelta y regresar hacia la estación de servicio. Unos minutos después, tomó el desvío hacia los servicios y pasó por delante de los surtidores para aparcar frente al edificio principal, directamente en línea con la cámara de seguridad de la entrada. Bajó la ventanilla y miró hacia los ocupantes en sombras del Mercedes aparcado a unos diez metros a su izquierda. Tras una tensa pausa, las puertas más cercanas a él se abrieron. La gigantesca figura de Arlo salió de la parte trasera. Cerró la puerta y simplemente se quedó allí con una mano en la culata de su pistola bajo el abrigo. Delany salió del asiento delantero y permaneció un rato simplemente mirando a Danny sin moverse. Bajándose del coche, Danny caminó hasta la mitad del camino hacia Delany y se

detuvo. Delany igualó sus pasos hasta que quedaron uno frente al otro.

—¿Tiene algo para mí? —dijo Delany con la mirada de un hombre acostumbrado a salirse con la suya.

—Soy un hombre de palabra —dijo Danny, devolviéndole la mirada con la misma intensidad, lo que finalmente incomodó a Delany, que tuvo que apartar la vista.

En ese momento, Danny metió la mano en el bolsillo, moviéndose lentamente para evitar que Arlo sacara su arma. Sacó el pendrive entre dos dedos, sosteniéndolo en alto hasta que vio que Arlo relajaba el agarre de su pistola.

—¿Estamos en paz?

—Yo también soy un hombre de palabra. Estamos en paz —dijo Delany, tomando el pendrive de los dedos de Danny—. Sabe, es usted un tipo útil. Ha hecho que toda esta gente parezca un grupo de aficionados. Podría utilizar a un hombre como usted.

—No, no podría —dijo Danny, con el rostro duro como el granito y sus ojos oscureciéndose de ira mientras comenzaba a caminar hacia atrás en dirección al coche.

Delany se quedó donde estaba, con una sonrisa extendiéndose por su rostro. —¡Llámeme si alguna vez cambia de opinión! —le gritó a Danny.

—No lo haré —gruñó Danny, subiendo de nuevo al coche.

Delany lo observó dar marcha atrás y alejarse antes de girarse y volver a su propio coche, haciendo girar el pendrive entre sus dedos. Danny regresó a la autopista, comprobando por el retrovisor cada pocos minutos por si Delany le había puesto a alguien siguiéndole. Condujo con cuidado y se mantuvo dentro del límite de velocidad. Lo último que necesitaba era que le parasen por llevar un parabrisas roto en un coche robado de un tiroteo entre bandas. Afortunadamente, llegó al aeropuerto sin incidentes. Entrando en el aparcamiento de corta estancia, Danny cerró el coche y arrojó las llaves a una papelera de camino a la terminal de salidas.

—¡Eh, eh, aquí viene el novio! —se oyó la inconfundible voz de Fergus desde el Burger King.

—¿Todo solucionado? —preguntó Chaz cuando Danny se unió a ellos.

—Sí, todo arreglado. Ya no tenéis que preocuparos más por Gregory Delany —dijo Danny, volviéndose hacia Louise y Sandra, sorprendido por sus comedidos agradecimientos, lo que atribuyó a que aún no habían asimilado que estaban libres de Delany.

—Buen trabajo, viejo. Aquí tienes tu billete. Tenemos unas horas que matar antes del vuelo. Mira, hay un restaurante español tradicional allí. Quizás podríamos comer algo decente mientras esperamos —dijo Scott, arrugando la nariz ante la hamburguesa Whopper que Fergus estaba devorando a su lado.

—Que te jodan, pijo de mierda. Hay un bar deportivo al otro lado del control de seguridad —dijo Fergus, limpiándose el jugo de hamburguesa de la barbilla con el dorso de la mano.

—Me parece bien. ¿Todos a favor de tomar unas copas en el bar deportivo? —dijo Chaz, guiñándole un ojo a Sandra y Louise mientras él y Fergus levantaban las manos.

Apesadumbradas, Louise y Sandra asintieron con la cabeza en señal de acuerdo.

—Moción aprobada. Al bar deportivo —dijo Chaz, dirigiéndose al control de seguridad para entrar en la sala de embarque.

—Vamos, Scotty, deja que te invite a una cerveza —dijo Danny, pasando el brazo por el hombro de su amigo malhumorado para seguir a los demás.

—¿Cómo fue realmente con ese matón de Delany? —preguntó Scott antes de que llegaran al bar deportivo.

—Bien, fue bien. Consiguió lo que quería y no volverá a molestarnos.

—Mmm, bien. Recibirá su merecido muy pronto —murmuró Scott entre dientes.

—¿Qué? Olvídate de eso, Scott, tomemos unas cervezas antes de volar a casa y volver a la normalidad. Ah, y creo que no hace falta contarle a Nikki todos los detalles escabrosos, ¿verdad?

—Mi querido amigo, uno no debería mentir a su hermana, ¿no crees? —dijo Scott con una sonrisa presuntuosa.

—Si el mejor amigo de uno va a darle un ojo morado si lo hace, debería —dijo Danny, lanzándole a Scott una mirada amenazadora antes de que los dos estallaran en carcajadas.

Se reunieron con los demás en el bar deportivo donde permanecieron durante varias horas y varias copas, finalmente saliendo después de que la segunda llamada para su vuelo sonara por los altavoces. Tras un breve vuelo de dos horas, aterrizaron en Heathrow en las primeras horas de la mañana. Cansados y agotados, pasaron por el control de pasaportes hasta llegar a la sala de llegadas.

—Scotty, ¿te quedas en nuestra casa o vas directamente a la tuya? —preguntó Danny en la parada de taxis.

—Creo que iré directamente a casa, viejo. Ya tuve suficiente emoción para un fin de semana. Hay un buen whisky de malta de 50 años y mi propia cama esperándome en casa —dijo Scott, subiéndose a un taxi.

—Vale, tío, hablamos luego. Señoritas, tomad este —dijo Danny, abriendo la puerta del taxi para ellas.

—Gracias —dijo Louise.

—De nada —respondió Danny.

—No, lo digo en serio, eres un buen hombre. Nikki es una mujer afortunada —dijo Louise.

—Venga, id a casa e intentad olvidar todo esto —dijo Danny.

—Puedes llamarme si quieres —dijo Chaz justo antes de que Danny cerrara la puerta del taxi.

Sandra simplemente sonrió y dijo: —Adiós, Chaz.

—¿Crees que llamará? ¿Tú crees que llamará? —le dijo Chaz a Fergus.

—Por supuesto que llamará, tío —dijo Danny, aunque en el fondo no lo creía—. ¿Y vosotros dos? —continuó mientras las hermanas se marchaban y otro taxi se acercaba.

—Cogeremos el siguiente, vete tú. Nos vemos durante la semana para probarnos los trajes —dijo Chaz, dejando que Danny cogiera el siguiente taxi.

—Vale, quedamos así, y ni una palabra sobre Benidorm, o puede que no haya boda para la que llevar ningún traje.

—Lo que pasa en Benidorm se queda en Benidorm. Ni una palabra, hermano —dijo Chaz.

Danny les dio un abrazo y una palmada en la espalda antes de subir al taxi y dirigirse al otro lado de Londres hacia casa. Entró sigilosamente alrededor de las tres de la madrugada, cerrando la puerta con cuidado antes de subir las escaleras. Se quitó la ropa y se metió con cuidado en la cama, respirando el olor de las sábanas limpias, y luego el olor del champú perfumado mientras se acurrucaba detrás de Nikki.

—Oh, has vuelto —dijo ella medio dormida, extendiendo la mano hacia atrás para acariciarle la cara mientras se recostaba contra su abrazo.

Danny movió la cabeza y la besó en el cuello antes de apoyar su cansada cabeza en la almohada.

—¿Lo pasaste bien? —dijo ella, apenas despierta.

—Sí, fue un poco movido. Siento haberte despertado, vuelve a dormir, cariño.

—Mmm, vale —dijo ella quedándose dormida.

TREINTA Y CINCO

Leo entró en la planta del hospital IMED Levante justo después del mediodía del día siguiente. Hizo un gesto con la cabeza a su hombre Pepe que montaba guardia fuera de la habitación privada antes de entrar.

—¿Cómo va ese hombro? —le dijo a Acosta, que estaba sentado en la cama del hospital con el hombro completamente vendado tras la cirugía para extraer toda la munición y reparar el daño.

—Dicen que sanará con el tiempo. ¿Te ocupaste de todo en la villa? —dijo Acosta, yendo directamente al grano.

—Sí, nos deshicimos de los cuerpos y limpiamos antes de que llegara la policía. Saqué el dinero de la caja fuerte y la dejé abierta. Por lo que respecta a ellos, fue un simple robo a mano armada. Les dije que se llevaron treinta mil euros. Cuatro hombres enmascarados, todos blancos, de estatura media, con ropa negra.

—Bien, bien, estuvieron aquí antes pero yo estaba en cirugía. Volverán más tarde. ¿Alguna noticia de Delany o de los hombres de Inglaterra? —dijo Acosta, haciendo una mueca de dolor por su hombro.

—No, Paulo dice que las cosas han estado muy tensas en el club desde ayer. Nadie habla y a nadie, excepto a los hombres más cercanos de Méndez, se les ha permitido acercarse a la oficina. En cuanto a los ingleses y las mujeres, no hay rastro de ellos —dijo Leo,

mirando por la ventana cómo un coche de policía entraba en el aparcamiento de abajo.

—Dile a todos que estén atentos. No sabemos cuánto sabe Delany ni para quién trabajan los ingleses.

—De acuerdo. La policía ha vuelto —dijo Leo, observando a dos agentes caminar desde el coche hasta la entrada del hospital.

—Será mejor que te vayas. Hazme saber si averiguas algo.

Leo asintió y se dirigió hacia la puerta, deteniéndose para mirar a Acosta antes de salir. —Pepe está fuera, por si acaso.

—Gracias, Leo.

—Mantente alerta, Pepe, si hay algún problema, llámame, ¿vale? —dijo Leo una vez que la puerta de la habitación privada se cerró con un clic.

—Sí, señor Quinn.

Leo dejó a Pepe y caminó por el largo pasillo hacia los ascensores y las escaleras. Al acercarse, los dos agentes que había visto fuera salieron del ascensor y se dirigieron al mostrador de recepción. Leo entró en el ascensor vacío y se dio la vuelta para mirar a los oficiales mientras uno de ellos preguntaba a una enfermera dónde estaba la habitación de Acosta. El otro agente se giró y cruzó su mirada con Leo mientras este esperaba a que se cerraran las puertas del ascensor. Permanecieron mirándose fijamente hasta que las puertas se cerraron, cortando la tensión. Algo le inquietaba a Leo sobre los agentes. Reconocía a uno de ellos de algún sitio, pero no podía precisar de dónde. Para cuando las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja, Leo ya había relegado ese pensamiento a un segundo plano. Había visto a muchos agentes de policía a lo largo de los años, y muchas salas de interrogatorios, y ocasionalmente el interior de una celda. Podría haber visto al agente en cualquiera de esos lugares.

Su teléfono vibró con un mensaje mientras entraba en su coche.

«*Hola cariño, ¿quieres venir a pasarlo bien esta tarde?*»

Sonrió al pensar en Marie y su cuerpo esbelto. La bailarina de barra del club de caballeros Nuevo Estilo era justo lo que necesitaba después del desastre de anoche.

—*Voy para allá* —contestó por mensaje antes de salir del aparcamiento.

Sonrió cuando leyó el mensaje: *Entra sin llamar. Te esperaré en el dormitorio*, que le llegó inmediatamente.

De vuelta en la planta, Pepe vio a los dos agentes dirigiéndose hacia él. Discretamente, se subió la cremallera de la chaqueta, consciente de la Glock 17 que llevaba en la pistolera bajo el hombro. Miró al agente que iba delante como si fuera un trozo de mierda de perro que acababa de pisar. El agente ignoró su mirada y pasó junto a él hacia la puerta de la habitación de Acosta. En lugar de entrar, se quedó junto a la puerta sin abrirla. Pepe tuvo de repente la sensación de que algo no iba bien. Cuando se dispuso a bajar la cremallera de su chaqueta, un dolor insoportable recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies; todos los músculos se contrajeron dolorosamente, dejándole incapaz de moverse o de emitir otro sonido que no fuera un leve gemido. Después de unos segundos que parecieron minutos, Pepe perdió el conocimiento. El segundo agente, que estaba detrás de él, soltó el gatillo de su pistola eléctrica y la guardó. Ambos colocaron rápidamente a Pepe en posición vertical en la silla, equilibrándolo para que pareciera que estaba dormido. Satisfechos, lo dejaron allí y abrieron la puerta para entrar en la habitación de Acosta.

—Buenas tardes, señor Acosta, nos gustaría hacerle algunas preguntas sobre lo de anoche —dijo uno de los agentes, mientras ambos se separaban para situarse a cada lado de la cama.

—Vosotros dos podéis iros a la mierda. No voy a decir nada sin mi abogado presente —gruñó Acosta, con una expresión de desdén en su rostro.

Acosta estaba a punto de decir algo más cuando el agente le aplastó la garganta con la mano, empujándolo contra la cama. Al darse cuenta de que ambos policías llevaban guantes, confirmó sus sospechas de que estaba en graves problemas. Lo siguiente que sintió fue un dolor insoportable cuando el otro agente le agarró el hombro herido, clavándole los dedos con todas sus fuerzas.

—¡Argh, largaos, estáis muertos, los dos! —escupió Acosta, la mano alrededor de su garganta ahogando su voz hasta convertirla

en un susurro ronco.

Soltándole el hombro, el agente agarró la muñeca de Acosta, dándole la espalda mientras le forzaba el brazo hasta estirarlo.

Sin soltar la garganta de Acosta, el agente se inclinó cerca de su oído y susurró: —El señor Delany le envía saludos.

Los ojos de Acosta se abrieron de par en par; el miedo, el pánico y la adrenalina enmascararon el dolor de su hombro mientras luchaba por liberarse. Miró por detrás del agente que mantenía su brazo estirado. Para su horror, vio y sintió cómo introducía una aguja hipodérmica en su vena. Cuando el agente empujó el émbolo, Acosta sintió una ola eufórica recorrer su cuerpo antes de que sus ojos se pusieran en blanco; la gran dosis de heroína pura le hizo perder el conocimiento antes de que perdiera la capacidad de respirar y su corazón se detuviera.

Dejando la aguja colgando del brazo de Acosta, los dos hombres volvieron al pasillo. Esperaron hasta que una enfermera se alejó y desapareció en otra habitación, luego agarraron a Pepe por debajo de cada brazo y lo llevaron a la habitación de Acosta, cerrando la puerta tras ellos. Pepe gimió mientras lo colocaban boca abajo sobre el cuerpo de Acosta. El agente que había inyectado a Acosta abrió la cremallera de su chaleco antibalas y sacó una Beretta con silenciador. La puso en la mano sin vida de Acosta y le dobló los dedos enguantados sobre la mano de Acosta. Mientras apuntaba a la frente de Pepe, este abrió los ojos. Antes de que el cerebro de Pepe pudiera registrar lo que estaba sucediendo, el agente apretó el dedo de Acosta contra el gatillo y envió una bala al cerebro de Pepe, haciendo estallar la parte posterior de su cabeza y dejando un chorro de sangre roja brillante y trozos de cerebro sobre las sábanas blancas. Retrocediendo para examinar la escena del crimen que habían falsificado, los agentes se asintieron mutuamente, satisfechos de que fuera lo suficientemente convincente. Uno de ellos se acercó y pulsó el botón de alarma mientras el otro informaba por radio del asesinato de Alonzo Acosta a manos de uno de sus propios hombres.

TREINTA Y SEIS

Leo condujo por la ciudad sintiéndose aún inquieto. Durante los últimos dos días había perdido a tres hombres, además de otros dos que estaban en el hospital con el jefe. La villa había quedado destrozada, varios coches dañados y no tenían nada que mostrar a cambio. No tenía ni idea de para quién trabajaban esos británicos ni si Delany conocía su implicación en el intento de hackear su memoria USB y tomar el control de su negocio. Leo llevaba muchos años trabajando para Alonzo Acosta y era un hombre leal, pero problemas como este hacen que los engranajes del cerebro empiecen a girar. Quizás este era un buen momento para pensar en una estrategia de salida y en la jubilación. Apartando esos pensamientos en favor de una tarde de placer, Leo aparcó frente al complejo de apartamentos. Los residentes eran principalmente locales, y el complejo estaba ubicado bastante lejos de la playa y los hoteles turísticos, lo que lo hacía tranquilo a esta hora del día. Leo atravesó el pasaje hasta un gran patio rodeado por apartamentos en todos sus lados. Subió las escaleras con paso ligero y avanzó por el pasillo hasta llegar al apartamento de Marie. Siguiendo sus instrucciones, Leo empujó la puerta y encontró el pestillo desbloqueado, permitiendo que se abriera. Entró y cerró la puerta tras él, liberando el pestillo para que quedara cerrada con llave.

—Eh, Marie, ¿estás lista para mí, nena? —dijo, dirigiéndose al dormitorio.

—¡Marie! —repitió, abriendo la puerta del dormitorio.

Marie yacía en ropa interior, con las extremidades extendidas en la cama, sus manos y pies atados firmemente a las cuatro patas de madera, sus ojos mirándole, abiertos de pánico mientras dejaba escapar gritos ahogados a través de su boca sellada con cinta adhesiva.

—Oh, mierda —murmuró Leo, olvidándose por completo de Marie en favor de su autopreservación.

Inmediatamente fue a por su pistola mientras se giraba para dirigirse a la puerta principal, pero en lugar de ver la brillante luz del sol a través de sus paneles de cristal, vio la enorme silueta de Arlo y la veta de madera de un bate de béisbol una fracción de segundo antes de que impactara contra su cabeza. El golpe lo derribó al suelo. La pistola, apenas fuera de su funda, cayó sobre las baldosas, donde Arlo la apartó de una patada. Leo instintivamente subió las rodillas y las manos para protegerse, la carne blanda ofreciendo poca protección contra la avalancha de golpes de Arlo.

El dolor se transformó en conmoción sorda, luego la conmoción se convirtió en un estado semiconsciente justo antes de desmayarse. Leo despertó tiritando y en un mundo de dolor sin idea de cuánto tiempo había estado inconsciente. Desorientado y con la sangre agolpándose en su cabeza, Leo abrió el único ojo que no tenía hinchado. Lo primero que vio fue la imagen invertida de Marie tendida inmóvil en ropa interior en un charco de sangre sobre el gélido suelo de hormigón, su cuerpo golpeado y roto, con una expresión de terror congelada en su rostro desde el momento en que Arlo le cortó la garganta. Con las manos atadas a la espalda, Leo se balanceó dolorido mientras las cadenas suspendidas del techo se clavaban en su tobillo. Miró más allá de Marie para ver a Méndez, Arlo y Delany alineados en medio de sus hombres en la sala trasera de la fábrica de helados Helado de Frutas. Méndez avanzó, rodeando el charco de sangre alrededor de Marie hasta que estuvo cerca de Leo. Se puso en cuclillas y miró a Leo a los ojos.

—He aguantado muchas gilipolleces de ti y de Alonzo durante años, pero esta vez habéis cruzado la línea y no hay vuelta atrás —dijo con voz tranquila y baja.

—¿De qué coño estás hablando? No hemos hecho nada —balbuceó Leo, aferrándose a la mínima posibilidad de que fuera un truco elaborado para hacerle hablar.

Méndez se inclinó hacia delante y agarró a Leo por los hombros, girándolo hasta que pudo ver el cuerpo de Paulo Ramos colgado boca abajo junto a él, con la cara destrozada a golpes y un agujero de bala en la frente.

—Lo sabemos todo, Leo —dijo Méndez, soltando a Leo para que se balanceara mientras retrocedía.

—Pues acabad de una puta vez —gritó Leo desafiante.

A continuación, Delany se adelantó y se puso en cuclillas para mirar a Leo a la cara. Arlo le siguió antes de desaparecer de la vista detrás de Leo.

—Hablas inglés, ¿verdad? —dijo con brusquedad, mientras le daba una bofetada en la mejilla.

—Sí, hablo inglés —escupió Leo.

—Bien, soy un hombre muy poderoso, Leo, y como hombre poderoso, tengo cierta reputación que mantener. No puedo permitir que la gente se burle de mí sin tomar medidas, ¿verdad?

—Que te jodan, cabrón inglés —gruñó Leo, balanceando violentamente la cabeza hacia delante para intentar darle un cabezazo a Delany.

Delany esquivó hacia atrás y asestó un puñetazo en el puente de la nariz de Leo, nublando su visión con estrellas y lágrimas.

—Disfruta del infierno, gilipollas español —dijo Delany cuando Leo recuperó la visión.

Leo abrió la boca para gritar más insultos, pero fue interrumpido por una bolsa de plástico transparente que se deslizaba sobre su cabeza desde atrás. Arlo retorció la parte trasera de la bolsa para que se ajustara firmemente sobre la cara de Leo, distorsionando sus rasgos. Intentó respirar, pero la bolsa se pegó a su boca. Mirando a través de la bolsa con su único ojo bueno, todo lo que podía ver era la visión borrosa de Delany sonriéndole. Con los pulmones ardiendo

y el pánico apoderándose de él, Leo se agitó violentamente, su cuerpo sacudiéndose mientras Arlo mantenía un agarre firme sobre la bolsa. Finalmente, los movimientos se ralentizaron y el mundo se oscureció para Leo. Arlo lo mantuvo en su lugar hasta que el corazón de Leo dejó de latir y el último espasmo de vida abandonó su cuerpo.

—Se acabó. Limpiad toda esta mierda —dijo Delany a los hombres de Méndez mientras se alejaba.

Delany, Méndez y Arlo salieron de la fábrica y subieron a un coche que les esperaba, que arrancó en cuanto entraron.

—Llevadnos de vuelta al club —dijo Méndez al conductor.

—Bien. Esta noche bebemos y olvidamos todo esto. Mañana volaré de vuelta a Reino Unido. Después, todo vuelve a la normalidad —dijo Delany con un humor más alegre.

TREINTA Y SIETE

Danny se despertó con el sonido de la música y el olor a beicon, ambos igualmente bienvenidos mientras asaltaban sus sentidos. Se dio la vuelta y cogió su fiel reloj G-Shock, frotándose los ojos hasta que las manecillas marcando las once y diez entraron en foco. Se levantó de la cama y se estiró, arqueando la espalda y flexionando los hombros acompañado de una serie de chasquidos, crujidos y el persistente dolor de viejas heridas.

Esta fue la última vez. No más. Estoy demasiado viejo para estas cosas.

Bostezando, se puso unos pantalones de chándal y una camiseta vieja, y luego bajó las escaleras, sonriendo para sí mismo mientras seguía el sonido de la futura señora Pearson cantando con la radio en la cocina. Pisando silenciosamente con los pies sobre el suelo embaldosado del pasillo, Danny echó un vistazo por la puerta abierta de la cocina. Nikki estaba de espaldas a él, cantando distraídamente mientras hervía agua para hacer té. Danny se movió hacia ella lentamente, con las manos extendidas para agarrarla por la cintura. Estaba a menos de un metro de ella cuando se dio la vuelta.

—Ni de lejos. Oí crujir tus viejos huesos desde hace un kilómetro —sonrió ella.

—Oye, no soy tan viejo, y sé que no hice ningún ruido —dijo Danny, fingiendo sentirse herido.

—Sí, lo sé. Conciencia espacial, ya sabes, como me enseñaste. Deja que tu mente capte cualquier cosa fuera de lugar. Te vi venir en el reflejo del hervidor —dijo, deslizando sus brazos alrededor de su cuello antes de darle un beso.

—Mmm, y yo pensando que no me estabas escuchando —dijo Danny, abrazándola fuerte.

—Estás perdiendo facultades, viejo. Solo hizo falta un paquete de beicon y una taza de té para que cayeras directo en mi trampa —dijo, volviendo a terminar el té y sacando el beicon del horno.

—Sí, puede que tengas razón —dijo Danny con una expresión melancólica en el rostro.

—¿Estás bien? —dijo ella, captando el tono de su voz.

—¿Eh, qué? Ah sí, estoy bien, solo cansado. Gracias, cariño —dijo mientras ella colocaba la taza de té y el bocadillo de beicon delante de él.

—Ah, sí, la famosa despedida de soltero. Venga, ¿qué tal fue? Ah, ¿y dónde está tu maleta?

—El aeropuerto las perdió. Probablemente estén tomando el sol en las Maldivas ahora mismo. No hay nada importante dentro, solo algo de ropa vieja. Llamaré a la aerolínea más tarde. En cuanto al fin de semana, he jurado guardar el secreto. Lo que pasa en la despedida de soltero, se queda en la despedida de soltero. Solo te diré que fue movido —mintió Danny, dando un gran mordisco a su bocadillo antes de que Nikki le presionara más.

—Vale, vale, capto la indirecta, pero cuando me vaya el próximo fin de semana a mi despedida de soltera, no esperes que te dé un informe detallado —dijo, sonriéndole desde el otro lado de la mesa de la cocina.

—No lo querría de otra manera —dijo Danny, devolviéndole la sonrisa.

Después de dormir y ahora con el estómago lleno, Danny empezó a olvidarse del desastroso fin de semana y a centrarse en el presente.

—¿Qué quieres hacer hoy? —le preguntó a Nikki.

—Tú, señor Pearson, tendrás que entretenerte solo. Me voy a mi última prueba del vestido con las chicas. De hecho, será mejor que

me vaya —dijo, dándole un beso en la mejilla antes de dirigirse al pasillo a por sus cosas. Asomó la cabeza por la puerta de la cocina unos minutos después—: Llama a tu hermano y felicítale por el nuevo bebé.

—¿Bebé? ¡Mierda! Me olvidé de eso. ¿Qué tuvieron, un niño o una niña?

—¿Olvidaste? Dios, ¿cuánto bebisteis allí? Tienes una nueva sobrina llamada Evie —dijo Nikki saliendo de nuevo al pasillo.

—Sí, lo siento. Tengo un cerebro como un colador. Lo llamaré en un rato —gritó Danny tras ella.

—Vale. Tengo que irme, adiós —gritó ella, cerrando la puerta de entrada tras de sí.

Danny tamborileó los dedos sobre la mesa de la cocina, escuchando el sonido de la casa vacía.

—Bien, llamar a Rob, ¿y luego qué? Em, el gimnasio de Big Dave será —dijo, terminando su bocadillo y el té antes de subir a preparar su equipo de gimnasio.

TREINTA Y OCHO

Delany entró en la terminal 5 de Heathrow al día siguiente. Tras el corto vuelo en asientos de clase business de British Airways, envió un mensaje mientras pasaba el control de seguridad, con los nudillos blancos de apretar con fuerza el asa de su equipaje de mano durante el control de pasaportes. Se relajó un poco al salir de la sala de llegadas hacia la zona de recogida. Un Bentley Bentayga plateado apareció deslizándose silenciosamente, deteniéndose junto a él. El conductor salió de un salto y se movió rápidamente para coger la bolsa y abrirle la puerta.

—Gracias, Tyson. Yo me ocuparé de la bolsa —dijo Delany, sin querer perder de vista la memoria USB, ni siquiera si solo iba a estar en el maletero.

—Sí, señor Delany —respondió Tyson, cerrando la puerta antes de volver al asiento del conductor—. ¿Adónde vamos?

—A casa, por favor, Tyson. ¿Todo bien mientras estuve fuera?

—Sí, señor. Ken ha mantenido todo funcionando como un reloj, sin problemas.

—Bien —respondió Delany, sintiéndose de buen humor ahora que estaba de vuelta en su terreno, controlando su imperio, su reino.

Media hora después, el conductor giró a través de las puertas abiertas hacia la mansión georgiana de Delany en Twickenham. Cuando salió del coche, Tyson llevó el Bentley al amplio garaje, donde la silla y las manchas de sangre de la paliza a Patrick Hopkins

habían sido limpiadas por completo, dejando un suelo pintado y reluciente. Delany abrió la puerta principal, deteniéndose para observar cómo se cerraban las puertas eléctricas antes de entrar y cruzar el vestíbulo hacia la cocina. Kenneth Gambit caminaba de un lado a otro en el extremo opuesto, con el móvil pegado a la oreja mientras hablaba agresivamente con quien estuviera al otro lado.

—¿Algún problema, Ken? —dijo Delany, dejando su bolsa sobre la encimera de mármol de la cocina.

—Quédate en línea, ni se te ocurra largarte —gruñó Gambit por teléfono antes de girarse hacia Delany—. Birmingham ha vuelto a quedarse corto. Alguien ha estado metiendo la mano, jefe.

—¿Es Dwaine? Dile que averigüe quién es y que se ocupe del asunto.

—Sí, jefe.

—Y dile que compense la diferencia de su propio bolsillo. No voy a pagar por su problema.

—Sí, jefe —dijo Gambit, volviendo a la llamada para gritar las órdenes de Delany a Dwaine.

Cuando terminó, colgó y guardó el teléfono en el bolsillo. Se acercó a Delany, que estaba preparando un capuchino en la máquina de café integrada en los armarios de la cocina. Ken tenía un aspecto que no encajaba con los caros trajes de negocios que vestía. Sus manos eran grandes y estaban cubiertas de tatuajes negros de prisión, las palabras y patrones sobre los nudillos distorsionados, perdidos bajo cicatrices entrecruzadas, ganadas en batalla. Profundas líneas surcaban su rostro por su ceño permanentemente fruncido. Sus ojos siempre entrecerrados, con unos iris tan oscuros que se fundían con sus pupilas como si fueran uno solo, fríos y sin vida como los de un tiburón.

—¿Conseguiste arreglar todo en España?

—Todo arreglado —dijo Delany, abriendo la cremallera de su bolsa para sacar la memoria USB y agitarla frente a Ken.

—¿Y Louise?

—No te preocupes por eso. No volverá. Olvídate de ella —dijo Delany, con unos modales y un tono de voz que indicaban a Ken que debía dejar ese tema.

—Por supuesto, jefe, me alegro de que hayas vuelto.

—¿Dónde está Hopkins?

—En casa, ¿quieres que le haga venir?

Delany miró la hora en su reloj y lo pensó antes de responder.

—No, hazle venir mañana. Solo voy a guardar esto en la caja fuerte, y luego me llevas a la nueva promoción. Quiero ver cómo va.

—Sacaré el Range Rover del garaje. Tal vez quieras cambiarte, jefe, el sitio todavía está bastante embarrado después de la lluvia de la semana pasada.

—Vale, gracias Ken.

Después de que Ken saliera de la habitación, Delany cogió su capuchino y la tarjeta de memoria y se dirigió a su despacho. Dejó el café en su escritorio y caminó hacia los paneles de madera en el extremo opuesto de la habitación. Presionó firmemente el panel central hasta que se abrió por un lado, lo tiró hacia fuera y metió el pulgar en un lector de huellas dactilares instalado en una puerta de acero. Tras un zumbido de los motores que retiraban las barras de bloqueo de la caja fuerte, la puerta se abrió un centímetro. Delany la abrió completamente y colocó la memoria USB con cifrado AES de 256 bits de grado militar junto a su gemela, sobre una pila de billetes de cincuenta libras en fajos, archivos confidenciales y una selección de teléfonos desechables. Cerró la caja fuerte y volvió a colocar el panel en su sitio, luego recogió su café. Lo terminó mientras atravesaba la cocina, puso la taza en el lavavajillas y fue a cambiarse antes de salir con Ken, que le esperaba en el Range Rover con el motor en marcha en la entrada.

TREINTA Y NUEVE

—¡Scott está aquí! —gritó Nikki desde el dormitorio.

—Vale, entendido —le contestó Danny a gritos mientras iba de la cocina a la puerta principal, abriéndola justo cuando Scott estaba a punto de llamar.

—Buenos días, Daniel, pareces bien descansado después de todas las aventuras del pasado fin de semana —dijo Scott, entrando en la casa.

—¿Exactamente de qué aventuras estamos hablando? —dijo Nikki, al escuchar a Scott mientras bajaba las escaleras.

—Ah, hola hermanita. Ya sabes, esquivar a los malos, persecuciones en coche y tiroteos, lo típico —dijo Scott con una risita, mientras Danny le lanzaba una mirada fulminante.

—Pues no me lo contéis —bromeó Nikki, ignorando el comentario mientras se dirigía a la cocina—. ¿Quieres un té o un café, Scott?

—No tenemos tiempo, cariño, tenemos que irnos. Chaz y Fergus nos esperan en la tienda de trajes —dijo Danny, empujando a Scott de vuelta hacia la puerta.

—Vale, ¿volverás antes de que me vaya a casa de Tara? —preguntó ella.

—Sí, volveré con tiempo de sobra. Hasta luego —dijo Danny, siguiendo a Scott, que sonreía con suficiencia, hacia su coche.

—Eh, ¿no te olvidas de algo? —le gritó Nikki.

—Eh, ¿qué? —Danny se volvió hacia Nikki, que se acercaba a la puerta principal.

—Todavía no estamos casados y ya no me das besos de despedida.

—Lo siento, cariño. Intentar organizar a tu hermano y a los chicos es peor que cuidar de niños —dijo, dándole un beso de despedida.

—Por Dios, vosotros dos, suéltala y vámonos —gritó Scott desde su nuevo Porsche Cayenne Turbo.

—Hasta luego —dijo Danny con una sonrisa mientras se separaba de Nikki y rodeaba el coche de Scott para entrar en el asiento del copiloto.

—¿Qué demonios estás haciendo, Scott? Casi me da un infarto con toda esa mierda de los malos y los tiroteos —dijo Danny mientras se alejaban.

—Lo siento, viejo amigo, solo me estaba divirtiendo un poco. No ha pasado nada.

—Vale, supongo que no. Pero deja ya las bromas, colega. Estoy intentando olvidar que el pasado fin de semana nunca ocurrió.

—Mmm, en cualquier momento, Gregory Delany también deseará que nunca hubiera ocurrido —murmuró Scott entre dientes.

—¿Qué has dicho, Scotty? —preguntó Danny, captando el nombre de Delany.

—Nada, querido amigo, digamos simplemente que a veces hay una manera más sutil de arreglar las cosas que la fuerza bruta y las balas.

Danny iba a preguntarle qué quería decir con eso, pero hacía un buen día y estaba de demasiado buen humor para intentar descifrar la criptografía intelectual de Scott. Además, iban a recoger los trajes para su boda, así que decidió dejarlo correr.

Chaz y Fergus ya estaban allí cuando llegaron a la tienda de trajes.

—Buenos días, chicos —dijo Danny al entrar en la tienda.

—¿Qué te parece, Ferg? —dijo Chaz.

—Sí, todavía está sonriendo. Creo que la señora aún no sabe lo del fin de semana pasado y la boda sigue en pie —dijo Fergus con

una risita.

—Muy gracioso, y no, no lo sabe, así que mantengámoslo así, ¿vale?

—Por mí bien —dijo Fergus.

—Mis labios están sellados, colega —añadió Chaz.

—¿Dónde está el dependiente? —preguntó Danny.

—Está atrás buscando los trajes. Son tres grandes y uno para que le quede a un niño pequeño —dijo Fergus, sonriendo a Scott.

—Muy gracioso. Espero que haya alargado las mangas para que puedas arrastrar los nudillos por el suelo sin que se vean los puños de la camisa —replicó Scott, incapaz de contener una sonrisa cuando Fergus empezó a reírse de su comentario.

—¿Sabes qué? Creo que está empezando a caerme bien —le dijo Fergus a Chaz.

CUARENTA

Cuando Patrick Hopkins llegó a la mansión, Gregory Delany llevaba horas despierto. Había estado usando los teléfonos desechables de la caja fuerte, comprobando su red de distribución. Las llamadas no eran necesarias, pero Delany quería reforzar el mensaje de que había vuelto y todo seguía funcionando como siempre. Ken abrió la puerta a Hopkins, quedándose justo lo suficientemente apartado para que Hopkins solo pudiera pasar poniéndose de lado. Ken siguió a Hopkins con una sonrisa burlona, todavía divertido por los moratones morados e hinchados que se estaban curando lentamente en la cara de Hopkins tras la paliza. Observó cómo Hopkins entraba en el despacho y luego se dirigió al salón para buscar a Delany.

—Hopkins está aquí.

—Bien. ¿Qué aspecto tiene? —preguntó Delany.

—Una mierda, pero estará bien en unos días más.

Delany no respondió. Simplemente asintió con la cabeza y se dirigió al despacho, abriendo la puerta lentamente para que su mirada cayera sobre Hopkins con el máximo efecto intimidatorio.

—Lo de la semana pasada quedó en la semana pasada, Patrick. Recibiste tu castigo y no guardo rencores. Así que sigamos adelante, todo como siempre.

—Sí, señor Delany —respondió Hopkins, evitando la mirada de Delany, ya que no tenía el valor de mantener el contacto visual.

—Bien —Delany cruzó la habitación y empujó el panel de madera antes de abrir la caja fuerte y sacar los dos dispositivos de memoria. Le entregó a Hopkins el que había recuperado de Danny y puso el otro sobre el escritorio—. Comprueba que no está dañado y luego actualiza ambos con las nuevas cifras.

—Sí, señor Delany —dijo Hopkins, encendiendo su portátil antes de insertar el dispositivo de memoria en el puerto lateral.

Casi fuera de la puerta, Delany se detuvo y se dio la vuelta cuando el portátil comenzó a emitir un fuerte pitido.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé, la pantalla se ha quedado en blanco.

Delany se colocó junto a Hopkins, mientras este pulsaba la tecla de escape sin ningún efecto. Mientras intentaban averiguar qué ocurría, líneas de código y comandos se desplazaban por el portátil en palabras verdes, símbolos y números.

—¿Qué le pasa a esta cosa? ¿Está fallando el portátil? —gruñó Delany, golpeando impacientemente el lateral de la pantalla.

Se detuvo bruscamente cuando las palabras «*Copy complete*» aparecieron en la última línea de comandos, rápidamente reemplazadas por la palabra «*Uploading*». Apareció una barra de progreso sobre un flujo en cascada de direcciones de correo electrónico, alcanzando el cuarenta por ciento antes de que comprendieran lo que estaba sucediendo. A Delany se le desorbitaron los ojos cuando vio adónde se estaba enviando la información: Scotland Yard, agencias antidroga, MI5, MI6, un montón de direcciones de correo *.gov* y todas las agencias de prensa y medios de comunicación, con una marca de verificación al final de cada dirección justo antes de que apareciera la siguiente.

—Saca el dispositivo. ¡Joder, saca el puto dispositivo! —exclamó Delany alterado.

Agarró el dispositivo de memoria, lo arrancó del portátil y se quedó mirando la pantalla.

La barra de carga continuó avanzando.

—Mierda, apaga el portátil rápido.

Hopkins lo intentó, pero las teclas del teclado no funcionaban. El virus que Scott había programado en el dispositivo de memoria en la

villa de Acosta estaba haciendo su trabajo a la perfección.

—Joder, desconecta internet. Apágalo. Haz algo —gritó Delany, finalmente cogiendo el portátil en un ataque de frustración y rabia y estrellándolo contra la esquina del escritorio.

Las teclas saltaron del teclado y la pantalla se agrietó antes de que lo dejara caer de nuevo sobre el escritorio. Cuando miró la pantalla parcialmente visible, solo la *a* y la *d* de «*Upload*» y toda la palabra «*complete*» eran claramente visibles.

Delany soltó el portátil y se puso de pie. El color desapareció de su rostro mientras asimilaba la magnitud de lo que acababa de ocurrir. Treinta segundos después, estalló en acción como si le hubiera alcanzado un rayo.

—Ken, Ken, trae tu culo aquí —gritó mientras abría el panel de la pared y se apresuraba a abrir la caja fuerte.

—Jefe —dijo Ken mientras entraba corriendo.

—Tú y Tyson traed los coches. Tenemos que salir de aquí, ya. Ah, y trae también a Billy —gritó Delany, agarrando una bolsa deportiva de la esquina de la habitación. Sacudió todo el equipo de gimnasio y comenzó a llenarla con los archivos, el dinero y una Glock 17 de la caja fuerte. Ken se marchó, desconcertado, pero sabía que era mejor no cuestionar a su jefe, así que simplemente hizo lo que le ordenaron. Cerrando de golpe la caja fuerte, Delany agarró la segunda memoria USB y se la lanzó a Hopkins, quien la atrapó con manos temblorosas.

—Tú. Coge mi portátil de allí. Vienes con nosotros —Delany señaló el otro escritorio de la habitación—. Hay un módem Wi-Fi portátil en la bolsa. Empieza a mover el dinero, a cualquier lugar donde no pueda ser tocado o congelado. Ya —gritó, sacudiendo a Hopkins para que actuara antes de subir corriendo las escaleras para meter algo de ropa en la bolsa deportiva.

Un par de minutos después, salieron por la puerta principal, con Delany empujando a Hopkins delante de él hacia el coche que esperaba.

—Seguidnos —gritó a Tyson y Billy en el segundo coche.

—¿Adónde vamos, jefe? —dijo Ken, mirando desde el asiento del conductor.

—A la isla de Mersea, Essex, compré una casa de vacaciones para esa zorra de Louise. Está a nombre de una empresa fantasma. Nadie sabe que la tengo.

—¿Te importa si pregunto qué está pasando, jefe? —preguntó Ken desde el asiento del conductor.

—Ese maldito Pearson, nos jodió a todos. Envía la copia de su foto de pasaporte a todo el mundo. Daré cien mil libras a la primera persona que mate a ese hijo de puta. Lo quiero muerto como ayer, y quiero pruebas de que está hecho.

Después de enviar la foto del pasaporte de Danny al teléfono de Ken, Delany se desplazó por sus contactos mientras intentaba descifrar su próximo curso de acción. Miró a Hopkins, que estaba sentado lo más lejos posible de él en la parte trasera del coche, tratando de parecer invisible.

—¿Quién te dijo que dejaras de trabajar, joder? Pon mi dinero en un lugar seguro. En cualquier momento, las autoridades obtendrán una orden judicial y congelarán mis activos, así que mueve el culo y transfiere mi dinero a un lugar seguro.

Con manos temblorosas, Hopkins volvió a teclear en el portátil, deseando todo el tiempo no haberse involucrado nunca con Gregory Delany.

Mientras atravesaban a toda velocidad los suburbios de Londres, sonó el teléfono de Delany con el número del DCI Cain apareciendo en la pantalla.

—Sí —gruñó Delany.

—No sé qué coño está pasando, pero tienes a la Agencia Nacional contra el Crimen y una unidad de respuesta armada de camino a tu casa ahora mismo, joder. Tienes unos cinco minutos para largarte de ahí y desaparecer. Esto se acabó, hemos terminado, no vuelvas a contactarme nunca.

—Ahora escúchame, pedazo de mierda. Terminaremos cuando yo diga que hemos terminado. Tengo mucho sobre ti y si yo caigo, tú caes conmigo —le gritó Delany por teléfono.

Hubo silencio en la línea, pero Delany sabía que Cain no le había colgado. Respiró hondo varias veces antes de continuar.

—Ya estoy lejos de la casa. Tan pronto como esté a salvo, haré los preparativos para salir del país hasta que pueda solucionar este lío. Algún lugar sin tratado de extradición. Tengo amigos en Sudán. Mientras tanto, mantén los oídos abiertos. Si se acercan a mí, quiero saberlo. ¿Me oyes, Cain? —dijo Delany, con la voz un poco más calmada.

—Sí, señor Delany —respondió Cain tras otro tenso silencio.

—Y Cain, he puesto precio a la cabeza de Pearson. Si lo encuentras y lo matas antes que cualquier otro, destruiré todo lo que tengo sobre ti. Serás un hombre libre —dijo Delany colgando antes de que Cain pudiera responder.

CUARENTA Y UNO

—Oh, chicos, tengo que irme. Tengo que pillar a Nikki antes de que se marche a su despedida de soltera —dijo Danny, siendo este su tercer intento de salir del pub antes de que Scott, Fergus y Chaz trajeran otra ronda de bebidas.

—¿Quieres que te lleve? —dijo Scott.

—Por Dios, no, has bebido demasiado. En serio, Scott, coge un taxi para volver. Yo voy a ir andando. Necesito aire fresco —dijo Danny, poniéndose de pie antes de que pudieran convencerle de quedarse.

—Eso es, tú lárgate. No te necesito de todas formas. Tengo a mi nuevo mejor amigo Scott aquí. ¿No es así, Scott, colega? —dijo Fergus en voz alta, dándole una palmada a Scott en la espalda mientras le guiñaba un ojo y sonreía a Danny.

—Absolutamente, viejo amigo. ¿Otra copa, alguien? —dijo Scott, recibiendo vítores de Fergus y Chaz.

—Solo aseguraos de que coja un taxi para volver, ¿vale? Os veré justo antes de la boda —dijo Danny, señalando a Scott antes de poner los ojos en blanco cuando todos volvieron a vitorear.

Al salir del pub, Danny se dirigió por la calle principal hacia casa. Tres jóvenes en bicicletas eléctricas Sur-Ron bajaron zumbando por la calle principal, los tres claramente miembros de una banda con sus idénticas chaquetas deportivas negras, vaqueros anchos y zapatillas deportivas nuevas de un blanco reluciente. Llevaban

cascos de motocross sobre pasamontañas, por lo que solo se les veían los ojos. Las rastas que sobresalían por debajo del casco distinguían al que iba en cabeza de los demás. Danny los observó por el rabillo del ojo, más por curiosidad que por aprensión. Los había visto antes montando por ahí, había oído las historias sobre teléfonos y bicicletas robadas y drogas vendidas en los barrios. Justo antes de que pasaran por el otro lado de la calle, Danny notó que el de las rastas giraba la cabeza hacia él y sus ojos se clavaban en los suyos. Los pelos de la nuca se le erizaron cuando la cabeza del de las rastas no se apartó de él. Todavía tenía la sensación de que unos ojos estaban fijos en él mientras los jóvenes continuaban por la calle principal y salían de su campo de visión.

Sin girarse, Danny entró en un estanco. Cogió un periódico y lo pagó, mirando de nuevo por la calle hacia los jóvenes a través de la ventana de la tienda mientras esperaba el cambio. Se habían detenido en una parada de autobús a unos veinte metros calle abajo, con las cabezas vueltas mirando en su dirección. El de las rastas se subió el casco para que quedara en la parte superior del pasamontañas mientras hablaba por el móvil. Mientras Danny observaba, un autobús bajó por la calle principal y comenzó a entrar en la parada. El conductor avanzó, haciendo señales con la mano para que los jóvenes se apartaran de la zona de la parada. Estos le hicieron gestos obscenos y le gritaron al conductor antes de moverse a regañadientes para dejar paso al autobús. El conductor avanzó, bloqueando momentáneamente la línea de visión entre los jóvenes y Danny en el estanco. Danny no perdió un segundo. Salió disparado por la puerta del estanco y se desvió de la calle principal por Truro Road. Sacó su teléfono y marcó un número mientras empezaba a correr a toda velocidad.

—Tío, ya has visto las noticias entonces —dijo un Chaz ligeramente borracho, con la voz elevada sobre el ruido del pub.

—¿Qué? No, ¿qué noticias? —respondió Danny entre bocanadas de aire.

—Está ahora en la tele, fotos de Gregory Delany, el rey de la cocaína. Scott le ha tendido una trampa. Toda su organización de drogas, todo en el pendrive enviado por correo electrónico a todos

los periódicos, departamentos de policía, funcionarios del gobierno. Es el enemigo público número uno. Hay una enorme búsqueda policial para capturarlo.

—¿Dónde está Scott? —jadeó Danny.

—Ha cogido un taxi para irse a casa. ¿Qué pasa? —dijo Chaz, alertado por la respiración de Danny y el tono de su voz.

—Algo va mal. Acabo de tener un encontronazo visual con una banda callejera en la calle principal.

—¿Qué? ¿Dónde estás? Vamos para allá —dijo Chaz, recuperando la sobriedad de inmediato, mientras Fergus hacía lo mismo al captar fragmentos de la conversación.

—No, está bien. Creo que los he despistado. Mira, voy a volver a casa para ver cómo está Nikki. Dile a Fergus que haga lo mismo. Que lleve a su mujer y a sus hijos a casa de su madre, que se asegure de que están a salvo. Tú ve a por Scott y llama a Sandra y Louise para asegurarte de que están bien. Podemos reunirnos más tarde y averiguar si tenemos algo de qué preocuparnos.

—Nos vamos ahora. Cuídate, hermano —dijo Chaz, colgando e indicando con la cabeza a Fergus que le siguiera fuera del pub.

CUARENTA Y DOS

Danny miró hacia atrás, aliviado al ver que la carretera estaba despejada hasta la calle principal en la distancia. Redujo el paso a un caminar por Truro Road para recuperar el aliento mientras se acercaba a Eldon Road, que cruzaba un poco más adelante. Giró a la derecha en el cruce y caminó por Eldon Road sabiendo que Erskine Road estaba justo delante, y su casa a solo unos minutos de distancia. Cuando Danny se acercaba a Erskine Road, Rastas y los otros dos motociclistas doblaron la esquina y se desplegaron bloqueando la calle, con Rastas en el medio. Las motos a ambos lados de Rastas ahora llevaban un pasajero detrás del conductor, todos vestidos con su uniforme de banda urbana. Sus ojos brillaban a través de los pasamontañas, excitados por la mentalidad de manada y el frenesí.

Danny se mantuvo firme. No tenía sentido correr. No podía superar en velocidad a las rápidas motos eléctricas Sur-Ron. Calmó su respiración y permitió que su mente repasara varias estrategias de ataque y defensa. Mientras observaba con atención, los pasajeros traseros sacaron grandes machetes zombie de formas elaboradas de sus chaquetas. Rastas movió la cabeza de lado a lado, indicando al conductor que avanzara. Con un zumbido eléctrico, las dos motos arrancaron, acelerando sorprendentemente rápido. Un conductor subió por el bordillo y aceleró por la acera hacia Danny. Su pasajero se puso de pie sobre los estribos traseros, con el machete zombie

levantado en una mano mientras se agarraba a la parte posterior de la chaqueta del conductor para estabilizarse. La otra moto corría por la carretera, las cabezas del conductor y el pasajero visibles por encima de los coches aparcados a medida que se acercaban.

Cuando la moto en la acera llegó a pocos metros, Danny saltó entre dos coches aparcados a su izquierda. El pasajero se inclinó y lanzó un tajo con la hoja afilada como una navaja al pasar, brillando a milímetros de la mejilla de Danny. Con la moto de la carretera acercándose rápidamente y sin tiempo para pensar, Danny se lanzó hacia atrás sobre el capó del coche aparcado detrás de él, las luces parpadeando y la alarma sonando mientras la hoja blandida por el pasajero pasaba silbando por encima. Danny se incorporó como un muñeco de resorte. En algún lugar detrás de él, podía oír los neumáticos de las motos eléctricas bloqueándose y deslizándose mientras sus atacantes giraban para otro acercamiento.

Mirando hacia abajo, Danny vio una alcantarilla de hierro fundido junto al bordillo. Se agachó y deslizó los dedos por las ranuras, curvándolos por debajo mientras tiraba con todas sus fuerzas. La tapa de la alcantarilla de hierro fundido era pesada, alrededor de veinte kilos, y saltó de su ranura. Con un ojo en la moto que se acercaba rápidamente por la acera, Danny levantó la tapa alejándola de los coches aparcados, balanceándola con ambas manos antes de lanzarla al espacio justo delante de la moto.

La combinación de la tapa voladora y la velocidad de la moto hizo que el impacto fuera aún más devastador. La esquina de la tapa golpeó al conductor directamente en el pecho, rompiéndole tres costillas mientras lo detenía en el aire. Su moto salió disparada por debajo, estrellándose contra una furgoneta aparcada mientras el conductor y el pasajero caían de espaldas sobre la acera con un crujido. Danny saltó de entre los coches y pisó la muñeca del pasajero mientras este yacía sin aliento y atrapado bajo el conductor semiconsciente. Soltó el machete zombie, que Danny apartó de una patada antes de meter la mano bajo el casco del joven y arrancárselo. Antes de que pudiera decir algo, Danny golpeó repetidamente el casco contra la cara cubierta por el pasamontañas. Su nariz se hundió y sus ojos se pusieron en blanco.

La moto que estaba al borde de la carretera redujo la velocidad. Su conductor y el pasajero se pusieron de pie sobre los estribos, intentando ver por encima de los coches aparcados dónde habían ido sus compañeros de banda. Sus ojos se abrieron de par en par cuando Danny, impulsado por la adrenalina y la pura rabia, apareció de repente, saltando sobre el capó del coche con un casco agarrado en una mano y el cuchillo zombie en la otra. El conductor giró el acelerador, pero fue demasiado tarde. Danny se lanzó desde el capó, estrellando el casco que llevaba en la mano contra el del pasajero, girándole la cabeza noventa grados hacia un lado. El otro brazo de Danny rodeó la parte delantera del conductor para clavar la hoja del cuchillo zombie a través de su chaqueta, incrustándola en su hombro. La moto y los tres cayeron sobre el asfalto. Danny fue el primero en levantarse, pateando al pasajero en los huevos para mantenerlo en el suelo. Abalanzándose hacia delante, Danny agarró el cuchillo en el hombro del conductor y lo retorció mientras lo sacaba, dejando al conductor gritando y retorciéndose de dolor en el suelo.

Agachándose para recoger el cuchillo que había soltado el pasajero, Danny se irguió y se enfrentó a Rastas sentado en su moto al final de la calle. Con el rostro serio y los ojos entrecerrados, miró fijamente a los ojos de Rastas, Danny levantó los cuchillos zombie y comenzó a caminar directamente hacia el joven. La sorpresa y el miedo se reflejaron en los ojos de Rastas. Bloqueó el manillar y giró la moto antes de salir disparado, inclinando la moto en la curva hasta que desapareció de la vista. Danny se dio la vuelta. El conductor de la moto se había quitado el casco y el pasamontañas con su brazo bueno antes de apartar la moto de su pierna. Danny lo agarró cuando se puso de rodillas, intentando levantarse, con el brazo colgando inerte a su lado por la herida de puñalada en el hombro. Se quedó paralizado, lloriqueando y gimiendo, cuando Danny le tocó el cuello con el frío acero del cuchillo zombie.

—¿Trabajas para Gregory Delany? —dijo Danny en un gruñido bajo.

—No me hagas daño, tío, trabajamos para Lionel. Es Lionel quien trabaja para Delany.

—¿Lionel es el tipo de las rastas en la moto? —dijo Danny, moviendo el cuchillo por la piel lo justo para cortarla.

—No lo hagas, tío, por favor. Sí, Lionel iba en la otra moto —balbuceó el joven, temblando.

—¿A quién más habéis estado buscando? ¿Tres hombres? ¿Dos mujeres?

—No, no sé nada de nadie más. Solo a ti. Lionel ofrecía 10.000 al primero que te matara. Nos envió esto, mira. —El joven sacó su móvil de sus vaqueros holgados y le enseñó a Danny una copia de su pasaporte fotocopiado de Benidorm.

—¿Dónde puedo encontrar a Lionel? —ordenó Danny.

—Él controla la urbanización Hazlewood. Lo encontrarás allí.

—¿Controla? ¿Es un traficante?

—Sí, para el señor Delany.

Danny apartó el cuchillo del cuello del joven y caminó hacia la tapa de alcantarilla abierta entre los coches aparcados. Dejó caer los cuchillos en el agua negra y maloliente de la alcantarilla, miró a los jóvenes que se retorcían en la acera y luego a los que estaban en la carretera.

—Llamad vosotros mismos a una ambulancia —dijo Danny, alejándose. Unos pasos más allá gritó por encima del hombro—: Si os vuelvo a ver, os mataré.

CUARENTA Y TRES

Danny se aproximó a su casa con cautela. No había visto señales de nadie durante el resto del camino a casa y su calle estaba tranquila, sin vehículos desconocidos aparcados a lo largo. Se acercó a la puerta principal, manteniéndose a un lado para que su silueta no se proyectara a través del cristal moteado en el centro de la puerta. Introduciendo con suavidad la llave en la cerradura, hizo girar despacio el cierre Yale hasta que la puerta se abrió ligeramente. Danny colocó su oreja en la rendija y escuchó los sonidos de la casa, suspirando aliviado cuando oyó la radio de la cocina encendida y a Nikki cantando desafinadamente una de sus canciones favoritas.

—Hola, ya estoy en casa —gritó, entrando como si nada hubiera pasado.

—Ya era hora. Pensaba que tendría que irme sin verte —dijo Nikki, entrando en el pasillo, mirándole de forma extraña al verlo desaliñado, acalorado y sudoroso—. ¿Hay algo que quieras contarme? —añadió.

—¿Qué? Ah, no. Ya sabes cómo son Ferg y Chaz. Me arrastraron a un pub después de la prueba del traje y perdí la noción del tiempo. He tenido que venir corriendo todo el camino para no perderte —dijo Danny, secándose el sudor de la frente.

—Bueno, por poco lo consigues. Tara llegará en cualquier momento para recogerme —dijo Nikki, poniéndose de puntillas para

darle un beso en los labios antes de subir corriendo las escaleras a por sus maletas.

—Genial, eh, quiero decir, me alegro de haber llegado a tiempo —gritó Danny hacia las escaleras mientras entraba en la sala de estar para comprobar si había algo fuera de lugar a través de la ventana, justo cuando vio a Tara aparcar su Mini—. Tara está aquí.

—Vale —respondió Nikki, bajando las escaleras con dificultad por el peso de sus maletas.

—Espera, deja que te ayude —dijo Danny, subiendo rápidamente para coger sus maletas.

La acompañó hasta el coche y puso las maletas en la parte trasera.

—Ya está. La próxima vez que te vea, será el día de nuestra boda —dijo Nikki con una sonrisa.

—Disfruta de tu despedida de soltera, cariño, nos vemos en la iglesia —dijo Danny, dándole un abrazo, mientras sus ojos recorrían la calle por encima del hombro de ella.

Cuando se separaron, se besaron, y Nikki subió al coche de su amiga. Danny les despidió con la mano, y su rostro se ensombreció en cuanto el coche dobló la esquina y desapareció de vista. Agarrando su teléfono, se apresuró a entrar en casa.

—Chaz, ¿están todos a salvo?

—Sí, tío, todo tranquilo por aquí. He enviado a Gaynor y los niños a casa de su madre. Fergus acaba de llamar. Está en casa de Scott, todo tranquilo allí también.

—Bien, he tenido problemas de camino a casa.

—¿Estás bien? —dijo Chaz, preocupado.

—Sí, estoy bien. La mala noticia es que Delany ha puesto precio a mi cabeza. La buena noticia es que parece que solo me busca a mí.

—Estamos juntos en esto, hermano, tú, yo y Ferg. ¿Qué quieres que hagamos?

—¿Tú y Ferg todavía tenéis algunas herramientas guardadas? —preguntó Danny, mirando hacia las escaleras mientras pensaba en su bolsa de emergencia con dinero, pasaportes y una pistola Glock 17 escondida bajo el panel en el fondo de su armario.

—Sí, claro.

—Bien, conseguidlas. Scott tiene un segundo apartamento que a veces alquila a clientes corporativos. Reuníos conmigo allí en un par de horas.

—Entendido. ¿Qué vas a hacer tú?

—Hay un camello local que trabaja para Delany. Voy a ver si sabe dónde está su jefe. Después voy a encontrarlo y matarlo. Sin Delany, no hay precio por mi cabeza —dijo Danny sin emoción.

—Entendido. Te veré en un rato —dijo Chaz, sin inmutarse por los planes de Danny.

Danny colgó y se dirigió a las escaleras para ir a buscar su bolsa de emergencia. Cuando puso un pie en el primer escalón, alguien llamó a la puerta principal. Retrocedió, deslizando la mano dentro del paragüero del pasillo. Sus dedos se cerraron alrededor de un viejo bate de béisbol que siempre guardaba allí para emergencias.

Volvieron a llamar, y las siluetas irregulares de dos hombres eran visibles a través del panel de cristal moteado de la puerta principal. —¿Puede abrir la puerta, por favor, señor Pearson? Somos la policía —llegó una voz amortiguada.

Danny se movió hacia la puerta, plantando su pie un poco por detrás para que nadie pudiera entrar a la fuerza cuando abriera el pestillo. Con el bate de béisbol oculto tras la puerta, Danny la abrió una rendija y miró a través del hueco.

—Inspector Jefe Cain y Detective Wade —dijo el hombre al otro lado mientras mostraba su placa de identificación por la rendija.

—¿Qué quieren? —preguntó Danny, sin impresionarse.

—Tenemos información que sugiere que su vida podría estar en peligro, señor Pearson, y nos gustaría llevarlo a comisaría por su propia seguridad, y para que nos ayude con nuestras investigaciones —dijo Cain, con un tono y una expresión que le dejaban claro a Danny que no era una petición, sino una exigencia.

Danny no se movió durante unos segundos, con el rostro tenso y los ojos fijos en los de Cain. —De acuerdo —dijo finalmente, colocando cuidadosamente el bate de béisbol contra la pared del pasillo detrás de la puerta antes de abrirla del todo y salir. Cain abrió

la puerta trasera de su BMW X5 para que Danny entrara, luego se subió al asiento del copiloto mientras Wade conducía.

—¿Adónde vamos? —exigió saber Danny.

—A New Scotland Yard —respondió Cain sin mirar hacia atrás.

Mientras atravesaban los suburbios de Londres, los sentidos de Danny se pusieron en alerta máxima. Wade no dejaba de lanzarle miradas de reojo por el retrovisor, y Cain se removía nerviosamente en su asiento. Pasaron otros quince minutos y Danny notó que se dirigían hacia Romford, alejándose del centro de Londres, y no hacia New Scotland Yard.

—Entonces, ¿adónde vamos realmente? —dijo Danny con calma.

Cain se dio la vuelta en el asiento delantero para mirar a Danny, apareciendo una pistola Glock 17 por el costado del asiento. —Quédate tranquilo, Pearson, no falta mucho —dijo Cain.

—¿Dónde está Delany? —preguntó Danny, sin moverse. Parecía relajado, pero bajo su ropa cada músculo de su cuerpo estaba tenso y listo para actuar.

—Eso no es algo que deba preocuparte —respondió Cain.

Danny entrecerró los ojos mientras miraba desafiante a Cain. En su visión periférica, observaba la carretera y los ojos de Wade en el retrovisor. Condujeron en silencio durante otros cinco minutos. Wade indicó la salida de la A12 y redujo la velocidad para girar. Al doblar la esquina, los ojos de Cain se desviaron de Danny por un segundo, siendo el impulso natural de ver hacia dónde iban demasiado fuerte para resistirse. El tiempo se ralentizó cuando Danny liberó cada gramo de energía acumulada, lanzándose hacia delante para agarrar el cañón de la Glock con su mano izquierda. Torció el arma hacia un lado detrás del asiento delantero, para que apuntara lejos de él. Cuando la arrancó de la mano de Cain, su dedo tiró del gatillo. El disparo fue ensordecedor en el espacio cerrado. La bala atravesó la ventanilla trasera, dejándola cristalizada pero intacta durante una fracción de segundo antes de que el vidrio perdiera su tensión superficial y se desintegrara en un millón de cristales brillantes.

Antes de que los fragmentos golpearan el asiento, Danny lanzó su puño derecho contra la cara de Cain, haciéndolo chocar contra el salpicadero del coche. Ensordecido y confundido, Wade comenzó a

frenar. Todavía agarrando el cañón de la Glock, Danny la giró y golpeó con la parte trasera de la corredera en la sien de Wade, repitiendo el golpe una y otra vez hasta que la cabeza de Wade cayó hacia un lado. El coche se desvió hacia el tráfico que venía en sentido contrario, saltando sobre el bordillo entre el sonido de bocinas antes de estrellarse contra un muro coronado con barandilla. Danny se estrelló contra la parte trasera del asiento del copiloto mientras Wade y Cain desaparecían dentro de los airbags que explotaban en la parte delantera.

Empujando la puerta para abrirla, Danny medio trepó, medio cayó fuera de la parte trasera del coche. Una nube de humo de las cargas explosivas de los airbags salía del vehículo mientras él se estabilizaba sobre sus pies. Cuando llegó tambaleándose a la parte delantera del coche, tardó un par de segundos en asimilar los daños. El coche había atravesado el muro bajo, forzando la parte inferior de las barandillas hacia delante a medida que avanzaba. Las barandillas se retorcieron hacia abajo hasta que sus puntas afiladas perforaron el parabrisas y el pecho de Wade, atravesándolo hasta salir por la parte trasera del asiento del conductor. Todavía girado para mirar a Danny, Cain nunca las vio venir. Las puntas entraron por su espalda, clavándolo al asiento delantero, con su cara mirando sin vida hacia el asiento trasero.

Joder.

Un grito y un llanto a sus espaldas lo hicieron reaccionar. Se giró para ver a dos mujeres salir de su coche, mirando horrorizadas a Cain y Wade. Danny pasó junto a ellas mientras una observaba el coche y la otra llamaba al 112 con manos temblorosas. Cerró la puerta del copiloto del coche que seguía en marcha antes de moverse rápidamente hacia el lado del conductor para entrar. Antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando, Danny metió la marcha y aceleró a toda velocidad por la carretera, volviendo a la A12 para dirigirse al centro de Londres y al piso de Scott.

CUARENTA Y CUATRO

Delany echó un vistazo al letrero de «Oyster Catchers» cuando llegaron a la casa en la isla de Mersea. Tyson y Billy aparcaron en la entrada segundos después de que él saliera del coche. La casa estaba en la carretera de la costa de la isla de Mersea, con vistas panorámicas del astillero West Mersea Marine y la desembocadura del río Blackwater donde se abría al Mar del Norte. Delany entró, dirigiéndose directamente al dormitorio principal con el teléfono pegado a la oreja. Miró a través de las puertas plegables más allá de la terraza de cristal y acero hacia el mar. Abajo, Ken, Tyson y Billy registraban la cocina vacía en busca de algo para preparar un té. Hopkins estaba sentado en la mesa, mirando nerviosamente las palabras «*Acceso denegado, por favor contacte con el banco*« que aparecían en la pantalla del portátil mientras otra cuenta era bloqueada por las autoridades que incautaban los activos de Delany. Había transferido millones de libras a las cuentas de Delany en las Islas Caimán antes de quedarse bloqueado de la última de las cuentas de retención, y ahora se estaba convirtiendo en un manojo de nervios ante la idea de tener que decirle al Sr. Delany que no podía mover más dinero. Delany bajó las escaleras, con el rostro hecho una furia mientras pasaba junto a Hopkins hacia la cocina.

—Tyson, ve al pueblo y consigue algo de comida y una botella de buen whisky escocés —dijo, entregándole a Tyson un fajo de

billetes.

—Sí, jefe —respondió Tyson, cogiendo el dinero y dirigiéndose a la puerta para ir al coche.

El teléfono de Delany sonó cuando los faros de Tyson desaparecieron por la carretera.

—Sí, ¿qué? ¿Han arrestado a Jake? Mierda. No, no, es un buen chaval, no hablará. Mira, mantén las recogidas como siempre. Voy a enviar a dos tipos para que sustituyan a Jake.

Delany colgó y volvió a la sala de estar, todavía de mal humor. Miró de reojo a Hopkins mientras recorría sus contactos decidiendo a quién más necesitaba llamar. Se detuvo a mitad del desplazamiento, notando el hilo de sudor que rodaba por la cara de Hopkins mientras estaba sentado sin teclear en su portátil.

—Habla —exigió.

—No puedo hacer nada más, Sr. Delany. Las autoridades han incautado todas sus cuentas —dijo Hopkins, apenas capaz de mirar a Delany a los ojos.

—Moviste el dinero, ¿verdad? —le ladró Delany.

—Una parte —tartamudeó Hopkins.

—¿Cuánto? —gritó Delany, con las venas de la sien y el cuello hinchándose mientras su cara se ponía roja.

—Yo, yo logré mover dos millones y medio a sus cuentas en las Islas Caimán antes de que me bloquearan.

—¿Qué? Joder, ¿y el resto? ¿Qué pasa con los otros cinco? Joder, joder, joder. Eso no es suficiente para mantener la cadena de suministro. Necesito más —gruñó Delany, caminando de un lado a otro por la sala de estar.

—Lo siento, Sr. Delany. No hay nada más que pueda hacer.

—Lo sientes, lo sientes, joder. Todo esto es culpa tuya. Si no hubieras dejado ese pendrive sin vigilancia, nada de esto habría ocurrido.

—Yo, yo...

Antes de que Hopkins pudiera articular sus palabras, Delany agarró el extremo de la mesa y la arrojó junto con el portátil fuera del camino en un ataque de ira. Cuando Hopkins levantó la mano para defenderse, Delany cogió una de las otras sillas con ambas

manos, la levantó en el aire y la estrelló contra la cabeza de Hopkins. El golpe derribó a Hopkins de su silla, haciéndole caer de espaldas. Enfurecido, Delany siguió golpeando a Hopkins con la silla hasta que las patas se astillaron y esta se desintegró en pedazos. Tosiendo y escupiendo sangre, Hopkins levantó los brazos en un débil intento de defensa.

—¿Ahora sí que lo sientes, verdad, joder? —gritó Delany, clavando la rodilla en el pecho de Hopkins antes de hundir la pata de silla astillada y dentada en su cuello.

Un sonido gorgoteante y ahogado emanó de la garganta de Hopkins mientras miraba a Delany con los ojos desorbitados de pánico. Tembló y tosió sangre mientras un charco del pegajoso líquido rojo se extendía alrededor de su cabeza. Tras unos segundos, quedó en silencio. Sus ojos perdieron el brillo, volviéndose opacos y sin vida.

Cuando Delany se levantó, Ken y Billy observaban desde la puerta de la cocina; el rostro de Ken mostraba indiferencia emocional mientras Billy intentaba disimular su conmoción ante el violento arrebato de su jefe.

—Llevadlo al garaje. Tú y Tyson podéis deshaceros de él de camino a Londres —dijo Delany, respirando pesadamente mientras salía de la habitación—. Y limpiad esa mierda —gritó mientras subía las escaleras.

—Sí, jefe —dijo Billy mientras Ken se dirigía tranquilamente a la cocina para coger un rollo de bolsas de basura y cinta para envolver el cuerpo.

Arriba, Delany se dirigió al cuarto de baño de la suite y se lavó la sangre de las manos antes de desabrochar su camisa salpicada de sangre. Su teléfono sonó con el número de Samuel Mendez mientras se ponía una camisa limpia.

—Habla, Samuel —ladró Delany por teléfono.

—Estamos bien. Sacamos todos los envíos y limpiamos la habitación trasera con cloro y lejía antes de que llegaran la Guardia Civil e Interpol. Se fueron sin pruebas.

—Bien, bien, ¿y el camión?

—Acaba de embarcar en el ferry en Calais. Una vez que haya entregado el cargamento, te recogerá y te llevará de vuelta aquí. Coordinaré con nuestro contrabandista argelino, Nazim, para que su yate te lleve a Béjaïa, Argelia. Carlos Kraymar te llevará en avión a Sudán desde allí.

—Gracias, amigo mío, pero tenemos otro problema que solucionar antes de que me vaya —dijo Delany, con la voz un poco más calmada.

—¿Qué tipo de problema? —dijo Mendez con cautela.

—Las autoridades congelaron mis activos antes de que pudiera sacar todo mi dinero. No tengo suficiente para pagar a los sudaneses por el próximo envío.

—¿Cuánto te falta?

—Necesito otro millón y medio.

—Mmm, será ajustado pero debería poder conseguirlo. Necesitaré una devolución rápida, sin embargo. ¿Tu red de distribución sigue intacta?

—La red de traficantes está a salvo. Nuestros distribuidores no fueron mencionados en el pendrive, solo estaban la cadena de suministro y los detalles financieros en el pendrive.

—Vale, bien. Te veré en unos días —dijo Mendez.

—Sí, así será. Esto es solo un contratiempo temporal, Samuel. Haremos algunos ajustes y después todo seguirá como siempre —dijo Delany antes de colgar.

Terminó de abotonarse la camisa limpia y luego escribió una lista de nombres de contactos y direcciones antes de bajar. En la cocina, Tyson estaba guardando la compra mientras Ken preparaba un té.

—¿Té, jefe? —preguntó Ken.

—Gracias, Ken —respondió Delany, antes de girarse hacia Billy y Tyson—. Ha habido un cambio de planes. Una vez que os hayáis bebido eso, quiero que volváis a Londres. Aquí hay una lista de nombres, contactos y direcciones. Seguid la lista en orden, llamadlos cuando estéis allí y os darán las recaudaciones. Hacerles saber que nada ha cambiado, ¿vale? Si alguno de ellos se sale de la raya, les dais un bofetón, ¿entendido? Aseguraos de que sepan que si me traicionan, los enterraré vivos.

—Sí, jefe —dijeron Billy y Tyson al unísono.

—Bien, volved aquí con el dinero cuando hayáis terminado. Voy a ver a Mendez en España antes de ir a ver a los proveedores sudaneses. Ken estará al mando mientras esté fuera. Haréis exactamente lo que él diga, ¿entendido?

—Sí, jefe.

CUARENTA Y CINCO

—Venga, abre la puerta —dijo Danny, pulsando el timbre del segundo apartamento de Scott desde la puerta de entrada.

—¿Quién es? —sonó la voz de Fergus a través del interfono.

—Abre la puerta de una vez, imbécil, no estoy de humor.

—Vale, vale, tranquilízate —refunfuñó Fergus, mientras sonaba el zumbido de la cerradura un segundo después.

Pasando de largo los ascensores, Danny subió las escaleras de dos en dos, hasta el cuarto piso. Atravesó la puerta cortafuegos hacia el pasillo y pasó junto a Chaz, que mantenía abierta para él la puerta del apartamento de Scott.

—¿Estás bien, viejo? Parece que acabas de correr una maratón —dijo Scott, presumiendo de la cara cafetera integrada en la cocina a medida del apartamento.

—No, Scott, la verdad es que no estoy nada bien. Gracias a tu pequeña hazaña con el pendrive de Gregory Delany, me han atacado un puñado de adolescentes hormonados con machetes zombi y casi me matan dos policías corruptos. Por si fuera poco, tengo un precio sobre mi cabeza que toda la escoria callejera está intentando cobrar.

—Bueno, no me eches la culpa a mí, querido. Me habían secuestrado en ese momento, esperando que me mataran en cualquier instante. Pulsa ese —dijo Scott, apartándose de Danny para mostrarle a Fergus el vaporizador de leche.

—¿Y no se te ocurrió compartir ese pequeño detalle hasta ahora? —gruñó Danny, con cara de pocos amigos.

—Para tu información, intenté decírtelo varias veces y me cortaste en cada ocasión. Quizás si abrieras los oídos de vez en cuando en lugar de flexionar tus músculos, tendrías la imagen completa. Ahora, ¿quieres un café? —dijo Scott, mientras Fergus y Chaz miraban alternativamente a uno y otro, listos para intervenir si Danny decidía matar a Scott.

Danny no se movió durante un minuto, su mente repasando los últimos días hasta que recordó a Scott intentando contarle algo sobre el pendrive, y él diciéndole que no quería oírlo. Finalmente se relajó y tomó asiento en la mesa del comedor.

—Tienes razón, Scott, debería haberte escuchado —dijo en tono de disculpa.

—No te preocupes, querido. Toma, prueba esto. Está hecho con granos de café Molokai de Hawái —dijo Scott, entregándole a Danny una taza coronada con leche espumosa y una gran sonrisa en la cara.

Danny miró a Scott, incapaz de evitar que se formara una sonrisa en su rostro. Sin importar lo que pasara, no podía permanecer enfadado mucho tiempo con su amigo más antiguo.

—Chaz, ¿pudiste contactar con las hermanas? —dijo Danny, volviéndose hacia Chaz.

—No, ambos números están fuera de servicio. Pasé por la dirección que me dio. El lugar estaba vacío con un cartel de «se alquila» en el frente. Creo que se han marchado. Es una lástima, Sandra me gustaba de verdad.

—Probablemente sea lo mejor. Deberían estar a salvo. Cuando interrogué al chaval que me atacó, dijo que Delany solo había puesto precio a mi cabeza y no a ninguna de las vuestras —dijo Danny.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —dijo Fergus, tomando asiento mientras colocaba su café y una Glock cargada sobre la mesa frente a él.

—¿Te importa? Vas a rayar el pulido francés —dijo Scott, acercándose desde la cocina con salvamanteles, repartiéndolos antes

de levantar con asco la pistola de Fergus entre el pulgar y el índice para colocarla sobre el salvamanteles—. Estoy rodeado de cavernícolas —dijo, alejándose mientras murmuraba para sí mismo.

Danny sacó la pistola de Cain de su chaqueta y la colocó sobre el salvamanteles mientras Chaz deslizaba una Glock de su funda de hombro y la depositaba sobre el salvamanteles.

—¿Y cómo encontramos a Delany? —dijo Chaz.

—Empezaremos con uno de sus traficantes, un tipo llamado Lionel que opera desde el barrio de Hazlewood. Si él no lo sabe, iremos subiendo en la cadena hasta que encontremos a alguien que sí lo sepa —dijo Danny, sacando el cargador de su pistola antes de extraer las balas una a una para contarlas.

—Excelente plan. ¿Cuándo partimos? —llegó la voz de Scott desde la cocina.

—Admiro tu entusiasmo, Scotty, pero creo que deberías dejarnos esto a nosotros —dijo Danny.

—Discrepo. Teniendo en cuenta que podría haber causado inadvertidamente esta situación actual, creo que debería tener algún tipo de participación en la solución del problema —dijo Scott, sentándose a la mesa antes de sacar un objeto cilíndrico con dos puntas metálicas que sobresalían de la parte superior.

—¿Qué coño es eso? —dijo Fergus, frunciendo el ceño.

—Es una pistola eléctrica, modelo europeo, muy potente y totalmente ilegal en el Reino Unido —dijo Scott con una sonrisa traviesa de colegial, apretando el gatillo para que una chispa azul crepitara entre las puntas metálicas.

—Vale, vale, puedes venir, pero harás lo que yo diga, nada de heroicidades, ¿me oyes? —dijo Danny, poniendo los ojos en blanco ante la pistola eléctrica.

—Por supuesto. Quizás pueda ser el conductor.

—Perfecto. Y, Scott...

—¿Sí?

—No te metas eso en el bolsillo del pantalón o te vas a quemar los huevos.

CUARENTA Y SEIS

Después de deliberar sobre cuál de los siete coches de Scott era el mejor para llevarse, salieron del aparcamiento subterráneo en el Audi RS5. Hicieron una parada de camino a Walthamstow, entrando en una tienda de ropa de exterior donde recibieron miradas extrañas de la mujer en la caja mientras cobraba cuatro chaquetas con capucha, cinta adhesiva y cuatro pasamontañas.

—Muchas gracias, querida —dijo Scott educadamente, cogiendo el recibo.

Danny, Fergus y Chaz estaban detrás de él con aspecto de ir directamente desde la tienda a atracar el banco más cercano. Continuaron su camino, llegando a la urbanización Hazelwood cuando el sol se ponía.

—Aparca allí, Scott —dijo Danny, señalando un espacio en la carretera que les daba vista a la urbanización compuesta por cuatro bloques de pisos de tres plantas dispuestos en un cuadrado alrededor de una zona verde y un parque infantil.

—¿Le ves? —preguntó Fergus, mirando a través del hueco entre la esquina de dos bloques hacia un par de jóvenes sentados en los columpios del parque.

—Todavía no, pero hay un chaval que viene desde la esquina más alejada en una bicicleta eléctrica, parece uno de su banda.

Observaron al chico mientras conducía su bicicleta hacia los jóvenes en los columpios. Les dijo algo a uno de ellos, provocando que sacara un teléfono de su bolsillo. El joven tocó la pantalla para enviar un mensaje antes de responderle algo al chico. El chaval dio la vuelta y condujo hacia Danny y los demás en el coche. Se detuvo en la carretera un poco por detrás de ellos. Mientras observaban, apareció otro chico en una bicicleta eléctrica desde entre las casas de enfrente. Se acercó y le entregó un pequeño paquete antes de volver por donde había venido. El primer chico guardó el paquete en el bolsillo y se marchó. Unos minutos más tarde, le vieron regresar al joven de los columpios y entregarle lo que parecía un rollo de billetes.

—Operación perfecta, nunca guardan el dinero y la droga en el mismo sitio —comentó Chaz.

—Sí, pero en algún momento, el jefe vendrá a por las ganancias —dijo Danny.

—¿Lionel?

—Sí, Lionel —dijo Danny, con los ojos fijos en un coche que aparcaba un poco más adelante en la carretera.

La ventanilla bajó y el hombre del interior hizo un gesto a uno de los mensajeros de Lionel. El chico tomó el pedido y luego fue en bicicleta hasta el joven de los columpios. Envió un mensaje mientras el chico se alejaba, y la entrega del paquete y la transferencia de dinero volvieron a producirse. Durante las siguientes dos horas, vieron esto repetirse varias veces, sin señal alguna de Lionel. Finalmente, alrededor de las 10 de la noche, el joven que guardaba todo el dinero en el columpio recibió una llamada en su teléfono. Respondió, escuchando solo unos segundos antes de colgar y ponerse de pie. Le dijo unas palabras al joven que estaba a su lado. Chocaron los puños y se marchó, cruzando la zona verde hacia el lado opuesto de la urbanización.

—Scott, llévanos por el lateral de la urbanización —dijo Danny, sin apartar la mirada del joven.

—Por supuesto —respondió Scott, saliendo del aparcamiento para girar a la izquierda por el lateral del siguiente bloque de pisos.

—Ve despacio —pidió Danny, escudriñando con la mirada para localizar al joven mientras este salía de entre los dos edificios—. Ahí está, y ese es Lionel. Para aquí.

Lionel estaba de pie un poco más adelante, esta vez sin bicicleta eléctrica, casco ni pasamontañas, solo un chaval curtido en la calle mirando a un lado y a otro, sus desconfiados ojos moviéndose constantemente por los alrededores. Sus rastas giraron cuando volvió la cabeza para mirar al joven que se acercaba. Se saludaron chocando los puños y luego se mantuvieron separados. Hubo un mutuo escrutinio de los alrededores antes de que el joven sacara un grueso fajo de billetes de su bolsillo y se los pasara a Lionel, quien se los guardó inmediatamente.

—Preparaos, chicos. En cuanto se separen, cogeremos a Lionel y lo meteremos en el maletero. Podemos llevarlo a la fábrica abandonada de tu tío, Chaz —dijo Danny, bajándose el pasamontañas sobre la cara.

Fergus, Chaz y Scott hicieron lo mismo, los cuatro observando atentamente a Lionel.

—Allá vamos —dijo Danny, indicando a Scott que arrancara el motor, listo para moverse.

El joven dejó a Lionel y se dirigió de vuelta hacia el parque infantil. Lionel se dio la vuelta y caminó un par de pasos antes de detenerse para contestar su teléfono.

—Espera un momento —le dijo Danny a Scott.

Poniéndoselo en la oreja, Lionel giró la cabeza para mirar hacia la carretera más allá de Danny y los otros en el coche. Segundos después, un BMW X7 pasó junto a ellos y se detuvo al lado de Lionel. La ventanilla bajó y la mano de Tyson se extendió desde el interior del vehículo.

—¿Quiénes coño son estos tíos? —dijo Fergus, subiéndose el pasamontañas.

—Son el siguiente eslabón en la cadena alimentaria y más probable que sepan dónde está Delany —dijo Danny, quitándose el pasamontañas junto con Chaz.

Observaron cómo Lionel entregaba el dinero. El conductor se lo pasó a un hombre en el asiento del copiloto antes de volver a

dirigirse a él. Estaba hablándole a Lionel en lugar de hablar con él, su dedo apuntando en dirección a Lionel como un cuchillo. Lionel parecía preocupado y negaba con la cabeza mientras hablaba rápido como si estuviera intentando convencer al conductor de algo. La discusión pareció llegar a algún tipo de conclusión porque Lionel retrocedió unos pasos alejándose del coche y la ventanilla se subió.

—Sigue a ese coche, Scott, pero no te acerques demasiado, colega —dijo Danny.

—Entendido —dijo Scott emocionado, conduciendo tras el BMW mientras sonreía como un niño grande con el pasamontañas todavía puesto en la cabeza.

—Ya puedes quitártelo —dijo Fergus, estirándose desde detrás de Scott para arrancarle el pasamontañas de la cabeza.

—Oh, sí, claro. Me he dejado llevar un poco por la emoción —dijo Scott, agarrando el volante con fuerza.

—Vale, Scotty, respira, tío, tómatelo con calma, ¿vale? —dijo Danny, observando el BMW que iba delante.

CUARENTA Y SIETE

Con Scott conduciendo, Danny y los demás se movieron de un barrio periférico de Londres a otro, manteniéndose bien atrás de Tyson y Billy mientras cobraban dinero de un traficante a otro.

—Vamos a tener que cogerlos pronto —dijo Chaz desde la parte trasera del Audi RS5.

—De acuerdo. Actuaremos en cuanto se alejen de esta urbanización. El mismo plan que teníamos para Lionel. Pasamontañas para que piensen que somos una banda rival. Ferg y yo los cogeremos a punta de pistola, los ataremos con cinta, los meteremos en su maletero y luego los llevaremos a la fábrica abandonada en su coche. Tú y Scott vendréis detrás, ¿vale? —dijo Danny, poniéndose el pasamontañas sobre la cabeza mientras el BMW X7 dejaba al traficante y se alejaba de la urbanización.

—Oíd, muchachos, tendréis que romper las ventanillas para entrar. Las puertas del X7 se cierran automáticamente en cuanto supera los diez kilómetros por hora y no se abren hasta que los ocupantes tiran de la manilla desde dentro o apagan el motor —dijo Scott, arrancando para seguir al otro coche antes de poder colocarse bien el pasamontañas, con el agujero de la boca sobre la mejilla y su ojo derecho mirando por el agujero del ojo izquierdo—. Eh, ¿podría alguien ayudarme?

—Buen detalle, Scotty, toma —respondió Danny, inclinándose para darle un giro rápido al pasamontañas de Scott y colocarlo bien.

—Ah, mucho mejor —dijo Scott, sonriendo.

Continuaron conduciendo unas calles más, todos con los ojos clavados en la parte trasera del BMW a través de los agujeros de sus pasamontañas. Los semáforos en unas obras más adelante se pusieron en rojo, haciendo que el BMW se detuviera justo detrás de un taxi.

—Ahora, Scott, acércate por detrás, emparedémoslos —dijo Danny, con la mano en la manilla de la puerta, listo para saltar.

Scott hizo lo que Danny le indicó, acercándose al parachoques del otro coche. En cuanto se detuvo, Danny y Fergus salieron deslizándose por ambos lados del coche y avanzaron en cuclillas. Llegaron a ambos lados de las puertas delanteras al unísono, echando los brazos hacia atrás antes de golpear el cristal templado con la culata de sus pistolas.

La implosión de los cristales hizo que Billy y Tyson dieran un respingo. Danny y Fergus empujaron el cañón de sus pistolas a pocos centímetros de las caras de Billy y Tyson, mientras metían la otra mano para tirar de la manilla de la puerta antes de que Billy y Tyson tuvieran tiempo de reaccionar.

—Mantened las manos donde podamos verlas —dijo Danny con voz áspera, pulsando el botón de encendido para apagar el motor antes de deslizar su mano dentro de la chaqueta de Tyson para sacarle la pistola de la funda del hombro.

Fergus cogió la pistola de Billy en el lado opuesto del coche y lo arrastró fuera del vehículo, estampándolo contra el lateral mientras le llevaba las manos a la espalda para atárselas con cinta americana.

—¿Sabéis para quién trabajamos? Si nos robáis, estáis firmando vuestra sentencia de muerte —dijo Tyson con calma mientras Danny lo empujaba contra el coche y le ataba las manos a la espalda.

—¿Robaros? Vaya, no se me había ocurrido. Gracias, es una gran idea —dijo Danny, enrollando la cinta alrededor de los tobillos de Tyson antes de palpar sus bolsillos para encontrar la llave del coche. Pulsó el botón para abrir el maletero y luego giró a Tyson y lo levantó sobre su hombro.

Se encontró con Fergus, que llevaba a Billy sobre su hombro, en el maletero, y los dos arrojaron a Tyson y Billy dentro.

—Quietecitos, chicos —dijo Fergus, poniendo cinta sobre sus bocas antes de cerrar el maletero.

El conductor de la furgoneta que estaba delante aceleró de repente, demasiado asustado para involucrarse; se saltó el semáforo después de ver a Danny con una pistola llevando a Tyson, todo atado, a la parte trasera del vehículo.

Fergus y Danny saltaron de vuelta al BMW y se marcharon, con Scott y Chaz siguiéndolos de cerca. Se quitaron los pasamontañas y condujeron como si estuvieran en su examen de conducir, alejándose del centro de Londres.

—Joder, ¿habéis visto todo esto? —dijo Fergus, sacando una bolsa deportiva del asiento trasero y abriéndola para encontrarla repleta de gruesos fajos de billetes sujetos con gomas elásticas.

—Lo repartiremos una vez que nos hayamos ocupado de Delany, tío. No podemos gastarlo si estamos todos muertos —dijo Danny sin quitar los ojos de la carretera.

—Estoy contigo en eso —respondió Fergus, cerrando la bolsa de nuevo.

Después de veinte minutos, entraron en la fábrica abandonada, con el ruido del tráfico de la autopista M25 retumbando a través de los árboles y un denso seto en la parte trasera.

Entraron conduciendo por una zona de carga con una puerta enrollable que faltaba y aparcaron uno al lado del otro para que las luces brillantes de los coches iluminaran el suelo vacío de la fábrica.

—Toma, apunta con esto y ponte cara de malo —dijo Danny, entregándole a Scott la pistola que le había quitado a Tyson, comprobando primero que el seguro estaba puesto.

—¿Así? —dijo Scott, entrecerrando los ojos y mostrando los dientes a través del pasamontañas.

—Perfecto, colega —se rio Danny—. Bien, saquémoslos.

Fergus y Chaz arrastraron a Tyson y Billy fuera del maletero, obligándolos a arrodillarse frente a los coches antes de colocarse detrás de ellos con los cañones de sus armas en la nuca. Con los faros cegándolos, Tyson y Billy solo podían ver la silueta de Danny y

Scott. Danny asintió a Fergus y Chaz, quienes se inclinaron hacia delante y arrancaron la cinta de las bocas de Tyson y Billy.

—Vosotros, cabrones, sois hombres muertos, ¿me oís? Hombres muertos. Trabajamos para Gregory Delany, ¿entendéis? No hay ningún sitio donde podáis ir, ningún lugar donde os podáis esconder que él no os encuentre —escupió Tyson, con la cara contraída en un gesto desafiante.

—Oh, no nos estamos escondiendo de él, amigo. Queremos saber dónde está, y tú nos lo vas a decir —dijo Danny, agachándose frente a Tyson para poder ver sus ojos mientras hablaba.

—Que te jodan —escupió Tyson.

Danny se levantó y dio un paso atrás, convirtiéndose en una silueta negra sin rasgos contra los faros del coche. Permaneció en silencio, estudiando a los dos hombres frente a él. El SAS le había enseñado técnicas de interrogatorio, incluidos métodos sobre los que él, Fergus y Chaz nunca hablarían con nadie fuera del regimiento. Tyson era duro, un soldado leal a Delany. Hablaría, todo el mundo habla eventualmente, pero iba a requerir muchas palizas, tortura y tiempo antes de que revelara algo. Billy, sin embargo, era diferente. El miedo y el pánico en su rostro se transparentaban a través de su pobre intento de parecer desafiante. Billy era el eslabón débil. Danny asintió a Fergus, quien inmediatamente se movió detrás de Tyson. Pasó el brazo alrededor del cuello de Tyson, poniéndolo en una llave con la otra mano. Danny se lanzó hacia delante, pateando a Tyson en los testículos con toda la fuerza que pudo, haciendo que Billy se estremeciera a su lado. Un segundo después, Fergus lo soltó dejándolo caer boca abajo, tosiendo, gruñendo y jadeando de agonía.

—¿Dónde está Delany? —gruñó Danny, agachándose para agarrar a Tyson por el pelo, levantándole la cara para que lo mirara.

Tyson jadeó varias veces antes de lograr gruñir: —Que te jodan.

Mientras pronunciaba la última palabra, Danny le golpeó la cara con el puño con tanta fuerza que su cabeza golpeó contra el suelo de hormigón, dejando la otra mano de Danny suspendida en el aire con un mechón del pelo de Tyson aún colgando de su puño cerrado.

—Mátalo —dijo Danny a Fergus, quien arrastró el cuerpo semiconsciente de Tyson hacia atrás, alejándolo de ellos.

Billy intentó mirar a su alrededor, solo para recibir un golpe en la nuca con la pistola de Chaz, obligándole a mirar nerviosamente hacia adelante. El ensordecedor sonido de un disparo resonó un segundo después, haciendo que Billy saltara del susto, perdiendo los últimos restos de valentía mientras comenzaba a temblar y gimotear. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Última oportunidad, gilipollas. Dime dónde está Delany o puedes reunirte con tu amigo —dijo Danny, acercándose a la cara de Billy.

—Mersea Island. Está en una casa en Mersea Island —dijo Billy con voz temblorosa.

—¿Dónde en Mersea Island? —le gritó Danny en la cara.

—Yo, yo, se llamaba Oyster Catcher. Está en la carretera de la costa frente al astillero West Mersea Marine —sollozó Billy.

—¿Cuántos tíos tiene con él? Contéstame —dijo Danny mientras Chaz montaba la corredera de su pistola detrás de la cabeza de Billy para mayor efecto.

—No, por favor, solo Ken, Kenneth Gambit, su mano derecha. Delany se dirige a España para ver a Samuel Mendez antes de ir a África.

—¿Cómo va a llegar a España? —le gritó Danny.

—No lo sé, juro que no lo sé —gritó Billy antes de sollozar incontrolablemente.

—Buen chico —dijo Danny, quitándose el pasamontañas para dedicarle a Billy una sonrisa.

Scott se quitó el pasamontañas mientras Chaz se colocaba detrás de Billy y lo giraba para que pudiera ver a Fergus inmovilizando a Tyson en el suelo a unos metros de distancia, con cinta aislante sobre su boca para que no pudiera hacer ruido, sus ojos mirando a Billy con disgusto por su debilidad.

Después de meter a los dos hombres en el maletero del Audi de Scott, Danny, Scott, Chaz y Fergus volvieron al coche con la bolsa de dinero antes de que Scott saliera de la fábrica dando marcha atrás.

CUARENTA Y OCHO

Delany se sirvió otro vaso de whisky escocés Glenfiddich de 15 años y se reclinó en la silla de la terraza de cristal y acero que daba al dormitorio principal. Contempló el estuario iluminado por la luna con ojos ausentes, el tumulto que giraba en su cabeza ocultaba la belleza de la vista frente a él. Con su negocio hecho añicos y su cara distribuida por todas las agencias policiales del país, la mayoría de los hombres se habrían resignado a su destino y se habrían preparado mentalmente para una vida en prisión. Gregory Delany no era como la mayoría de los hombres. Dio un sorbo al whisky y llamó al DCI Cain por tercera vez, solo para recibir su buzón de voz por tercera vez. Irritado, Delany estampó el teléfono sobre la mesa frente a él sin dejar ningún mensaje.

—¿Todo bien, jefe? —llegó la voz de Ken desde el camino de entrada más abajo.

Delany se incorporó y miró para ver a Ken terminar un cigarrillo y aplastarlo contra el asfalto.

—El puto Cain ha desaparecido. Si ese cabrón está intentando joderme, lo voy a hacer pedazos —dijo Delany, poniéndose de pie con las manos sobre la barandilla de acero inoxidable que coronaba la balaustrada de cristal.

—Cain podrá ser muchas cosas, jefe, pero no es un chivato. Llamaré a Tyson y Billy, haré que pasen por el apartamento de Cain de camino de vuelta.

—Buena idea, gracias, Ken.

Ken se puso inmediatamente al teléfono, caminando de un lado a otro por el camino mientras sonaba sin ser contestado, acabando finalmente en el buzón de voz de Tyson. Delany captó el ceño fruncido de Ken mientras lo observaba desde arriba. Ken llamó a Tyson de nuevo, escuchándolo sonar hasta que pasó al buzón de voz como antes.

—Probaré con el teléfono de Billy —dijo Ken, mirando hacia Delany, su rostro habitualmente indescifrable mostraba ligeros signos de aprensión.

La llamada acabó igual que la de Tyson, dejando a Ken frunciendo el ceño ante el teléfono—. No contestan.

Delany apartó la cabeza de Ken, entrecerró los ojos mientras escudriñaba los alrededores en busca de problemas que sentía que se aproximaban. Cuando nada se presentó, volvió a mirar a Ken.

—Llama a los traficantes. Quiero saber quién los vio por última vez —dijo Delany, dirigiéndose al interior y bajando las escaleras para encontrarse con Ken cuando este entró en la cocina, con el teléfono pegado a la oreja.

—Recogieron del grupo de Merrick hace un par de horas —dijo Ken, colgando y llamando al siguiente traficante.

Repitió el proceso cuatro veces más, rastreando las recogidas de Tyson y Billy por todo Londres mientras Delany daba vueltas por la cocina, girando la cabeza en dirección a Ken cada vez que le oía hablar con otro traficante.

—Dex, soy Ken. ¿A qué hora hicieron Tyson y Billy la recogida?

—Ken, tío, esperé durante una hora. No han aparecido, joder. ¿Es verdad lo que oigo sobre el jefe, que la pasma le tiene fichado, eh? ¿Deberíamos preocuparnos, tío?

Captando fragmentos de la conversación, Delany le arrebató el teléfono a Ken y le gritó a Dex—: Nada ha cambiado. Yo sigo dirigiendo el negocio, ¿me oyes? Solo haz tu puto trabajo, Dexter. No me hagas reemplazarte.

—Vaya, lo siento, señor Delany, no quería faltar al respeto, tío. Solo decía que hay muchos rumores circulando y acabo de oír que el

tipo ese, el terminator, mató a su detective. Estrelló su coche y los ensartó en una valla. Un buen desastre, tío.

—¿Qué tipo terminator? ¿De qué coño estás hablando? —gruñó Delany, molesto por las divagaciones de Dex.

—El tipo, ya sabes, el tipo. El tipo sobre el que pusiste el encargo. Dicen que simplemente no se puede matar a ese tío. Se cargó a la mitad del equipo de Lionel hoy mismo, él solo, tío.

Delany devolvió bruscamente el teléfono a Ken, su cara poniéndose roja de rabia—. ¡Maldito Pearson! —gritó, lanzando su vaso de whisky al fregadero, donde explotó en fragmentos de cristal voladores.

—Vete a la mierda, Dex, organizaré una nueva recogida mañana —dijo Ken, colgando.

Todavía enfurecido, Delany cogió el taburete de la barra de desayuno y lo estrelló repetidamente contra la encimera de mármol hasta que se desintegró en patas voladoras, barras de apoyo rotas y un asiento de espuma.

Ken se mantuvo al margen observando, esperando a que Delany se quedara sin energía y se calmara. Finalmente, se quedó quieto, jadeando, su mente dando vueltas a lo que Dex había dicho.

—Llama a Mendez, Ken. Averigua dónde está ese puto camión ahora. Ahora mismo.

—¿Qué hay de Tyson y Billy?

—Olvídalos. Están muertos. Solo averigua dónde está ese puto camión. No creo que estemos seguros aquí.

—Sí, jefe.

CUARENTA Y NUEVE

Dejando atrás Colchester, Scott atravesó a toda velocidad pueblos dormidos con solo algún que otro coche al que adelantar mientras se dirigía hacia el este, rumbo a la isla de Mersea. Los pueblos dieron paso a campos, y después a marismas conforme se acercaban a la calzada que conducía a la isla. Scott aceleró mientras las salpicaduras golpeaban las ventanillas al atravesar unos centímetros de agua marina que aún permanecían en la calzada tras la reciente marea alta. Con un cielo nocturno despejado y una brillante luna llena, el estuario y la isla que se extendían ante ellos se iluminaban con un nítido detalle monocromático, casi tan definido como su equivalente diurno.

—Ojalá estuviera más nublado —dijo Chaz, mirando hacia el agua resplandeciente.

—Sí, yo también —dijo Fergus.

Continuaron hacia el antiguo pueblo pesquero de West Mersea, con sus pubs, tiendas y restaurantes todos oscuros y vacíos a las dos y media de la madrugada. La carretera descendía bruscamente al salir de la calle principal y bajaba hacia la carretera costera, con grandes casas a la derecha y vistas al estuario a la izquierda.

—Pasa despacio frente a la casa, Scott —dijo Danny cuando el astillero de la marina de West Mersea apareció a la vista más adelante.

Todas las miradas se dirigieron a la izquierda, observando la casa de Delany en la pendiente sobre ellos. Había una luz encendida en el dormitorio principal y otra dentro de la casa en la planta baja.

—Aparca por allí —le dijo Danny a Scott cuando habían pasado con seguridad el astillero.

—¿Cómo quieres plantearlo? —dijo Chaz, revisando su arma.

—Sí, ¿cómo quieres plantearlo, viejo? —intervino Scott entre bostezos.

—Vale, Rambo, creo que nos ocuparemos nosotros. Tú quédate aquí y vigila a los dos del maletero —dijo Danny, sin poder evitar sonreír a Scott.

—Como queráis, sé cuándo no me quieren —dijo Scott con expresión dolida.

—Bueno, si realmente quieres venir y ver cómo le vuelo los sesos a Delany por todo el suelo, Scotty, adelante.

—Mmm, pensándolo bien, quizás no. Me quedaré aquí cuidando de nuestros amigos del maletero —dijo Scott.

—Bien, Ferg, ayuda a Chaz a subir a la terraza, luego ve por la parte trasera de la casa. Chaz, tú entra por el dormitorio. Fergus, tú entra por atrás, yo tomaré la puerta lateral. Los matones que hemos contratado dicen que solo están Delany y ese otro tipo, pero trabajaremos asumiendo que podría haber más —dijo Danny, abriendo la puerta del coche.

—Entendido. Acabemos con esto para poder volver a casa —dijo Fergus, saliendo del coche mientras se oían golpes amortiguados procedentes del maletero.

Chaz se adelantó y lo abrió con Danny a la derecha y Fergus a la izquierda apuntando con sus armas a Tyson y Billy mientras forcejeaban contra sus extremidades atadas con cinta, intentando liberarse.

—Si os vuelvo a oír, voy a hacer un montón de agujeros de ventilación en este maletero y me da igual lo que alcancen por dentro, ¿me entendéis? —gruñó Danny, antes de cerrar el maletero de golpe, dejando silencio.

Agachados tras un muro perimetral bajo de la propiedad vecina, los tres avanzaron por la carretera hacia la casa de Delany.

Aplastándose contra el final del muro, Danny asomó la cabeza hasta que un ojo miró más allá de la esquina hacia la casa de Delany en lo alto del camino de entrada. Las luces seguían encendidas detrás de las persianas, pero no podía ver a nadie mirando hacia afuera, ni siluetas sombrías de alguien en el interior. Sin apartar la vista de la casa, movió una mano detrás de él e hizo un gesto a Chaz y Fergus para que avanzaran. Los vio correr por el camino de entrada delante de él, Fergus girando por delante de Chaz para aplastar su espalda contra la pared frontal de la casa. Dejó su arma en el suelo, dobló ligeramente las piernas y entrelazó los dedos. Un segundo después, Chaz colocó su pie en las manos de Fergus y se estiró hacia la barandilla de la terraza frente al dormitorio principal. Fergus siguió empujándolo hacia arriba hasta que Chaz pudo agarrar la barandilla y pasar por encima.

Al mismo tiempo, Danny pasó junto a Fergus y se pegó contra la pared junto a la entrada lateral de la casa. Esperó hasta que Fergus recogió su pistola y pasó corriendo junto a él, desapareciendo de vista por la parte trasera de la casa. Contando hasta diez, Danny se imaginó a Chaz entrando en el dormitorio principal mientras Fergus entraba por la parte trasera de la propiedad. Al llegar a diez, probó la puerta lateral. Por suerte, estaba abierta, lo que le permitió abrirla en silencio y deslizarse a un cuarto de lavado. Acercándose a la siguiente puerta, que suponía conducía a la cocina, Danny mantuvo su pistola en alto mientras giraba el pomo hasta que el pestillo se retrajo lo suficiente para empujar la puerta. A la cuenta de tres, irrumpió por la puerta al mismo tiempo que Fergus entraba precipitadamente a su izquierda y Chaz aparecía con su arma desde las escaleras al otro lado de la cocina. Danny apuntó su pistola hacia la figura sentada a la mesa de la cocina, tensando el dedo en el gatillo antes de retroceder cuando las facciones de la figura se registraron en su cerebro.

—Enhorabuena caballeros, una entrada de manual. Ahora, si fueran tan amables de bajar sus armas de fuego sin licencia e ilegales. Uno no querría hacerse daño, ¿verdad? —dijo el hombre del gobierno conocido únicamente como Simon, sentado con las piernas

cruzadas y relajado en la mesa con una humeante taza de té frente a él.

—Simon, ¿qué coño estás haciendo aquí? —dijo Danny, sin ocultar su desprecio por el hombre que constantemente había logrado entrometerse en su vida.

Antes de que Simon pudiera responder, hubo ruido y movimiento desde todas direcciones. Danny, Chaz y Fergus giraron con las armas en alto, solo para encontrarse con un equipo de operaciones especiales con equipamiento táctico completo apuntándoles con rifles C8, con una serie de pequeños puntos láser rojos bailando sobre los pechos de Danny, Chaz y Fergus.

—Yo, Daniel, estoy tratando de detener a Gregory Delany, pero como puedes ver, parece que se ha marchado antes de que llegáramos. Lo que creo que es la pregunta muchísimo más importante es ¿qué estáis haciendo tú y, eh, tus amigos aquí? —dijo Simon, antes de girarse hacia uno de los miembros de las fuerzas especiales—. Puede descansar ahora, Sargento, todos somos amigos aquí —continuó Simon con una ligera sonrisa de superioridad en su rostro.

Danny le lanzó una mirada, con los músculos de la mandíbula tensos y los ojos ardiendo de furia asesina.

Mientras los puntos desaparecían de sus pechos y los hombres retrocedían, se escuchó la voz protestante de Scott desde fuera.

—¿Te importa? Suéltame, zopenco. Tengo mis derechos.

Dos soldados lo condujeron a la cocina, con Tyson y Billy siendo escoltados detrás de él.

—Esos dos son de Delany. ¿Les importaría meterlos en la furgoneta y darnos algo de privacidad? Gracias —pidió Simon al sargento al mando de la unidad.

—Sí señor —respondió, haciendo un gesto con la cabeza para que los hombres se dispersaran, lo cual hicieron, saliendo de la casa en tiempo récord.

—Ahora, caballeros, os he hecho una pregunta. Oh, esperad un momento. Debería haberlo sabido. Los informes de mercenarios ingleses con ropa ridícula librando una guerra contra gánsteres españoles. La destrucción de medio Benidorm, y la sofisticada

filtración de todos los asuntos comerciales del Sr. Delany. Esto lleva vuestros nombres y el del Sr. Miller escrito por todas partes. Mmm, puedo ver que tengo razón por las expresiones de vuestras caras. Así que, decidme, ¿cuál es vuestra implicación con Gregory Delany? —terminó Simon, cogiendo su té para dar un sorbo mientras esperaba una respuesta.

CINCUENTA

Ken tomó la salida de la M25 y siguió la carretera de sentido único alrededor del área de servicio de Thurrock, pasando el aparcamiento de camiones y filas de vehículos con cortinas cerradas en las cabinas mientras los conductores dormían en literas detrás de los asientos. Una niebla matutina flotaba por el área de servicio, dando un aspecto distópico y siniestro mientras entraban en el aparcamiento casi vacío en el extremo más alejado del complejo.

—¿Ha llegado ya? —preguntó Ken, deteniendo el vehículo cerca de la entrada a los servicios.

—No, tenemos unos veinte minutos. Venga, necesito un café, el efecto del whisky se está pasando —dijo Delany, frotándose la cara para despejarse.

Después de coger la bolsa deportiva llena de dinero y documentos y su pistola, los dos caminaron hacia el área de servicio, intentando parecer lo más relajados posible. Sus ojos escudriñaban el lugar al entrar, la paranoia les hacía esperar que la policía irrumpiera en cualquier momento. Se dirigieron al Costa Coffee abierto las 24 horas y pidieron dos cafés a un joven con oscuras ojeras y cero interés en los dos hombres que hacían el pedido al otro lado del mostrador. Tomaron sus bebidas y se sentaron en la zona de Costa donde solo había otro cliente, un tipo de mediana edad con un mono de trabajo sucio sentado en la esquina, mirando fijamente publicaciones en redes sociales en su móvil. Ken sorbía su bebida

mientras observaba a cada viajero de ojos somnolientos que entraba y salía del área de servicio, mientras Delany se sentaba frente a él terminando una llamada.

—¿Alguna noticia de Tyson y Billy?

—Nada, la policía no les ha pillado. Si se han largado con mi dinero, les mataré, joder —dijo Delany con brusquedad.

—No lo harían, jefe, Tyson y Billy son de fiar. Además, el dinero de la recogida no era suficiente para desaparecer. No, algo les ha pasado, lo presiento —dijo Ken, con su voz siempre tranquila y serena.

—Te dejo al mando, Ken, averigua qué les ha pasado a Tyson y Billy, y si ellos —o cualquier otro— se sale de la línea, no muestres ninguna compasión. Si esos cabrones ven alguna debilidad, empezarán a intentar tomar el control, y no tendré ningún negocio al que volver.

—Si no te importa que te pregunte, ¿cómo piensas volver? Los policías tienen pruebas sólidas contra ti, te detendrán en cuanto pongas un pie de nuevo en el país.

Delany se inclinó hacia Ken y sonrió.

—No seré yo quien vuelva. Pensé que algún día las autoridades podrían tener algo contra mí. Tengo un plan B. Una vez que haya asegurado nuestro próximo cargamento de los sudaneses, volaré a Ciudad del Cabo. Tengo una nueva identidad, totalmente sólida, con huellas dactilares y registros dentales coincidentes, y un cirujano plástico que no hace preguntas esperando para darme una nueva cara. Solo necesito que te ocupes de las cosas aquí durante un par de meses mientras mi cara se cura, luego volveré. Haz esto por mí y te haré un hombre muy rico —dijo Delany en voz baja, mirando alrededor para asegurarse de que nadie les oía.

Una sonrisa poco característica se formó en el rostro de Ken. —De acuerdo, jefe, puedes confiar en mí.

Un pitido en el teléfono de Delany desvió su atención de Ken mientras miraba el mensaje.

—Ya está aquí —dijo Delany, poniéndose de pie.

Los dos salieron de los servicios, girando a la derecha para dirigirse al aparcamiento de camiones en lugar del aparcamiento de

coches. Un gran camión blanco DAF con un remolque refrigerado hizo parpadear sus luces desde una plaza de aparcamiento mientras se acercaban. Delany caminó hasta el lado del pasajero y subió para abrir la puerta. Lanzó la bolsa dentro antes de volverse hacia Ken.

—Deshágase de esto. Compraré otro móvil de prepago en Dover y te enviaré un mensaje con el número antes de que subamos al ferry —dijo Delany, lanzando su móvil a Ken.

Ken lo atrapó y asintió. Observó cómo Delany subía a la cabina. El conductor aceleró el gran motor diésel mientras salía del espacio y giraba hacia la carretera de salida, desapareciendo de la vista momentos después. Ken miró el teléfono de Delany, cruzando por su mente durante un fugaz instante la idea de llamar a la policía y decirles dónde estaba Delany. Lo descartó. Incluso si Delany estuviera en prisión y él tomara el control, Delany aún podría hacer que lo mataran.

No, haz lo que dice Delany y mantén todo funcionando sin problemas. O quizás hay otra opción.

Ken desmontó el teléfono de Delany de camino al coche, partiendo la tarjeta SIM por la mitad antes de dejar caer el teléfono al suelo y pisotearlo hasta que quedó hecho un desastre destrozado y doblado. Lo recogió y lo arrojó al contenedor más cercano antes de subir al coche y arrancarlo.

Lo primero, ir a casa y dormir un poco. Lo segundo, averiguar dónde coño están Tyson y Billy.

Condujo a través de la niebla y salió del área de servicio antes de incorporarse a la M25 y dirigirse a casa.

CINCUENTA Y UNO

Danny relató a regañadientes una versión abreviada de los sucesos de Benidorm a Simon, mientras Scott añadía con orgullo su propia versión exageradamente adornada sobre la brillantez con la que había descifrado el pen drive de Delany e implementado un virus para enviar por correo electrónico su contenido la próxima vez que se utilizara.

—Y esa es la razón por la que el señor Delany quiere muerto al señor Pearson, por venganza —añadió Simon secamente, una vez que Scott había terminado.

—Eh, bueno, eh, sí, supongo que sí —murmuró Scott, perdiendo como una piedra que cae la sonrisa petulante de su brillantez.

—Entonces, ¿vuestra entrada más bien dramática esta noche era para... qué? ¿Pedirle amablemente al señor Delany que retire el precio sobre tu cabeza?

Los ojos de Danny bajaron hacia su pistola y luego volvieron a subir. —Algo así —dijo con un gruñido bajo.

—Entonces parece que ambos hemos tenido una noche perdida —dijo Simon, mirando la hora en su reloj.

—¿Qué interés tienes en Delany? El terrorismo, las agendas políticas y las amenazas a la seguridad nacional son tu departamento, no los traficantes de drogas —dijo Danny, mirando a Simon con sospecha.

Simon se reclinó y no dijo nada durante unos segundos, como si estuviera reflexionando sobre qué revelar y qué no.

—¿Qué sabe usted sobre Sudán, señor Pearson?

—Es seco, caluroso, y los cabrones pasan la mayor parte del tiempo intentando matarse entre ellos —dijo Danny sin rodeos.

—Mmm, efectivamente, aparte de esa colorida percepción de los asuntos de Sudán, el país tiene, entre otras cosas, grandes depósitos minerales. Más específicamente, mineral de litio, u oro blanco, como lo describen ahora. Acaban de encontrar el filón madre de esa sustancia. Como sabes, el Reino Unido está haciendo todo lo posible para alcanzar las cero emisiones de carbono para 2050. Nuestro gobierno quiere asegurar una alianza con el gobierno sudanés para garantizar el suministro constante de litio para nuestra creciente demanda de coches eléctricos, baterías domésticas con carga solar y todas las demás comodidades modernas que disfrutan sus contribuyentes.

—Lo siento, por muy interesante que sea esto, ¿qué coño tiene que ver con Gregory jodido Delany? —dijo Danny, interrumpiendo a Simon.

—Si me permitieras continuar, Daniel, estaba a punto de llegar a eso. La guerra civil sigue desatada en grandes partes de Sudán, y las minas de litio, aunque están en una zona controlada por las fuerzas armadas sudanesas, se encuentran peligrosamente cerca de una zona controlada por el grupo paramilitar, las RSF. Ahora viene la parte interesante. Uno de los miembros de alto rango de las RSF, un tal Omar Al Nuran, resulta ser el proveedor de cocaína de Gregory Delany. La vasta red de drogas de Delany, valorada en varios millones de libras, está financiando la guerra de las RSF contra el gobierno y, al hacerlo, amenaza la alianza del Reino Unido con el gobierno sudanés y el suministro futuro de mineral de litio tan necesario.

—Así que todo se trata de dinero y poder —dijo Scott.

—¿Acaso no es siempre así? Donamos cien millones en ayuda humanitaria, y el gobierno sudanés nos da prioridad en el suministro de litio. Pero primero necesitan estrangular la financiación de las

RSF, así que me han encargado resolver la situación —respondió Simon como si tal cosa.

—¿Entonces vas a matar a Delany? —contestó Scott.

Una pequeña sonrisa cruzó el rostro de Simon mientras se reclinaba de nuevo en su silla y miraba a Danny.

—No, Scott, quiere que lo haga yo —dijo Danny con aspereza.

Simon simplemente sonrió.

—¿Qué? ¿Por qué demonios no lo hace él? —dijo Scott, mirando con furia a Simon.

—Porque ahora que Delany ha salido del país y se ha ido a España, necesita un negación plausible si todo sale mal. ¿Y si me niego? —dijo Danny, mirando a Simon de forma amenazadora.

—Es completamente tu elección, querido muchacho. Todos sois libres de marcharos. Vuestras recientes aventuras no me interesan. Como has dicho, mi departamento se ocupa de terroristas, agendas políticas y amenazas a la seguridad nacional. Pero como ciudadano respetuoso de la ley, tendré que informar a la Policía Metropolitana sobre los asesinatos del DCI Matthew Cain y el Detective Wade, y también tendré que informar sobre las armas sin licencia. Eso es un mínimo de cinco años de condena para cada uno de vosotros —dijo Simon, señalando las armas sobre la mesa—. Ah, e Interpol quizá quiera extraditaros para interrogaros sobre vuestras actividades en Benidorm y la muerte de Alonzo Acosta —añadió Simon lentamente, con voz neutral mientras miraba sus pantalones de traje y se quitaba una pelusa de la rodilla.

Un destello de ira cruzó el rostro de Danny. Agarró la pistola de la mesa y extendió el brazo frente a él, con el cañón del arma apuntando directamente entre los ojos de Simon.

—Danny, tío —dijo Chaz, preocupado.

—Eh, vamos, colega, no dejes que te provoque —dijo Fergus.

—Quizá uno debería escuchar a sus amigos, Daniel. No entiendo cuál es el problema. Después de todo, viniste aquí esta noche para matar a Gregory Delany, ¿no es así? Déjame ayudarte a conseguir tu deseo y me aseguraré de que tu historial esté limpio, y de que estés de vuelta de España a tiempo para tu boda con esa encantadora

dama tuya. Nikki, ¿verdad? —dijo Simon, mirando más allá del cañón del arma para mirar a Danny directamente a los ojos.

Nadie se movió durante lo que pareció una eternidad. El rostro de Simon se crispó cuando su confianza flaqueó durante una fracción de segundo al ver que el dedo de Danny se tensaba en el gatillo antes de finalmente relajarse. Scott, Chaz y Fergus suspiraron aliviados cuando Danny finalmente colocó la pistola de vuelta sobre la mesa.

—Excelente, haré los preparativos del vuelo.

—¿Cuándo nos vamos? —dijo Fergus.

—El trato es solo para el señor Pearson. Señor Leman, señor Miller y usted deben marcharse, ahora. Ah, y podéis dejar las armas conmigo. No querrían que os arrestaran de camino a casa.

—Ni hablar, vete a la mierda, cabrón —gruñó Fergus, apartando la silla de una patada mientras se ponía de pie, listo para golpear a Simon en la cara.

—Déjalo, Ferg, está bien. Me ocuparé de esto. Vosotros id a casa. Os veré en la boda —dijo Danny, levantándose para apartar a Fergus de la mesa.

—Pero tío —dijo Chaz, también levantándose.

—Nada de peros, id a casa, yo me encargaré de esto —dijo Danny, y finalmente sus dos amigos y Scott cedieron y salieron de la casa, pasando junto al equipo de operaciones especiales y regresando por la carretera hacia el coche de Scott.

—Puedes dejar toda esa mierda de las coincidencias. Sabías cada detalle de lo que pasó en Benidorm y lo que ha estado pasando aquí. ¿Cómo es que no mataste a Delany cuando estaba aquí? —dijo Danny cuando los demás se habían marchado.

Simon simplemente le dio una sonrisa seca. —Mi trabajo es saberlo todo, Daniel, y desafortunadamente a veces ese conocimiento nos llega un poco tarde. Vinimos tan pronto como la información sobre la pequeña casa de vacaciones del señor Delany llegó a nuestro poder. Como te dije antes, el señor Delany ya había desalojado la propiedad cuando llegamos aquí. Ahora, estamos bastante seguros de que el señor Delany no ha salido del país por aire o por el Eurostar, lo que significa que se ha ido en una pequeña

embarcación o en ferry y luego por carretera. Calculamos que no se reunirá con el señor Méndez durante al menos otras dieciséis horas. Te sugiero que aproveches la cama king size de arriba y duermas un poco. Te despertaré cuando sea hora de partir.

Danny no dijo nada. Los niveles de adrenalina estaban bajando y el cansancio se estaba apoderando de él rápidamente. A regañadientes, pasó junto a Simon y subió al dormitorio principal. Se quitó los zapatos, se tumbó encima de la cama completamente vestido y se obligó a despejar su mente e irse a dormir.

CINCUENTA Y DOS

Mientras se acercaban a la terminal de ferry de Dover, Delany levantó el colchón de la litera en la parte trasera de la cabina y alzó la tapa de un compartimento de almacenaje debajo. Encendiendo la linterna que el conductor le había dado, sostuvo la tapa y el colchón mientras se deslizaba dentro, dejando que volvieran a caer cuando se tumbó fuera de la vista. El conductor del camión entró en el puerto, con aspecto aburrido mientras pasaba su pasaporte al cansado oficial de aduanas en la cabina de la entrada. Apenas lo miró antes de devolvérselo y hacerle una seña para que continuara. El camión no llevaba carga y nadie contrabandeaba personas fuera del Reino Unido, así que las posibilidades de un registro eran prácticamente nulas.

Después de ser guiados a su lugar de estacionamiento en el ferry, el conductor dejó salir a Delany. Se sentaron en el restaurante, Delany bebiendo café con un nuevo teléfono desechable que había comprado en el área de servicios de Dover pegado a su oreja. El conductor se sentó en silencio, observando cómo salía el sol sobre el Canal. Cuando se acercaban al puerto de Calais, ambos regresaron al camión, donde Delany volvió al compartimento de almacenaje. El camión bajó traqueteando por la rampa del ferry y atravesó la aduana con la misma facilidad que lo había hecho en Dover; los funcionarios de Calais utilizaban la mayoría de sus recursos para comprobar inmigrantes ilegales y mercancías de contrabando que

entraban al Reino Unido, no las que salían. Dejó salir a Delany una vez que salieron del puerto, conduciendo veinte minutos más antes de que el conductor tomara la salida hacia un gran área de servicio justo al lado de la autopista.

—¿Por qué nos detenemos? —dijo Delany, impaciente por continuar.

El conductor se encogió de hombros, su comprensión del inglés era limitada. Aparcó el camión y señaló algunos coches estacionados frente a ellos.

—Usted va, *Señor* —dijo, señalando.

Delany miró en la dirección que señalaba para ver a Arlo y Javier de pie junto a un elegante Mercedes AMG C63 deportivo. Comprendiendo, Delany agarró su bolsa y bajó de la cabina, cruzando el aparcamiento hacia ellos.

—Sr. Delany, me alegro de verle. El Sr. Mendez pensó que esto sería más adecuado para el resto del viaje. Además, con los dos turnándonos para conducir, podemos llevarle a Benidorm más rápido —dijo Arlo, abriéndole la puerta trasera.

—Bien, pongámonos en marcha —fue todo lo que dijo Delany.

—Recuéstese y descanse un poco, Sr. Delany. Es un viaje largo —dijo Javier, sentándose en el asiento del conductor para encargarse del primer tramo del viaje.

Mientras salían del área de servicio, Delany se tumbó en el asiento trasero y se quedó dormido, usando su bolsa como almohada. Sentado en el asiento del pasajero, Arlo escribió un mensaje y lo envió a Mendez.

«*Recogido el paquete sano y salvo. Estaremos de vuelta alrededor de medianoche.*»

CINCUENTA Y TRES

Los ojos de Danny se abrieron antes de que los pies de Simon alcanzaran el último peldaño de la escalera. Ya estaba sentado y poniéndose los zapatos cuando este entró en la habitación.

—Es hora de irnos —fue lo único que dijo Simon antes de darse la vuelta y salir de la habitación.

—¿Es que nunca duermes? —le espetó Danny mientras se alejaba.

—Raramente, Sr. Pearson, raramente —llegó la respuesta de Simon desde las escaleras.

Mientras Danny bajaba las escaleras, un fuerte olor a gasolina le quemó las fosas nasales. Llegó al final y giró hacia la cocina, deteniéndose ante la visión de Tyson y Billy. Estaban sentados erguidos en las sillas de la cocina, con las manos atadas a la espalda y cinta adhesiva sobre sus bocas. Sus cabezas caían hacia delante y sus barbillas estaban pegadas al mar pegajoso de sangre carmesí que cubría sus pechos y goteaba hacia el charco en el suelo desde sus gargantas rajadas.

—¿Era realmente necesario? —dijo Danny a Simon, quien miraba a Tyson y Billy con indiferencia emocional.

—Completamente necesario, querido muchacho. Vieron mi cara, y oficialmente yo nunca estuve aquí. Sería inútil arrestarlos. Uno de los abogados de Delany los habría sacado en menos de una hora, y entonces Delany sabría que ibas a por él, y eso no podemos

permitirlo, ¿verdad? Cuando finalmente encuentren sus cuerpos, los relacionarán con el Sr. Delany y lo atribuirán a traficantes rivales, o a un castigo por traicionar a su jefe. Ahora, si fueras tan amable —dijo Simon, haciendo un gesto para que Danny le siguiera.

Ambos salieron de la casa hacia el camino de entrada, pasando junto a dos agentes vestidos de negro que estaban parados junto a la puerta trasera. No había señales del equipo de operaciones especiales de antes, solo dos coches esperando en la carretera de abajo, con las primeras luces del nuevo día iluminando el estuario detrás de ellos. El conductor del vehículo delantero abrió las puertas para Danny y Simon cuando se acercaron. Mientras el coche avanzaba suavemente, se produjo un gran estruendo de luz y calor cuando la casa de Delany se convirtió en un infierno en llamas, perfilándose la silueta de los otros dos agentes, iluminados por las llamas mientras bajaban por el camino hacia el segundo coche.

—¿Adónde vamos? —preguntó Danny.

—Al aeropuerto de Southend. Tengo un estupendo G5 esperando para llevarte a Alicante.

—¿No vienes tú?

—Dios mío, no. Un hombre encantador llamado Hugo Serrano te estará esperando cuando llegues. Es uno de los míos. Te llevará en coche y te conseguirá lo que necesites.

—¿Por qué no le encargas a él que mate a Delany? —dijo Danny con sarcasmo.

—Mmm, el Sr. Serrano tiene muchos talentos. Matar personas no es uno de ellos. Es un solucionador, no un asesino. Si necesitas una pistola, un cuchillo o explosivos, él te lo conseguirá. Si necesitas saber dónde está Delany, el Sr. Serrano conocerá a alguien que lo sabe.

Danny no se molestó en responder a Simon. Giró la cabeza y miró por la ventanilla del coche, perdido en sus pensamientos. El paisaje inglés pasaba velozmente por fuera, sus detalles se hacían más claros minuto a minuto mientras el sol se elevaba sobre el horizonte. Una hora más tarde, el coche se detuvo frente a la pequeña terminal del centro de jets privados, situada a un lado de la terminal principal del aeropuerto. Simon entró en el edificio delante

de Danny, sonriendo a la mujer trajeada que lo saludó calurosamente.

—Buenos días, querida, este es nuestro invitado VIP, el Sr. Pearson. Confío en que cuidará muy bien de él —dijo Simon, señalando hacia Danny.

—Por supuesto, le estábamos esperando, Sr. Pearson. Mi nombre es Pamela. Si desea acompañarme por aquí, le registraremos y le pondremos en camino —dijo ella, girándose para llevarlo a un mostrador de facturación.

—No tengo pasaporte, ni dinero, ni ropa —dijo Danny en voz baja a Simon mientras se acercaban al mostrador.

Antes de que Simon pudiera responder, el hombre del mostrador sacó un sobre con un pasaporte encima desde detrás del mostrador.

—Su asistente personal dejó su pasaporte, itinerario y equipaje de mano hace un rato, Sr. Pearson. Aquí está su tarjeta de embarque, y su bolsa ya está en el avión. La tripulación está lista y esperándole. Si desea seguir a Pamela, ella le acompañará a bordo.

—Eh, gracias —dijo Danny, girándose para seguir a Pamela mientras Simon se alejaba hacia la salida.

—Que tengas un buen viaje de negocios, Daniel —dijo por encima del hombro sin mirar atrás.

Pamela condujo a Danny fuera de la terminal y a través de la pista hasta un reluciente Gulfstream G5 blanco. Dos azafatas, el piloto y el copiloto le saludaron cuando entró en el avión.

—Buenos días, señor. Si desea tomar asiento, tenemos una franja de despegue en unos quince minutos. Una vez que estemos en el aire, Sandy y Rachael atenderán todas sus necesidades.

—Genial —dijo Danny, sintiéndose incómodo por la atención. Se trasladó a la zona de asientos con sus ocho cómodos asientos de cuero color crema y un gran sofá, reconociendo su vieja y desgastada bolsa de viaje de casa apoyada en un lado del sofá. Cogiéndola, Danny se hundió en uno de los súper cómodos asientos de cuero y miró en su interior. Sus vaqueros, algunas camisetas, ropa interior y neceser estaban dentro. Dejó la bolsa y abrió el sobre del itinerario para encontrar dos fajos de mil euros en efectivo y un teléfono móvil con el nombre y número de Hugo Serrano en una

nota adhesiva pegada en la parte frontal. El rostro de Danny se tensó mientras rechinaba los dientes. El pasaporte, el sobre y la bolsa reforzaban la sensación de que Simon le había manipulado una vez más.

—¿Puedo ofrecerle algo, señor? —dijo la azafata que llevaba una placa con el nombre de Sandy.

—Sí, tomaré un whisky grande con hielo —dijo Danny, sintiendo que crecía su necesidad de un trago fuerte mientras recordaba los acontecimientos de la noche.

CINCUENTA Y CUATRO

Simon permaneció en el aparcamiento justo el tiempo suficiente para ver cómo el Gulfstream G5 se elevaba en el aire.

—De vuelta a Whitehall, por favor, Trevor —le dijo a su conductor.

—Muy bien, señor.

Mientras avanzaban por la A127 en dirección a Londres, Simon marcó un número y se llevó el teléfono a la oreja.

—Simon.

—Buenos días, señor. Disculpe la hora temprana, pero pensé que le gustaría saber que nuestro hombre está en el aire.

—Gracias a Dios. Más le vale matar a Delany esta vez. No necesito otro fracaso, Simon.

—Con todo respeto, Ministro, considerando el escaso tiempo que nos dio para organizar el último intento de neutralizar a Delany, me sorprende que saliera tan bien. Infiltrar a mi agente en casa del señor Delany como su novia ya fue bastante difícil, sin contar con la adquisición del pendrive para atraerle fuera del país hasta Benidorm. Y no olvide que todo esto tenía que coincidir con la visita del señor Pearson y sus amigos. De hecho, si Alonzo Acosta no hubiera secuestrado al señor Miller y a mis dos agentes, lo más probable es que hubieran conseguido manipular al señor Pearson para que

matara a Delany, en lugar de llegar a un acuerdo con él por su seguridad.

—Bueno, sí, supongo que sí.

—Dicho esto, es gracias a la participación del señor Miller que ahora tenemos la influencia y motivación para que nuestro hombre mate al señor Delany mientras mantenemos total negabilidad sobre cualquier implicación de la agencia.

—Sí, eso fue muy fortuito para nosotros. ¿Estás seguro de que Delany se dirige a España?

—Sí señor. El señor Pearson obtuvo la información de dos de los hombres de Delany, y lo confirmamos cuando los interrogamos nosotros mismos. Va a ver a Samuel Méndez antes de viajar a Sudán. No sabemos cómo piensa llegar allí, pero mi mejor suposición es que tomará un barco hacia Argelia o Libia y volará desde allí a Sudán sin temor a ser detenido —dijo Simon, sin pensar en el destino de Tyson y Billy.

—Bien, ¿y qué hay de tus dos agentes femeninas?

—Han sido reasignadas al extranjero por el futuro previsible.

—Muy bien. Solo hazme saber cuando esté hecho. Necesitamos cerrar este acuerdo de litio antes de que los chinos o los americanos se hagan con él.

—Sí, señor —dijo Simon, colgando.

Se recostó en su asiento, cerró los ojos y dejó escapar un largo suspiro.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Trevor, con los ojos fijos en Simon a través del retrovisor.

—Bien, gracias, Trevor. Solo ha sido una noche larga, eso es todo.

—Tendremos que hacer una parada rápida para repostar, señor.

—Mejor eso que tener un coche eléctrico —murmuró Simon para sí mismo.

—¿Perdón, señor?

—Está bien, Trevor.

CINCUENTA Y CINCO

—¿A dónde vamos? —dijo Delany, despertando sobresaltado al ver que pasaban junto a las señales de Benidorm.

—El señor Méndez pensó que sería más seguro no ir al club o a su villa. Debemos llevarle a una finca de cítricos que posee un amigo suyo en las afueras de Altea. Llegaremos en breve —dijo Arlo.

—¿Está Méndez allí?

—No, el señor Méndez se reunirá con usted más tarde. Tiene que ocuparse primero de algunos asuntos.

Delany observó el reflejo de Arlo en el espejo retrovisor con sospecha paranoica, deslizando la mano dentro de la bolsa para apoyarla sobre la pistola Glock oculta a la vista. Finalmente relajó el agarre, aceptando lo que Arlo dijo cuando vio la indiferencia relajada en el reflejo de Arlo en el espejo retrovisor. Quince minutos después, Arlo se desvió de la carretera principal hacia un largo camino de grava flanqueado por árboles. Avanzaron durante otra milla, escuchando tictacs y crujidos mientras los neumáticos lanzaban pequeñas piedras contra la parte inferior de los pasos de rueda como diminutas balas disparadas por un arma.

El camino finalmente desembocó en una entrada de grava más amplia, iluminada por las luces provenientes de una casa de campo tradicional de estilo hacienda con paredes blancas. La mano de Delany encontró de nuevo la culata de su pistola cuando la puerta principal se abrió, relajándose al reconocer a un par de hombres de

Méndez. Arlo y Javier salieron y saludaron a los hombres en español mientras se acercaban a la puerta. Delany salió un momento después, con la Glock de su bolsa ahora metida en la cintura de la parte trasera de sus pantalones, oculta bajo su chaqueta.

—Bienvenido, señor Delany, por favor, pase. Tenemos comida si tiene hambre, o elija un dormitorio si está cansado después de su viaje —dijo el hombre de Méndez.

—¿Dónde está Méndez? —le espetó Delany.

—El señor Méndez tuvo que visitar a sus socios comerciales en Barcelona. Dijo que era para traer el paquete que usted necesitaba para su visita a Sudán. Volverá más tarde hoy.

Delany no se movió durante unos segundos, luego se alejó del tipo sin decir palabra, llevando su bolsa escaleras arriba hacia los dormitorios. Arlo y Javier lo vieron marcharse. Arlo se encogió de hombros antes de dirigirse a la cocina.

—Bueno, yo voy a comer. Estoy muerto de hambre.

Arriba, Delany miró un par de habitaciones antes de elegir un dormitorio grande con una cama king-size contra la pared opuesta, de cara a la puerta. Cerró la puerta y arrastró la silla junto al tocador para atrancarla bajo el pomo de modo que nadie pudiera entrar. Colocando la bolsa a un lado de la cama, sacó la pistola y la dejó junto a la bolsa. Exhausto y mentalmente agotado, Delany se tumbó completamente vestido y se quedó dormido, con la mano derecha descansando suavemente sobre el arma a su lado.

CINCUENTA Y SEIS

Después de un muy necesario sueño de dos horas en el avión, la azafata despertó a Danny para decirle que aterrizarían en breve. Bostezó y se estiró, con las articulaciones doloridas y crujiendo tras las tensiones y el estrés de los últimos días. El jet tocó la pista con la más ligera de las tomas de contacto y rodó lejos de la terminal principal utilizada por las grandes compañías de aviación que transportaban hordas de turistas con paquetes vacacionales. Se detuvo fuera de la Terminal de Aviación General dedicada a los jets privados. Los motores se apagaron y la azafata abrió la puerta dejando entrar una ráfaga de aire cálido a pesar de que era temprano por la mañana. Danny salió con su bolsa y dio las gracias a la tripulación mientras descendía. Un hombre excesivamente sonriente con traje gris le saludó al pie de las escaleras.

—Buenos días, señor, confío en que haya tenido un buen vuelo —dijo, ofreciéndole la mano para estrecharla.

—Eh, sí, ha estado genial, gracias —respondió Danny, estrechándole la mano rápidamente mientras continuaba caminando hacia la terminal.

—Excelente, me llamo Milo. Soy el director ejecutivo de relaciones con el cliente —dijo el hombre, apresurando sus pasos para mantenerse a la altura de Danny—. Señor, señor, me han indicado que le informe de que el jet permanecerá aquí a su

disposición hasta la medianoche de hoy. Si llega después de esa hora, tendrá que hacer sus propios arreglos de viaje.

Danny se detuvo en seco y se giró, con el rostro tan duro como la piedra y una mirada que podría matar. —Medianoche —gruñó.

—Sí, señor —dijo Milo, manteniéndose fuera del alcance del brazo debido a la mirada de Danny.

—Medianoche, jodidamente maravilloso. Se supone que me caso a las once de la mañana de mañana —murmuró Danny, girándose para entrar en la terminal.

Tras un control de seguridad muy informal, Danny salió del pequeño edificio de la terminal hacia la acera junto a la zona de descarga. Una pareja vestida con ropa de diseñador estaba subiendo a una lujosa furgoneta delante de él. El chófer cerró la puerta lateral y se subió al asiento del conductor. Arrancó y se alejó con el vehículo suavemente, abriendo la vista hacia el aparcamiento más allá. Un hombre bajo, desaliñado y con sobrepeso estaba en el centro con los brazos extendidos y una amplia sonrisa en su rostro.

—¡Eh, señor Pearson, bienvenido a España, *hombre*, ¿quieres ir a desayunar? ¿Un café? ¿Algo más fuerte? —gritó Hugo, abriendo la puerta del pasajero de un viejo Volvo para él.

—Simplemente entra en el maldito coche, Hugo —dijo Danny malhumorado, lanzando su bolsa en la parte trasera mientras entraba y cerraba la puerta de golpe.

—Vale tío, así que no eres una persona mañanera, no hay problema. Puedes mirarme comer —dijo Hugo alegremente, arrancando el coche y haciendo crujir las marchas al poner la marcha atrás para salir del aparcamiento.

—¿Dónde está Delany? —dijo Danny, ansioso por hacer el trabajo para poder largarse de allí y volver al Reino Unido.

—No lo sé —dijo Hugo encogiéndose de hombros, metiendo bruscamente la primera marcha y saliendo del aparcamiento.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes? Es tu trabajo saberlo.

—Quiero decir que no lo sé. No está en el Club Desire ni en la villa de Méndez. El hombre de confianza de Méndez, Arlo Hernández, y Javier salieron del club ayer a toda prisa y no se les ha visto desde entonces. En cuanto al propio Méndez, está en Barcelona por

negocios. Delany todavía estaba en Inglaterra ayer, así que supongo que Arlo y Javier han ido a algún sitio a recogerle. Considerando la distancia desde el Reino Unido hasta aquí, probablemente aún no ha llegado. Puede que ni siquiera esté en España todavía. ¿Cómo sé esto? Porque estuve la mitad de la noche comprobándolo. Ahora, *señor*, tengo hambre, necesito desayunar, ¿vale? —dijo Hugo, entrando en la vía de acceso para incorporarse a la autopista hacia Benidorm.

Danny se dio cuenta de que estaba siendo un poco capullo y dejó a un lado su mal humor. —Un café y un desayuno inglés completo, nada de esa mierda de tapas en plato pequeño —dijo Danny con una sonrisa.

Hugo miró a Danny con expresión vacía antes de que su rostro se iluminara con una sonrisa. —Café y desayuno inglés completo, sin problema.

—Entonces, ¿cuál es tu historia, Hugo? No pareces uno de los agentes habituales de Simon.

—Era detective de policía en la brigada de narcóticos, veinte años en el cuerpo. Me acerqué demasiado a la organización de tráfico de cocaína de Samuel Mendez y Gregory Delany. Mandaron a Arlo Hernandez a entrar en mi casa mientras dormíamos. Mató a mi mujer y a mi hija de seis años. Recibí cinco disparos intentando detenerlo y me dejó por muerto.

—Joder, lo siento, tío. ¿Cómo es que no le condenaron por asesinato?

—Cuando salí del coma tres meses después y les dije que había sido Hernandez, mis compañeros lo arrestaron, pero luego tuvieron que soltarlo. Tenía testigos y grabaciones falsas de CCTV que lo situaban en el Club Desire toda la noche.

—¿Y ya está? ¿Se salió con la suya sin más? —dijo Danny, negando con la cabeza.

—Sí, eso y las pruebas forenses que mágicamente desaparecieron. Delany y Mendez tienen a varios agentes en nómina —dijo Hugo con un tono melancólico en su voz.

—¿Y qué te pasó a ti?

—Debido a mis lesiones me jubilaron, y después de varios meses dolorosos de rehabilitación, salí del hospital a una casa vacía y con una botella llena de alcohol. Después de semanas en una nebulosa de embriaguez, compré una pistola y me tambaleé hasta el Club Desire para matar a Hernandez, para matarlos a todos. Antes de llegar, dos hombres me agarraron y me metieron en la parte trasera de un coche con un hombre trajeado.

—Simon.

—Sí, Simon, me dijo que si entraba en el club, me matarían antes de avanzar tres metros. Tenía razón, estaba completamente borracho. Probablemente me habría disparado a mí mismo antes de acertar a uno de ellos. Me dijo que si le ayudaba, usando mis conocimientos locales y contactos adquiridos durante mis años en la policía, se aseguraría de que pagaran por lo que le hicieron a mi familia. Y aquí estás tú.

—Solo estoy aquí para matar a Delany —dijo Danny tajantemente.

—Tengo dinero, treinta mil euros, mata a Arlo Hernandez y son tuyos —dijo Hugo, desapareciendo de su rostro la sonrisa despreocupada.

Danny miró a Hugo, pero no dijo nada durante un buen rato. Su mente repasaba la historia y la oferta de Hugo.

—No soy un mercenario, ni un asesino a sueldo, Hugo. Estoy aquí porque Delany ha puesto precio a mi cabeza y la única forma de quitármelo de encima es matarle para poder seguir con mi vida —dijo Danny finalmente.

—Al menos tú tienes una vida con la que seguir. Hernandez acabó con la mía cuando se llevó a mi mujer y a mi hija —dijo Hugo secamente.

—No aceptaré tu dinero. Pero te prometo que, si Arlo Hernandez intenta impedir que mate a Delany, lo mataré.

—Gracias, amigo mío. Tendré que conformarme con eso.

El viaje cayó en un silencio incómodo durante un rato.

—Simon dijo que puedes conseguirme lo que necesito para el trabajo —dijo Danny, rompiendo finalmente la tensión en el coche.

—En la guantera —dijo Hugo, recuperando su sonrisa.

Danny abrió la guantera. Un surtido de pistolas y cargadores de repuesto se desplazaron hacia delante.

—Vale, esperaba poder liquidarlo desde la distancia con un rifle, un AR-15, M4 o M16 con miras Razor o EOTech —dijo Danny, cerrando la guantera.

—Asiento trasero —dijo Hugo sin apartar los ojos de la carretera.

Danny se giró de lado y miró la gruesa manta estampada en el asiento trasero. Movió su mochila a un lado y levantó la manta para ver un fusil de asalto AR-15 con camuflaje desértico, equipado con miras Vortex Razor.

—Al menos podrías haberlo metido en el maletero —dijo Danny, bajando la manta.

—No es buena idea, no hay espacio en el maletero —dijo Hugo con una sonrisa.

—¿Por qué? ¿Qué hay en el maletero? —dijo Danny, con su curiosidad despertada.

—Solo algo que tuve que recoger de camino al aeropuerto. No te preocupes, todavía está dormido. Primero iremos a desayunar —dijo Hugo, saliendo de la autopista en la salida hacia Benidorm.

—¿Dormido? ¿Qué? ¿Quién está dormido?

—Uno de los tipos de Mendez, Mateo Guilar, le inyecté ketamina cuando salía de su apartamento. Pasará otra hora antes de que despierte y esté en condiciones de responder sobre dónde está Delany.

Danny miró el asiento trasero como si pudiera ver a través de él hacia el maletero, y luego miró a Hugo. «Ahora entiendo por qué Simon te eligió».

CINCUENTA Y SIETE

Hugo llevó a Danny a una cafetería-bar inglés en las afueras de Benidorm, aparcando el viejo Volvo en la calle para poder vigilarlo desde la mesa exterior.

—¿Crees que estará bien ahí dentro? —dijo Danny, alzando la mirada para sentir el calor del sol matutino que ascendía.

—Tal vez sí, tal vez no —dijo Hugo, encogiéndose de hombros con indiferencia emocional antes de hacerle un gesto al camarero.

Pidieron dos desayunos abundantes y mucho café al camarero, quien resultó ser de Enfield, al norte de Londres. La inyección de comida y el golpe de cafeína de varios cafés alejaron la fatiga de Danny provocada por la falta de sueño, permitiendo que regresara la claridad mental. Mientras el camarero dejaba la cuenta sobre la mesa, unos golpes sordos y gritos ahogados emanaron del maletero de Hugo, haciendo que los tres giraran la cabeza hacia el coche. Danny agarró la muñeca del camarero con una presa férrea, provocando que el hombre bajara la mirada con pánico.

—Esto es por la comida, y esto es para ti. No has oído nada, ¿vale? —dijo Danny, metiendo ciento cincuenta euros en el bolsillo superior del camarero mientras lo miraba fijamente a los ojos.

—Gracias, que tengáis un buen día, chicos —dijo el hombre, haciendo un gesto afirmativo a Danny antes de darse la vuelta y entrar para ocuparse de sus asuntos.

—Es hora de llevar a nuestro amigo a un sitio tranquilo para charlar —dijo Hugo, aparentemente sin inmutarse por el ruido que procedía de su maletero.

Se levantaron y fueron hacia el coche. Hugo golpeó el maletero y gritó: «Cállate ahí dentro», mientras caminaba hacia el lado del conductor y se metía en el vehículo.

Arrancaron entre una nube de humo diésel y se dirigieron de nuevo hacia las afueras de Benidorm.

—¿Adónde vamos? —dijo Danny.

—A las afueras, hay una urbanización que se quedó sin dinero. Muy tranquilo, no hay nadie alrededor —respondió Hugo.

Diez minutos después subían por las colinas antes de girar hacia un camino de acceso irregular. El asfalto terminaba, dejando que el coche avanzara ruidosamente por una superficie compacta de zahorra que discurría entre una hilera de esqueletos de hormigón de lo que iban a ser villas de lujo, con vistas panorámicas de Benidorm y el mar más allá.

—Pásame una pistola —dijo Hugo, señalando la guantera.

Danny le pasó una y cogió otra para él mismo. Ambos salieron del coche y caminaron hacia el maletero.

Cuando lo abrieron, Mateo Guilar levantó las manos frente a su cara, parpadeando cegado por la repentina luz solar, con la confusión y el miedo escritos en todo su rostro y una mancha de orina oscureciendo sus pantalones.

—¡Hijo de puta, has meado todo mi coche! Debería pegarte un tiro aquí mismo —gritó Hugo en rápido español, apuntando con su pistola a Mateo para aumentar la intimidación.

A medida que los ojos de Mateo se adaptaban a la luz, miró de Hugo a Danny, su rostro cambiando de la confusión al miedo cuando el reconocimiento hizo efecto.

—Por favor, no me matéis, no soy nadie. Solo hago recados para Méndez —suplicó Mateo en un inglés entrecortado.

Metiendo la pistola en la parte trasera de sus pantalones, Danny alcanzó y sacó a Mateo limpiamente del maletero, dejándolo caer dolorosamente sobre la superficie áspera y pedregosa. Mateo gimió y rodó hacia un lado, levantando la mirada justo a tiempo para ver el

puño de Danny precipitándose hacia su cara. El dolor retumbó en su cabeza cuando los nudillos de Danny hicieron contacto con su pómulo magullado y fracturado.

—Tienes una oportunidad y solo una, dime dónde está Delany o te mato, aquí y ahora —gruñó Danny, sacando la pistola de sus pantalones y tirando de la corredera para cargar una bala antes de empujar el cañón bajo la barbilla de Mateo.

—Espera, espera, no sé dónde está, por favor.

—Piensa en tu madre, Mateo, cómo se va a sentir. Te va a disparar en la cara si no nos das algo. Tendrán que enterrarte con el ataúd cerrado —dijo Hugo, agachándose para hablarle suavemente al oído a Mateo.

—Juro que no sé dónde está.

—Mátalo, no nos sirve para nada —dijo Hugo, poniéndose de pie con aparente indiferencia sobre si Mateo vivía o moría.

Danny siguió el juego y extendió el brazo para que Mateo tuviera que mirar a lo largo del cañón de la pistola y suplicarle que no apretara el gatillo.

—No sé dónde lo está escondiendo Méndez, pero sé quién lo sabe —dijo Mateo, con lágrimas corriendo por sus mejillas mientras se acobardaba en el suelo, esperando una bala y el fin en cualquier momento.

—Suéltalo ya, y sabré si estás mintiendo —dijo Hugo, volviendo al español.

—Ayer, antes de que Méndez saliera para Barcelona, hizo que el chef preparara comida para la llegada de Delany. El chef mandó a Esteban, el ayudante de cocina, a entregarla. Esteban sabe dónde están llevando a Delany —soltó Mateo tan rápido como pudo.

—¿Cómo es este chaval y dónde lo encontramos? —dijo Hugo, haciendo un pequeño gesto a Danny, que no había entendido ni una palabra de lo que habían dicho, para hacerle saber que estaban progresando.

—Es un chico alto y flaco con pelo oscuro hasta los hombros. Estará ya en el club, preparando la comida antes de que llegue el chef —dijo Mateo a través del dolor de su cabeza, con el ojo ennegrecido y ya hinchándose.

—Tenemos que ir al club. El ayudante de cocina, un tipo llamado Esteban, llevó comida a donde sea que estén escondiendo a Delany —dijo Mateo, volviéndose hacia Danny.

—¿Qué hacemos con él? —dijo Danny, mirando el cuerpo gimoteante de Mateo.

—No sé, tío, ¿quieres, ya sabes, pum pum? —dijo Hugo, haciendo el gesto de disparar con su pistola.

—No, no quiero hacer pum puñetero pum. Te lo dije, no soy un asesino. Este idiota no es ninguna amenaza para mí —dijo Danny, irritado.

—Vale, vale —respondió Hugo, guardando su pistola en la cintura antes de buscar en su bolsillo para sacar un par de esposas—. Llévalo a la sombra y lo esposaremos a una de las varillas de refuerzo. Nadie viene por aquí. Volveré a soltarlo cuando hayamos terminado.

Arrastraron a Mateo hasta una de las villas esqueléticas y lo esposaron bajo las escaleras de hormigón que subían al primer piso. De vuelta en el coche, Hugo cogió una botella de agua de la parte trasera y la dejó con Mateo antes de hacer girar el coche en una nube de polvo y dirigirse de nuevo hacia Benidorm.

CINCUENTA Y OCHO

Los ojos de Gregory Delany se abrieron de golpe, su mano ya aferrando la pistola junto a él mientras su corazón latía con fuerza. Se incorporó, la sobrecarga de los acontecimientos de los últimos días nublaba temporalmente su mente haciéndole cuestionar dónde demonios se encontraba. Segundos después, todo avanzó rápidamente como una grabación acelerada hasta su llegada la noche anterior. Parpadeando para ahuyentar el sueño, miró su reloj, sorprendido de ver que era pasado el mediodía. Se levantó de la cama, la enormidad de lo que había perdido golpeándole mientras miraba por la ventana de la hacienda hacia los naranjales. Delany nunca había sido alguien que se regodeara en la autocompasión; planeaba presionar duramente a Omar Al Nuran para que le suministrara más cocaína, con la promesa de más financiación para su grupo paramilitar, el RSF. Con Mendez y Ken trabajando la red de distribución al límite mientras él se sometía a cirugía plástica y conseguía una nueva identidad en Sudáfrica, Delany podría regresar al Reino Unido triunfante como el rey de la cocaína con un nuevo nombre y una nueva cara. Se refrescó en el baño de la suite y bajó las escaleras, todavía aferrado a su bolsa y con la pistola metida en la parte trasera de sus pantalones. Cuando entró en la cocina, Mendez y Arlo estaban sentados a la mesa mirándole.

—Me alegra verte sano y salvo, Gregory —dijo Mendez, levantándose para estrechar la mano de Delany.

—¿Conseguisteis el dinero? —dijo Delany, ignorando las cortesías.

—Un millón quinientos mil —dijo Mendez, girando la cabeza y asintiendo hacia dos grandes bolsas de lona en la esquina.

Delany sonrió por primera vez en días. —Bien, ¿y el yate de Nazim a Béjaïa?

—Nazim debería llegar al puerto deportivo de Altea en cualquier momento. Tengo hombres esperando para recoger nuestro cargamento de cocaína, y él tendrá que repostar antes de que os marchéis. Deberíais estar listos para partir alrededor de las seis.

—¿Puedo fiarme de Nazim? —dijo Delany, con sus ojos fijos en el millón y medio de euros que descansaban en las bolsas de lona en la esquina.

—Totalmente, ha estado trayendo nuestros cargamentos durante los últimos dos años, sin problemas, y enviaré a Arlo contigo hasta que subas al avión hacia Béjaïa —dijo Mendez, ofendido por la falta de confianza de Delany.

Delany miró a Arlo como si fuera mierda de perro que acababa de pisar. —Tú, tráeme café y algo de comer —dijo, solo para provocar a Arlo.

Los ojos de Arlo ardieron de rabia al ser tratado como el perrito de Delany, pero conocía su lugar y caminó hacia el hervidor sin decir nada.

—Necesitamos hablar sobre qué hacer con la fábrica de helados. Ahora que las autoridades sospechan, necesitamos otra planta de empaquetado —dijo Delany, volviendo su atención a Mendez.

—Está todo controlado, pero va a costar.

—¿Cuánto? —dijo Delany, frunciendo el ceño.

—El hombre que fui a ver en Barcelona tiene una fábrica que podemos usar. Puso la mitad del dinero allí a cambio del diez por ciento del beneficio. Mis hombres están equipando la fábrica mientras hablamos; la única diferencia es que tendremos que entregar el helado desde aquí antes de reempaquetarlo.

—Diez por ciento de tu parte —dijo Delany, más como una afirmación que como una pregunta.

—Por supuesto —respondió Mendez con calma.

—Bien. Dejé a Ken al mando allí mientras estoy fuera; estamos cambiando las casas de seguridad y las rutas de suministro como precaución. Quiero duplicar el suministro para cuando regrese.

—¿Cuánto tiempo crees que será? —dijo Mendez, recostándose mientras Arlo golpeaba una taza de café sobre la mesa seguida de un plato con carnes y panes antes de salir de la habitación.

—Dos, quizá tres meses, lo que tarde en sanar la cirugía plástica.

Mendez asintió sin comentarios, recostándose sumido en sus pensamientos mientras Delany comía y bebía su café.

CINCUENTA Y NUEVE

—¿Cómo vas a sacar a este Esteban de ahí para que podamos interrogarlo? —dijo Hugo, mientras ambos permanecían sentados en el coche aparcado observando el Club Desire. Incluso con las ventanillas bajadas, los dos hombres sudaban incómodos bajo el sol del mediodía.

—Ni puta idea. Este chaval entra antes que el chef, ¿no?

—Eso dijo Mateo.

—Bueno, no tengo tiempo para tonterías. Tendré que ir a por él directamente. El club no abre al público hasta dentro de unas horas, así que con suerte solo estarán este Esteban y algún camarero o limpiador —dijo Danny, más para convencerse a sí mismo que por otra cosa.

—Plan excelente. Te espero aquí, amigo mío. Buena suerte —dijo Hugo con una sonrisa.

Danny se limitó a mirar a Hugo y suspiró. —Genial, gracias —respondió, empujando la puerta y dirigiéndose hacia la parte trasera del club.

El patio trasero estaba vacío, excepto por la furgoneta que seguía aparcada en el mismo lugar que antes. La puerta de emergencia trasera del club estaba bloqueada para mantenerla abierta, presumiblemente para dejar entrar algo de aire en la cocina. Cansado, irritado e impaciente, Danny sacó la pistola de la parte trasera de sus vaqueros y entró directamente por la puerta. El pasillo

estaba despejado mientras avanzaba hacia el interior. Ignorando las estrellas que bailaban frente a su visión mientras sus ojos se adaptaban desde la intensa luz solar exterior, Danny entró en la cocina y vio a un joven delgado que encajaba con la descripción de Esteban cortando verduras de espaldas a él. Danny avanzó rápidamente y colocó el cañón de la pistola en la nuca de Esteban.

—¿Hablas inglés? —preguntó.

—Sí, un poco, por favor no me hagas daño —dijo Esteban, levantando las manos a ambos lados.

—Nadie va a hacerte daño. Solo necesito que me sigas afuera para hablar contigo, ¿vale? Ahora, deja el cuchillo y retrocede conmigo hacia la puerta —dijo Danny, manteniendo la voz tranquila.

—Sí, vale —dijo Esteban, siguiendo las instrucciones de Danny.

Cuando retrocedía hacia la puerta, Danny chocó contra algo sólido. Antes de que pudiera girarse para ver qué era, la enorme mano del chef se extendió sobre él y agarró su pistola. El tirón del chef al arrancarle el arma de la mano accionó su dedo en el gatillo. La pistola se disparó, enviando una bala a través de la carne en la parte exterior del hombro de Esteban. Este gritó de dolor y retrocedió tambaleándose hacia la cocina.

Cientos de horas de entrenamiento y memoria muscular de su tiempo en combate entraron en acción. Danny se agachó y lanzó su codo hacia atrás contra los cojones de aquel montañoso hombre, incorporándose inmediatamente mientras echaba la cabeza hacia atrás para estrellar la parte trasera de su cráneo contra la cara del chef. Al oír la pistola repiquetear contra el suelo, Danny saltó hacia delante y se giró, esperando ver al chef cayendo al suelo. En lugar de mirar hacia abajo, tuvo que mirar hacia arriba para ver la cara del chef, que se contorsionaba con ira a través de la sangre que manaba de su nariz. Sus brazos, gruesos como troncos de árbol, se extendieron y dos manos del tamaño de platos agarraron a Danny por el cuello, levantándolo limpiamente del suelo. Incapaz de respirar y sintiendo que la cabeza estaba a punto de estallarle, Danny recurrió a su entrenamiento de defensa personal. Lanzó su brazo izquierdo hacia arriba y por encima de las muñecas del chef, impulsando la parte huesuda de su codo hacia abajo para doblar las

manos del chef hacia atrás hasta que el dolor le hizo soltar el agarre del cuello de Danny.

Cayendo sobre sus pies, Danny aspiró grandes bocanadas de aire en sus pulmones. Ignorando el mareo, lanzó una fulminante combinación de puñetazos a los riñones del chef antes de dar un paso adelante y propinar un codazo ascendente en la barbilla del chef. El golpe habría tumbado a un elefante, pero solo consiguió tambalearlo. El chef retrocedió y sacudió la cabeza antes de cargar contra Danny con un gruñido en la cara. Danny retrocedió, pero se detuvo cuando su espalda chocó contra una mesa de preparación de acero inoxidable. Extendió la mano hacia atrás y agarró lo primero que encontró. Con un movimiento rápido, Danny lo clavó dentro y fuera del pecho del chef. Su mano era un borrón hasta que se detuvo con el último golpe martilleando bajo la barbilla del chef. Danny lo soltó y retrocedió, dejando visible solo el mango del cuchillo de cocina de quince centímetros bajo la barbilla del chef. El gigantesco hombre cayó pesadamente de rodillas, con los ojos apagados y sin vida mientras se desplomaba hacia delante, golpeando sonoramente contra el suelo de la cocina. En el espacio donde había estado el chef, Danny vio a Esteban saliendo a toda velocidad por la puerta.

—Joder, lo que faltaba —dijo Danny, viendo su pistola caída y recogiéndola.

Saltando por encima del cadáver del chef, Danny se precipitó por la puerta tras el joven delgaducho. Sentado en el coche fuera, Hugo se enderezó de golpe en su asiento al ver a Esteban salir disparado desde detrás del club, corriendo como un poseso con el hombro ensangrentado y una expresión de terror en el rostro. Un segundo después, Danny salió tras él como una exhalación, con la pistola balanceándose en su mano cubierta de sangre.

—Hugo. El coche —gritó mientras corría calle abajo tras Esteban.

Hugo arrancó el coche y avanzó, girando bruscamente a la izquierda antes de volver a girar a la izquierda con un chirrido de neumáticos. Pisó a fondo el viejo Volvo, estirando el cuello para mirar por cada calle lateral hasta que divisó a Danny persiguiendo a su objetivo en la calle paralela.

Danny corría lo más rápido que podía, con los ojos fijos en su objetivo a treinta metros por delante. Pero Esteban era joven, delgado e impulsado por el miedo y la adrenalina. Por mucho que se esforzara, Danny no podía acortar la distancia entre ellos. Se giró para echar un vistazo rápido detrás de él, sorprendido de no ver al viejo Volvo a punto de adelantarle.

¿Dónde coño está Hugo?

Para empeorar las cosas, estaban corriendo hacia una zona más concurrida. Un grupo de chavales lanzó un grito borracho desde un bar cuando Esteban pasó volando por el medio de la calle. Danny rápidamente se metió la pistola en los vaqueros y la cubrió con la camisa, maniobra que le hizo perder otros cinco metros de ventaja con Esteban. Justo cuando pensaba que tendría que rendirse, el Volvo salió disparado de una calle lateral, hundiendo el capó cuando Hugo pisó los frenos, golpeando de lado las piernas de Esteban y haciéndole rebotar contra el capó hasta caer al suelo al otro lado del coche. Hugo saltó fuera y agarró a Esteban mientras este se retorcía gimiendo, arrastrándole al asiento trasero justo cuando Danny les alcanzó.

—¿Dónde. Coño. Has. Estado? —dijo Danny entre jadeos.

—¿Qué demonios ha pasado ahí dentro? —contestó Hugo, volviendo al asiento del conductor.

—Apareció el maldito chef —dijo Danny, aún sin aliento mientras saltaba a la parte trasera, agarrando a Esteban con una mano mientras le metía la pistola en la cara con la otra, mientras Hugo arrancaba tan rápido como el Volvo se lo permitía.

—No me mates —gritó Esteban, con lágrimas rodando por sus mejillas.

—Cállate de una puta vez un minuto —dijo Danny, sudando profusamente mientras intentaba recomponerse—. Vale, escúchame. Ayer llevaste comida a una casa para el señor Méndez. Necesito esa dirección.

—Si os la digo, me mataréis —gimoteó Esteban.

—Escucha, pedazo de mierda, tengo calor, estoy sudando, me falta el aliento y estoy de un humor de perros. Dime dónde está la casa y te dejaré en las afueras de la ciudad, ¿vale? No me lo digas, y

empezaré a apretar el gatillo hasta que lo hagas. *Comprende*? —gruñó Danny, apartando la pistola de la cara de Esteban para hacerle saltar cuando le clavó el cañón en la entrepierna.

—Vale, vale, te lo diré —soltó Esteban en un ataque de pánico.

SESENTA

—¿Ese el yate? —preguntó Delany por cuarta vez cada vez que Mendez había contestado a su teléfono.

Mendez continuó su torrente de español incomprensiblemente rápido mientras asentía en dirección a Delany. Al otro lado de la cocina, Arlo se levantó de su silla y se acercó a Javier. Se inclinó y le susurró algo al oído, y ambos se giraron y salieron de la habitación.

—Todo está bien. Nazim ha descargado el envío a mis hombres sin problemas. Ha enviado a algunos de sus chicos a conseguir suministros para el viaje de vuelta y está repostando el yate. Llamará cuando estén listos para partir. No debería tardar.

—Bien, estoy deseando irnos —dijo Delany, silenciado por el timbre del teléfono de Mendez.

—Lo siento, tengo que coger esto. Es del club —dijo Mendez, cortando a Delany para responder.

Mientras Delany esperaba impacientemente, el rostro de Mendez se descompuso. La expresión desapareció inmediatamente para ser reemplazada por un profundo ceño fruncido.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —exigió Delany.

—El chef está muerto. Alguien le ha clavado un cuchillo de cocina en el cerebro.

—¿Quién lo hizo? —dijo Delany, mirando automáticamente por las ventanas como si alguien lo estuviera vigilando.

—No lo saben. No hay cámaras en la cocina y el ayudante de cocina, Esteban, ha desaparecido.

—¿Qué, ese Esteban lo mató?

—No creo. Me dicen que Mateo tampoco se ha presentado a trabajar y nadie puede contactar con él. Creo que deberíamos llevarte al yate. Estarás seguro allí hasta que zarpe y yo pueda averiguar qué demonios está pasando.

—Vale, dile a ese inútil de Arlo que meta el dinero en el coche. Iré a por mi bolsa —dijo Delany.

—¡Arlo! —gritó Mendez hacia la puerta, mientras Delany cogía su bolsa de una de las sillas de la cocina.

Cuando Arlo no apareció, Mendez gritó de nuevo, con una expresión de frustración en la cara cuando seguía sin presentarse—. Debe estar fuera.

—Maldito inútil —dijo Delany enfadado.

Ambos hombres salieron por la puerta de la cocina hacia el vestíbulo principal, con su gran escalera que conducía a los dormitorios a su lado y la puerta principal frente a ellos. Arlo y Javier estaban a ambos lados de la puerta principal, con dos de los hombres de Mendez muertos a sus pies. Arlo había cortado la garganta de uno, y el rociado arterial pintaba zigzags en la pared blanca de yeso detrás de él. Javier había apuñalado varias veces al hombre que yacía a sus pies. Este gemía en el suelo mientras intentaba desesperadamente contener el flujo de sangre que se filtraba entre sus dedos.

—¿Qué coño estáis haciendo? —gritó Mendez en español.

—Ha habido un cambio de planes —respondió Arlo mientras él y Javier levantaban sus pistolas en dirección a Delany y Mendez.

SESENTA Y UNO

—¿Ves algo? —preguntó Hugo, tumbado boca abajo junto a Danny.

—No, no veo a nadie —dijo Danny, observando a través de la mira Vortex del rifle AR-15 las hileras de naranjos hacia la parte trasera de la hacienda.

—¿Dónde están todos? —murmuró Hugo.

—Quédate aquí, voy a echar un vistazo más de cerca —dijo Danny, levantándose. Movió la pistola de la parte trasera de sus vaqueros a la delantera para un acceso más rápido y se dirigió por la hilera de naranjos con el rifle en alto, el cañón moviéndose al unísono con su línea de visión.

—¿Cómo sabré si estás bien? —le gritó Hugo.

—Simplemente quédate aquí. Te llamaré al móvil —respondió Danny sin mirar atrás.

Hugo le observó hasta que llegó al final de la hilera de árboles. Se arrodilló mientras inspeccionaba las ventanas traseras de la hacienda en busca de movimiento a través de la mira del rifle. Segundos después se levantó, corriendo a toda velocidad a través de la hierba antes de saltar a la terraza. Cruzó hacia la parte trasera de la hacienda, aplastándose contra la pared junto a las puertas de la cocina. El sudor resbalaba por la cara de Hugo mientras veía a Danny asomar la cabeza para mirar dentro. Un segundo después abrió suavemente la puerta y se deslizó dentro, y luego nada. Hugo esperó los gritos y los disparos, pero no llegaron. Su mirada y

concentración eran tan intensas que dio un respingo cuando sonó su móvil.

—*Sí*.

—Será mejor que vengas a ver esto —dijo Danny, colgando sin decir más.

Hugo caminó hacia la hacienda, asomando tentativamente la cabeza por las puertas de la terraza para mirar dentro de la cocina vacía.

—¿Danny? —gritó, dando un paso dentro.

—Por aquí, en el vestíbulo.

Hugo siguió la voz de Danny para verle de pie entre dos cuerpos tendidos junto a la puerta principal. —¿Los has matado tú?

—¿Qué? Oh, no. Mira —dijo Danny, señalando con la cabeza hacia la escalera.

Al darse la vuelta, Hugo vio los cuerpos de Gregory Delany y Samuel Mendez tendidos en los escalones inferiores. Delany tenía una expresión de sorpresa en la cara y un agujero de bala en medio de la frente. Mendez yacía a su lado con varios agujeros de bala atravesando su camisa empapada de sangre.

—¡Dios mío! ¡Arlo! ¿Está Arlo aquí?

—No —dijo Danny, girándose de golpe al oír un gemido que venía del hombre en el suelo.

Agachándose, Danny le dio la vuelta. El hombre abrió los ojos y agarró el antebrazo de Danny. Dijo algo en español, burbujeando sangre de su boca mientras hablaba, hasta que se quedó en silencio y cerró los ojos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Danny a Hugo.

—Dice que Arlo les traicionó y se llevó el dinero. —Hugo se inclinó hacia delante—. ¿Adónde ha ido?

Cuando no contestó, Hugo le abofeteó la cara, obligándole a abrir los ojos de nuevo.

—¿Adónde ha ido Arlo? —le gritó Hugo.

—Al puerto deportivo de Altea, el yate de Nazim, El Ocean Blue. Arlo se dirige a Sudán para hacerse con toda la operación —el rostro del hombre se contrajo de dolor. Arqueó la espalda y exhaló su último aliento.

Incapaz de entender a Hugo y al hombre hablando en español, Danny se acercó y comprobó el pulso de Delany, solo para asegurarse de que estaba muerto. Con su objetivo resuelto, Danny miró su reloj y mentalmente empezó a planificar su viaje de vuelta al jet, volver a casa, dormir un poco antes de casarse.

—Arlo navega hacia África para hacerse con toda la red. Tenemos que detenerlo —dijo Hugo, acercándose a Danny.

—Lo siento, Hugo, no es mi lucha, ya he terminado, amigo. Delany está muerto y soy libre para seguir con mi vida —dijo Danny, bajando la mirada para ver el rostro abatido de Hugo.

—Arlo es un hombre malvado, peor de lo que jamás fueron Delany o Mendez. Si toma el control, muchos más morirán por su mano, y muchísimos más por sus drogas. No quiero que nadie más pase por lo que yo pasé. Te vas a casar, ¿verdad? Quizás algún día tendrás hijos. Espero que nunca tengas que ver morir a tu mujer y a tu hijo.

—Hugo. —Antes de que pudiera decir nada más, los recuerdos y emociones de las muertes de su primera esposa e hijo, asesinados por el psicópata Nicholas Snipe, le ahogaron y todo lo que pudo hacer fue quedarse de pie mirando a Hugo.

—Bien, dame entonces el rifle y la pistola. Quizás ha llegado por fin el momento de que me levante y mate al hombre que arruinó mi vida —dijo Hugo, con una determinación férrea apoderándose de él mientras cogía el rifle de Danny.

Danny permaneció de pie, indeciso, mirando al hombre bajo y rechoncho que sostenía torpemente el rifle sin tener ni idea de lo que hacía.

Por el amor de Dios, va a conseguir que lo maten antes de acercarse siquiera a Arlo.

Danny miró su reloj otra vez, y luego a Hugo que accidentalmente había dejado caer el cargador al suelo.

Márchate ya, vete a casa, cásate. Que le den a Hugo, no le debo nada.

Pero no podía. Su empatía por el hombre que había perdido a su familia y su odio hacia hombres como Arlo le obligaron a escoger la única opción con la que podría vivir.

—Dame eso aquí antes de que te vueles las pelotas —dijo finalmente Danny con una sonrisa—. Vamos, no te quedes ahí parado. Trae el coche para que puedas llevarme a ese maldito yate.

El rostro de Hugo se iluminó. Le dio una palmada en la espalda a Danny antes de dirigirse hacia la puerta principal de la hacienda.

—¡Y date prisa, tengo que estar en ese avión antes de medianoche! —le gritó Danny. Observó cómo Hugo corría a por el coche desde el camino rural al otro lado de los naranjos.

¿Qué demonios estás haciendo, pedazo de idiota? Esto es una idea realmente mala.

SESENTA Y DOS

—Ah, amigo mío, ¿todo ha salido bien, verdad? —dijo Nazim desde la cubierta superior de su yate de lujo de 30 metros.

—Tal como te dije que saldría. ¿Estamos listos para zarpar? —respondió Arlo, sonriendo mientras levantaba la bolsa de dinero mientras subía por la pasarela, con Javier siguiéndole con la otra bolsa.

—Pronto, solo estoy esperando a que mis hombres vuelvan con los suministros para el viaje. No tardarán mucho. Venid, brindemos por una nueva era. Tengo una botella de champán en hielo dentro.

—Antes tengo que hacer una llamada. Aquí, llevad el dinero abajo con vosotros. Estaré allí en un minuto —dijo Arlo, entregando su bolsa a Nazim antes de volverse hacia Javier—. No pierdas de vista el dinero —susurró. Javier asintió antes de seguir a Nazim al interior.

En cuanto desaparecieron de su vista, Arlo hizo su llamada.

—¿Está hecho? —sonó la voz de Kenneth Gambit.

—Sí, Ken, Delany y Mendez están muertos. Ahora dirigimos la mayor red de contrabando de drogas de Europa.

—Excelente, ¿y tu reunión con Omar Al Nuran está todo preparada? —dijo Ken.

—Todo preparado. Ha dicho que está deseando hacer negocios con nosotros y nos ha agradecido nuestra generosa donación a las RSF.

—Me alegra que le guste. Era hasta el último céntimo que tenía —refunfuñó Ken.

—No te preocupes, amigo mío, pronto eso te parecerá calderilla.

—Esperemos que así sea. Ten cuidado. Llámame después de la reunión —respondió Ken, terminando la llamada.

Arlo se quedó en la cubierta, levantando la mano para protegerse los ojos del sol poniente. Miró lentamente alrededor del puerto deportivo. Aparte de unos tipos botando sus motos acuáticas desde la playa justo fuera del puerto, nada le llamó la atención como para alarmarse. Con una sonrisa en la cara, se dio la vuelta y entró en la cubierta principal. El yate rezumaba la riqueza y el lujo que Arlo llevaba mucho tiempo planeando para sí mismo. Nazim y Javier estaban sentados en los suaves sofás de piel blanca en la zona del salón mientras uno de los hombres de Nazim salía de la cocina para servir champán frío.

—No está mal, ¿eh? Subamos al puente mientras esperamos a que vuelvan mis hombres —sonrió Nazim, levantando una copa hacia Arlo.

—Nada mal, quizá tenga que conseguirme uno de estos —respondió Arlo sonriendo también, cogiendo una copa del camarero.

—Por una asociación muy rentable —dijo Nazim, alzando su copa hacia los demás.

SESENTA Y TRES

—¿Qué hacemos cuando los encontremos? —dijo Hugo, con los nervios reflejados en su voz.

—Tú pégate a mi espalda como una lapa. Si alguien viene a por ti mientras me ocupo de lo que tengo delante, dispara primero y pregunta después. ¿Puedes hacer eso, Hugo? —dijo Danny, con voz baja y tranquila mientras dejaba de revisar las dos pistolas para mirar a Hugo y esperar su respuesta.

—Sí, puedo hacerlo. Lo haré —dijo Hugo, apartando los ojos de la carretera por un segundo para mirar a Danny.

—Buen chico. Ahora, ¿dónde está ese puerto deportivo?

—Está justo al final de la playa. Mira, allí delante, puedes ver la parte superior de los mástiles —dijo Hugo, señalando hacia delante mientras giraba hacia el paseo marítimo con la playa de La Roda a su izquierda.

Danny miró hacia delante para ver los mástiles. La vista del puerto deportivo seguía oculta por un muro que se curvaba frente al puerto, protegiéndolo de las mareas bravas. Dos personas en motos acuáticas disfrutaban de la diversión del atardecer antes de que se pusiera el sol, haciendo zigzag cerca del muro. Danny y Hugo pasaron junto a ellos y aparcaron el coche frente a las filas de yates de diferentes tipos y tamaños amarrados a los largos embarcaderos que se adentraban en el puerto.

—Mierda, ¿cómo se llamaba el yate? —dijo Danny, saliendo del coche y mirando hacia el puerto.

—El Ocean Blue —dijo Hugo, saliendo por el otro lado del coche.

—El Ocean Blue, el Ocean Blue —murmuró Danny repetidamente, mientras sus ojos recorrían las filas de barcos.

—¿Lo ves?

—No —dijo Danny, haciendo una pausa mientras miraba hacia donde el puerto se abría al mar, con el ceño frunciéndose repentinamente en su frente—. Espera, eh, joder, joder. —La cabeza de Danny giró bruscamente mientras miraba hacia la playa al otro lado del muro del puerto.

—¿Eh? —dijo Hugo, desconcertado.

—Consigue una embarcación —dijo Danny, echando a correr a toda velocidad.

—¿Conseguir qué?

—¡Consigue una puta embarcación y sigue eso! ¡El maldito Ocean maldito Blue! —gritó Danny entre jadeos, señalando con el brazo al yate Ocean Blue que salía del puerto.

—Ah, claro, mierda, conseguir una embarcación, sí, eh, conseguir una embarcación. Pero ¿adónde demonios va? —dijo Hugo, siguiendo con la mirada la dirección que señalaba Danny hasta que vio el Ocean Blue abandonando el puerto, lo que le hizo entrar en acción, girando la cabeza de un lado a otro antes de correr hacia los barcos amarrados.

Danny corrió a toda velocidad cruzando la carretera que bordeaba el rompeolas del puerto. Saltó sobre un muro bajo de hormigón en el lado opuesto y siguió corriendo por su parte superior mientras miraba más allá de las rocas de granito apiladas que servían como defensa marítima hacia el tranquilo mar Mediterráneo azul. Al localizar su objetivo, Danny saltó del muro, rebotando de un pie a otro mientras se precipitaba precariamente por las enormes rocas de granito antes de lanzarse contra el conductor de la moto acuática cuando éste se dirigía de vuelta hacia la playa. Con los brazos extendidos, Danny le golpeó con un fuerte placaje de hombro, derribándolo limpiamente de la moto acuática. Mientras el tipo se agitaba en el agua, conmocionado, sin aliento y dolorido,

Danny se subió a la moto acuática y aceleró a fondo. La parte delantera de la moto se elevó sobre el agua mientras ganaba velocidad, siguiendo el exterior del muro del puerto hacia la bocana, con sus ojos fijos en la parte superior de las tres cubiertas del Ocean Blue apenas visibles por encima del muro mientras salía del puerto por el otro lado.

Inclinándose, Danny dobló la esquina al final del muro del puerto, rebotando violentamente sobre la estela del yate mientras cruzaba por su popa. Cuando la moto acuática saltó fuera del agua por una ola, Danny aprovechó el impulso ascendente para saltar a la plataforma de baño en la parte trasera del yate. Al aterrizar rodando, Danny se aplastó contra el brillante casco blanco de fibra de vidrio, oculto a la vista por una pequeña lancha de casco sólido que colgaba de un pescante abatible sobre su cabeza. Al ver un conjunto de escalones que subían más allá de la lancha a ambos lados, Danny buscó su pistola, maldiciendo al darse cuenta de que la había perdido al derribar al hombre de su moto acuática. Maldijo de nuevo cuando oyó que los motores aceleraban y vio que la estela se volvía más turbulenta al aumentar la velocidad del yate.

Sintiendo urgencia, Danny subió por los escalones hasta que pudo ver la cubierta principal. El espacio exterior bajo la cubierta del puente, con una gran mesa de comedor y un bar, estaba vacío, al igual que el espacio del salón visible a través de las puertas de cristal abiertas. Danny saltó a la cubierta y se dirigió al salón. En ese momento, aparecieron unos pies bajando por una pequeña escalera de caracol a su derecha desde la cubierta del puente. Sin tiempo para esconderse y con los vaqueros del hombre ya visibles hasta la cintura, Danny agarró la parte trasera de sus deportivas y le quitó los pies de debajo, haciéndole caer dolorosamente por las escaleras. Los ojos del marinero argelino de Nazim se abrieron de par en par al ver a Danny y su boca se abrió para gritar una advertencia. Danny le propinó varios puñetazos en la cara hasta que los ojos del hombre se pusieron en blanco y quedó inconsciente. Agarrándolo por los pies, Danny rápidamente lo arrastró fuera de la vista detrás del bar en la cubierta abierta.

Al entrar en la lujosa zona del salón, había señales de que la gente había estado allí. Copas de champán vacías sobre la mesa con la botella vacía en el cubo lleno de hielo derretido junto a ellas. Mirando más allá de la gran mesa de comedor frente a él, Danny sopesó si atravesar la puerta hacia lo que suponía que era la cocina, o tomar el pasillo lateral que llevaba a una pequeña escalera de caracol que subía a la cubierta del puente y bajaba a los dormitorios en la cubierta inferior. La decisión se tomó por él cuando uno de los hombres de Nazim salió de la cocina masticando un sándwich. Se quedó paralizado a medio bocado cuando los dos hombres cruzaron miradas.

Todo transcurrió a cámara lenta. El hombre dejó caer su sándwich y fue a por su pistola guardada en una pistolera de hombro. Danny empezó a correr, agarrando el cuello de la botella de champán vacía en su camino. Levantando el brazo para lanzarla, saltó y se deslizó por la mesa del comedor hacia el hombre de Nazim. La botella golpeó al tipo en la frente con su borde inferior, echándole la cabeza hacia atrás mientras apretaba el gatillo. La habitación se llenó con el ensordecedor disparo, los pies de Danny tocaron el suelo al otro lado de la mesa. Siguió avanzando y plantó una poderosa patada en el estómago del hombre, haciendo volar el arma mientras los pies del tipo se despegaban del suelo, enviándolo a estrellarse hacia atrás a través de la puerta de doble bisagra hacia la gran cocina más allá.

SESENTA Y CUATRO

—¿Qué ha sido eso? —dijo Arlo, incorporándose en los asientos de cuero suave en la zona de estar detrás de los controles del puente.

—Sonaba como un disparo —dijo Nazim, levantándose para abrir un armario y coger un fusil de asalto AK-47, entregándoselo a Arlo antes de buscar otro para él mismo.

—Quédate aquí y no quites los ojos del dinero —le dijo Arlo a Javier.

—Akeem, mantén el rumbo del barco —dijo Nazim a su hombre en los controles del puente antes de girarse para mirar por la pequeña escalera de caracol hacia la cubierta principal.

—¿Viste a alguien cerca del barco mientras estaba en el puerto deportivo? —preguntó Arlo a Nazim.

—No, a nadie.

—Baja y echa un vistazo —indicó Arlo a Nazim con un gesto.

—Baja tú y echa un vistazo —respondió Nazim, alejándose de la escalera.

—Es tu jodido barco. Mueve el culo por las escaleras —gruñó Arlo enfadado.

—Vale, vale, joder —dijo Nazim, dando un paso tentativo por las escaleras con su rifle apuntando delante de él. Descendió con la cabeza baja para poder ver el salón lo antes posible. Aliviado al verlo

vacío, Nazim continuó bajando las escaleras, pisando la cubierta principal, con Arlo siguiéndole cautelosamente por detrás.

—No hay nadie aquí —dijo Arlo, de pie junto a la gran mesa de comedor, mirando a través de las puertas abiertas hacia la zona de asientos y el bar exterior.

—Mira —dijo Nazim, pasando un dedo por la superficie rayada de la mesa con la botella de champán vacía tirada en el suelo junto a la puerta de la cocina.

Un gemido desde fuera les hizo girar sorprendidos. Se movieron con cautela a través del salón, deteniéndose en las puertas de cristal abiertas con sus AK-47 apuntando delante de ellos. Una mano temblorosa apareció por encima de la barra, agarrándose a la parte superior para poder levantarse. Cuando el rostro hinchado y la nariz rota del marinero aparecieron a la vista, Arlo y Nazim bajaron sus rifles. Mientras Nazim le interrogaba sobre lo que había sucedido, Arlo regresó al salón, deteniéndose junto a la puerta de la cocina para apoyar su oreja contra la superficie de madera. Podía oír un zumbido procedente del interior.

—No hay manera. No sabe quién le atacó. Solo recuerda que le golpearon en la cara —dijo Nazim, acercándose a Arlo con su lamentable marinero detrás.

—Shh, ¿oyes eso? —dijo Arlo.

Nazim se inclinó a su lado y escuchó.

—¿Qué es eso? Tú. Entra y averígualo —ordenó Nazim al marinero, pasándole el AK-47 antes de empujar al magullado y nervioso hombre delante de él.

Abrió la puerta lentamente, deslizando la cabeza por el hueco para ver el interior. En cuanto vio que la habitación estaba vacía, se relajó y entró en la cocina.

—Está bien, no hay nadie —le dijo a Nazim en argelino.

Nazim asintió a Arlo y siguió a su hombre dentro de la cocina.

—El zumbido, es solo el microondas —dijo el marinero, acercándose al aparato mientras Arlo entraba en la habitación.

Con los ojos atraídos hacia la ventana iluminada del microondas, Arlo vio una lata chispeando contra la carcasa del microondas

mientras giraba en círculos sobre el plato de cristal junto a un par de bolsas.

—¡Salid! —gritó Arlo, saltando fuera de la puerta batiente de la cocina.

Mientras Nazim se giraba, la lata comprimida de gas para mecheros explotó, convirtiendo la puerta en pedazos afilados como cuchillas que se incrustaron en la cara del marinero. La explosión desintegró las bolsas de harina y azúcar que había junto a ella, provocando una enorme nube que envolvió al marinero que gritaba, a Nazim y a toda la cocina antes de que el polvo en suspensión se encendiera, convirtiendo la cocina en un infierno ardiente. Rodando lejos de la puerta por el suelo del salón, Arlo se cubrió la cara mientras la puerta de la cocina se abría de golpe, empujada por una inmensa bola de fuego antes de cerrarse de nuevo sobre los gritos de Nazim y su marinero, que seguían dentro. Cuando logró ponerse en pie, los gritos habían cesado y el humo negro se filtraba por los bordes de la puerta de la cocina. Arlo recogió el AK-47 y salió por las puertas de cristal abiertas hacia la zona de asientos exterior. Se tomó un minuto para recuperar el aliento, y luego subió por las escaleras de caracol hasta la cubierta del puente donde estaban Javier y el dinero.

SESENTA Y CINCO

Después de dejar al hombre inconsciente de Nazim en un dormitorio de invitados en la cubierta inferior, Danny cogió su pistola y el cuchillo de cocina de su cinturón y se dirigió hacia la parte trasera del barco. Se detuvo en seco y miró hacia atrás cuando oyó y sintió la explosión del microondas en la cubierta superior. Al ver que nadie bajaba corriendo las escaleras tras él, continuó por un pequeño pasillo con una pesada puerta metálica en el centro. Mirando a través de la pequeña ventana de cristal, Danny giró la rueda de cierre hermético en el centro de la puerta y la abrió, recibiendo el ruido de dos grandes motores diésel al entrar.

Con un cuchillo afilado como una navaja de la cocina en una mano y la pistola en la otra, Danny tenía la intención de cortar las líneas de combustible para parar los motores y detener el barco. Pero al enfrentarse al complicado conjunto de cables y tuberías de los dos motores modernos, dejó caer el cuchillo, se metió la pistola en la cintura y cogió el extintor de la pared. Apuntando a una caja con una considerable maraña de cables que desaparecía en su interior, Danny golpeó el extremo del extintor contra ella una y otra vez hasta que finalmente se desprendió la parte superior. Con un último golpe, las conexiones debajo chispearon y humearon, y el motor tosió y se paró. Un panel de control LCD en la pared lejana comenzó a pitar y parpadear con varios errores de sistema en rojo.

Danny repitió la acción en el segundo motor hasta que este también se paró. Tiró el extintor y se dirigió hacia la puerta de la sala de máquinas en medio de una cacofonía de paneles de control pitando. Abrió la pesada puerta hermética y descubrió que el pasillo se estaba llenando de un humo negro y acre. Danny cerró rápidamente la puerta y tomó varias respiraciones profundas de aire limpio antes de volver a salir. Conteniendo la respiración, y apenas pudiendo ver hacia dónde iba, Danny regresó a través de los dormitorios hacia la pequeña escalera de caracol que conducía a la cubierta principal. Cuando llegó allí, descubrió que su artefacto explosivo improvisado en el microondas de la cocina había funcionado demasiado bien. Llamas, humo negro y plástico derretido giraban y goteaban por los escalones desde arriba.

Con la opción de volver hacia la sala de máquinas o seguir adelante, Danny eligió seguir adelante. Con los pulmones ardiendo y los ojos escociéndole por el espeso humo, fue tanteando a lo largo del pasillo hasta que encontró una puerta en la parte delantera del barco. Intentó girar el pomo y descubrió que estaba cerrada. Luchando contra el creciente pánico y el mareo, Danny retrocedió y dio una patada con fuerza a la puerta, rompiendo la cerradura. Tambaleándose dentro de un almacén, Danny vio cilindros, equipos de buceo y escaleras metálicas que conducían a una escotilla en el techo que se abría hacia la cubierta descubierta en la parte delantera del yate. La imagen se desvaneció en pocos segundos, engullida por la avalancha de espeso humo negro que entraba por la puerta abierta.

Danny se lanzó al suelo, tomando unas cuantas bocanadas de aire limpio antes de que el humo llenara la habitación. Extendió las manos y agarró un cilindro de buceo y un regulador. Como buceador experimentado, Danny conectó fácilmente el regulador al cilindro sin tener que mirarlo. Succionó por la boquilla, aliviado de respirar aire limpio, mientras el luminoso manómetro mostraba poco menos de 20 bares. No mucho, tal vez tres o cuatro minutos de aire. Danny subió por los escalones y comenzó a girar los cierres de la escotilla. Sintiendo que el aire se acababa mientras giraba el último, dejó a un lado el cilindro y el regulador, empujó la escotilla para abrirla y rodó

hacia la cubierta en la parte delantera del barco, tragando grandes bocanadas de aire mientras miraba al cielo estrellado, con humo elevándose desde la escotilla a su lado.

Con el mareo de su cabeza despejándose, Danny se limpió el agua de los ojos llorosos y se puso de pie en la cubierta. Las ventanas del yate eran todas de cristal negro para privacidad, por lo que no podía saber si había alguien dentro. Sacó la pistola y miró hacia la terraza en la parte superior del barco. No había nadie allí arriba. Danny miró por el estrecho pasillo que conducía a la parte trasera del barco por el lado de babor. Llamas y humo salían de la ventana destrozada de la cocina, haciéndolo intransitable. Se movió hacia el lado de estribor y se dirigió a la parte trasera del yate, agradecido de ver el pasillo libre de llamas y de hombres con armas.

SESENTA Y SEIS

—¿Qué fue esa explosión? Los motores están muertos, ¿y dónde está Nazim? —dijo el hombre de Nazim cuando Arlo regresó a la cubierta del puente.

Sin previo aviso, Arlo apretó el gatillo de su AK-47, lanzando al hombre contra el asiento de cuero color crema donde quedó desplomado a un lado, dejando una gruesa mancha carmesí en la tapicería.

—Coge una bolsa, tomaremos el bote auxiliar y larguémonos de aquí —le dijo Arlo a Javier, mientras se colgaba la correa de la otra bolsa de dinero sobre el hombro, dejándola caer pesadamente sobre su espalda.

Javier no discutió, simplemente agarró la otra bolsa y siguió a Arlo por la escalera de caracol en la parte trasera del barco. Javier lanzó su bolsa dentro del bote mientras Arlo apuñalaba el botón para girar el polipasto sobre la plataforma de acceso al agua.

—Vamos, pedazo de mierda —gritó Arlo, golpeando los controles con frustración.

—Aquí, lo haré yo —dijo Javier, tomando el control para bloquear el polipasto sobre la plataforma de acceso antes de bajar el bote auxiliar al mar.

Cuando la parte inferior del bote tocó el agua, Arlo se dio la vuelta para bajar los escalones hacia la plataforma y subir al bote. Al mirar hacia adelante, al fuego que ardía en el centro de la cubierta

principal, vio a Danny iluminado por las llamas mientras se movía por fuera de los cristales negros de privacidad, dirigiéndose hacia él por la pasarela del lado de estribor.

—Jodido Pearson —gruñó, levantando su AK-47 y apretando el gatillo.

Javier se agachó mientras las balas atravesaban el barco, haciendo estallar los cristales de privacidad en millones de fragmentos mientras se movía en arco hacia Danny al otro lado. Danny se lanzó al suelo, manteniendo la cabeza agachada mientras el cristal llovía sobre él. Tan pronto como el rifle de Arlo hizo clic indicando que estaba vacío, Danny se puso de pie de un salto y corrió hacia la parte trasera del barco, lanzándose y disparando a Arlo a través de la zona de asientos exteriores. En ese mismo instante, Javier se puso de pie, bloqueando la visión que Danny tenía de Arlo y recibiendo en el pecho los tres disparos destinados a este. Mientras Javier caía al suelo, Arlo ya estaba bajando los escalones hacia la plataforma de acceso al agua.

Danny se levantó y corrió tras él, avanzando solo unos metros cuando el cilindro de propano en la cocina explotó bajo el intenso calor del fuego. La explosión destrozó el centro del barco, abriéndose camino hacia arriba a través del puente y las cubiertas solares, y hacia abajo a través de la cubierta inferior y el casco. La onda expansiva derribó a Danny, su arma se deslizó por la cubierta y cayó por la borda, dejándole los oídos zumbando y la mente en un estado de confusión.

Cuando logró ponerse de pie, Danny pensó que había perdido el equilibrio, solo para darse cuenta de que el yate se estaba escorando fuertemente hacia un lado. Agarrándose a la barandilla junto a los escalones que llevaban a la plataforma, miró hacia abajo para ver a Arlo desenganchar el bote del polipasto y arrancar el pequeño motor fueraborda. Mientras el bote comenzaba a alejarse del yate que se hundía, Danny saltó por encima de la barandilla, aterrizando pesadamente en la plataforma. Se impulsó desde la pared trasera con una explosión de potencia, tomando los tres escalones como un saltador de longitud antes de lanzarse desde el borde hacia la espalda de Arlo.

Ambos hombres cayeron dolorosamente sobre los asientos hasta el fondo de la pequeña embarcación. Arlo rodó hacia un lado, clavando un codo en el pecho de Danny, empujándolo contra el motor fueraborda. El motor giró hacia un lado, haciendo que la barca diera vueltas en amplios círculos. Incorporándose con la bolsa de dinero aún a la espalda, Arlo agarró la cadena del ancla a sus pies y empujó el clip del muelle para desconectar el grillete del anillo en la parte delantera de la barca. Cuando Danny se sentó, Arlo cogió el ancla de doble punta del bote y la hizo girar sobre su cabeza por la cadena, con los ojos fijos en Danny con intención asesina.

Danny se puso de pie, con las piernas ligeramente flexionadas y las caderas sueltas, absorbiendo el movimiento del pequeño bote para mantener la parte superior inmóvil mientras sus ojos seguían el movimiento del ancla que giraba cada vez más rápido. Sabía cuándo Arlo iba a lanzarla; su cuerpo se giró para dejar que su hombro se moviera hacia atrás, listo para transferir la potencia a través del brazo y lanzar el ancla hacia adelante.

Viéndola venir hacia él a cámara lenta, Danny se torció lateralmente y se echó hacia atrás. Ya llena de velocidad y momentum, el ancla silbó por el aire hacia su cabeza. Un destello de metal pasó zumbando ante los ojos de Danny. Elevó la mano para atrapar la cadena cuando se tensó al máximo por el recorrido del ancla. Tirando de la cadena hacia él, Danny desequilibró a Arlo, ayudado por el balanceo del bote. Arlo cayó sobre una rodilla, apoyando la mano en el costado hinchable para estabilizarse. Danny saltó sobre Arlo, el cambio de peso hizo que el bote se inclinara a un lado, enviando a ambos hombres por la borda al mar.

Pataleando con todas sus fuerzas para mantenerse a flote contra el peso de la bolsa de dinero empapada que aún llevaba a la espalda, Arlo agarró la parte superior de Danny con una mano y enrolló firmemente la cadena del ancla alrededor de su cuello con la otra. Mientras Danny contraatacaba, el ancla se hundió hasta el final de la cadena, tirando instantáneamente del cuello de Danny hacia atrás, arrastrándolo bajo el agua apenas sin tiempo para respirar.

Hundiéndose por debajo de Arlo, Danny agarró la correa de la bolsa de dinero que cruzaba el pecho de Arlo y lo arrastró bajo la

superficie con él. Los oídos de Danny se taponaron y la temperatura del agua se volvió más fría a medida que se hundían más profundamente. Arlo se sacudía violentamente, intentando liberarse, mientras Danny arañaba la cadena con su mano libre para aflojarla de su cuello. Finalmente rompió la fricción que mantenía la cadena contra cadena y esta se deslizó de su cuello para desaparecer en las profundidades turbias. Ambos hombres dejaron de hundirse, la bolsa de dinero en la espalda de Arlo impidiéndoles flotar hacia la superficie mientras se agarraban con fuerza, sus pulmones ardiendo por aire.

Una rabia ardiente fluía por el cuerpo de Danny. Rabia contra Delany, que comenzó todo esto, rabia contra Simon por manipularlo para que volviera, y rabia contra Arlo, el asesino de la esposa e hijo de Hugo. Soltando la correa, Danny agarró a Arlo por la nuca con ambas manos, acercándose con todas sus fuerzas para estrellar su frente contra la nariz de Arlo con un crujido. Al echar la cabeza hacia atrás, curvó los pulgares alrededor y los empujó dentro de las cuencas de los ojos de Arlo, hundiéndolos hasta que sus globos oculares reventaron tras un grito silencioso de burbujas que salió de la boca de Arlo.

Danny soltó a Arlo. Este se sacudió y convulsionó antes de que el peso de la bolsa de dinero lo arrastrara hacia las oscuras aguas. Con la cabeza dándole vueltas, Danny pataleó hacia la superficie, tratando de suprimir el pánico creciente mientras sus pulmones ardían. La superficie nunca parecía estar más cerca y sin luz solar arriba, no tenía forma de saber cuánto más lejos tenía que ir. Con cada gota de oxígeno consumida, Danny convulsionó y perdió el conocimiento, flotando inmóvil en el agua.

SESENTA Y SIETE

Cuando abrió los ojos, nada tenía sentido. Un rostro lo miraba fijamente, con la boca formando una gran sonrisa, iluminado por un resplandor anaranjado parpadeante contra el cielo nocturno.

—Bienvenido de vuelta. Por un momento pensé que estabas muerto —dijo Hugo, ayudando a Danny a incorporarse en la pequeña barca de pesca de madera.

Mirando a su derecha, vio los restos del yate ardiendo con intensidad, con la proa ya sumergida mientras la popa se balanceaba, completamente envuelta en llamas.

—Debemos irnos, hay barcos acercándose por el fuego —continuó Hugo, volviéndose para arrancar el motor fueraborda.

A medida que Danny iba despejándose, Hugo dirigió la barca de pesca mar adentro antes de realizar un amplio arco en la oscuridad para poder esquivar la media docena de embarcaciones que salían del puerto deportivo de Altea para ofrecer su ayuda al yate que se hundía. Mientras regresaban, Danny divisó el bote neumático vacío del yate navegando sin rumbo un poco más adelante.

—Hugo, acércate al bote neumático —dijo Danny, con la garganta dolorida por haber tenido la cadena alrededor.

—*Si señor*.

Cuando estuvieron uno al lado del otro, Danny se estiró por encima de la borda de la barca de pesca y agarró la correa de la otra

bolsa de dinero, tirando de ella y metiéndola en el barco.

—Vale, sigue, vamos, vamos.

—¿Qué es eso? —dijo Hugo, mirando la bolsa.

Danny la abrió y le mostró los fajos de billetes que había dentro.

—¡Santa María Madre de Dios! ¿Qué vas a hacer con ello?

—Yo no, Hugo. Tú haz lo que quieras con ello, amigo mío. Quédatelo, regálalo. Construye una vida mejor para ti o para otra persona. Lo que quieras. Solo prométeme que nunca más trabajarás para gente como Simon —dijo Danny.

—Ya he decidido que no trabajaré para ese hombre. ¿Sabes que te tendió una trampa, verdad?

—¿Qué? Para hacerme venir, sí, lo sé.

—No, no, la primera vez. Las dos hermanas, Sandra y Louise Benning, no son hermanas. Esos ni siquiera son sus verdaderos nombres. Son dos agentes de Simon. El encontrarse contigo y alojarse en el mismo hotel, todo fue una estrategia para que mataras a Delany.

—Ese maldito cabrón lo ha vuelto a hacer. Gracias por decírmelo, Hugo.

—No hay problema, pensé que deberías saberlo. En cuanto al dinero, no lo tomaré para mí. Conozco un orfanato que está en peligro de cerrar. Esto asegurará que permanezca abierto durante muchos años.

Danny asintió antes de mirar su reloj y fruncir el ceño. —¡Mierda! Hugo, no me importa cómo lo hagas, pero haz que esta cosa vaya más rápido. Tengo que llegar al aeropuerto de Alicante antes de medianoche.

SESENTA Y OCHO

—¿Alguna noticia? —dijo Fergus, apresurándose por el camino hacia la iglesia donde Chaz y Rob, el hermano de Danny, estaban esperando fuera.

—¿Noticias sobre qué? —dijo Rob, completamente ajeno a los acontecimientos de los últimos días.

—Eh, bueno, no estamos exactamente seguros de dónde está tu hermano —balbuceó Fergus, notando que Chaz negaba con la cabeza indicando que no había tenido noticias de Danny.

—¿Qué quieres decir con que no exacta...?

—Un momento, Rob, Scott está llamando —dijo Fergus, interrumpiendo a Rob para contestar el teléfono—. ¿Alguna noticia?

—Me temo que no. Estaba a punto de preguntarte lo mismo —dijo Scott en voz baja para que Nikki no le oyera.

—No, le he llamado y he pasado por la casa, no hay rastro de él, y su teléfono solo da el buzón de voz —dijo Fergus, sintiéndose peor al oír a Nikki decirle a Scott que el coche nupcial estaba allí y que era hora de irse.

—Lo siento, chicos, no puedo retenerla más. Estaremos allí en quince minutos. Si no está allí, tendré que decírselo —dijo Scott, colgando.

—No, Scott. Mierda —dijo Fergus, girándose lentamente hacia Chaz y Rob—. Ya viene de camino. ¿Qué hacemos?

—Podría traer mi rifle de francotirador y cargarme al conductor. Eso los retrasaría —dijo Chaz con una sonrisa.

—Eso no ayuda, Chaz —dijo Fergus, aunque el comentario le hizo reír.

—Vosotros dos sois como un par de críos —dijo Rob, frunciendo el ceño.

—Lo siento, Rob. Entra, tío, y no digas nada a nadie, al menos no todavía.

Mientras Rob entraba, Fergus y Chaz se quedaron preocupados mirando sus relojes cada treinta segundos.

—¿Crees que está bien? —dijo Fergus.

—Sí, seguro que sí. Es jodidamente indestructible, ¿no? Aparecerá en cualquier momento —respondió Chaz, tratando de convencerse a sí mismo.

Los minutos pasaban increíblemente despacio. Chaz y Fergus caminaron hasta el final del sendero para mirar hacia la larga y recta carretera esperando la inminente llegada del coche nupcial.

—Oh, mierda, ahí está —dijo Chaz, alzando la voz sobre el estruendo de un coche y el chirrido de neumáticos en algún lugar detrás de ellos.

—Alguien debería decirle a ese imbécil que conduzca con más cuidado. ¿No sabe que hay una boda? —dijo Fergus, molesto por el alboroto, sin que ninguno de los dos apartara la vista del coche nupcial que se acercaba.

—¿Es esa la novia? —llegó una voz desde detrás de ellos.

—Sí, tío, pero el novio no ha aparecido —dijo Chaz sin mirar atrás.

—Entonces, ¿se lo vas a decir tú o yo? —dijo Fergus a Chaz.

—Ni de coña, tío, tú eres el padrino, díselo tú —respondió Chaz.

—¿Decirle qué? —llegó la voz desde atrás.

—Escucha, colega, ¿te importa? Estamos en medio de una puta crisis aquí —dijo Fergus, girándose para ver a Danny sonriéndoles mientras se ajustaba la corbata y se levantaba un poco el cuello de la camisa para cubrir las marcas rojas de cadenas en su garganta.

—Cabrón, ¿dónde coño has estado? —dijo Chaz, dándole un abrazo a Danny y una palmada en la espalda.

—Vamos, entremos antes de que nos vea, os lo contaré después. Ah, y no te hagas ilusiones de volver a ver a Sandra Benning o a su hermana, Chaz. Las dos eran agentes que trabajaban para ese cabrón de Simon —dijo Danny, dirigiéndose hacia la iglesia.

—¿Qué, agentes? Joder, y a mí que me gustaba de verdad.

Danny saludó a su pequeña pero selecta lista de invitados, con su hermano Rob y su esposa Tina, su sobrina Sophie y la recién nacida sobrina Evie, su tío Harry Knight y su prima May, y los viejos amigos Paul Greenwood, Thomas Trent, el Grandullón Dave Pullman y algunos de los chicos del gimnasio, y la esposa de Fergus sentada junto a la hermana de Smudge, Kelly. Como Nikki había estado en Australia durante algunos años, y dado que ni ella ni Scott tenían padres vivos, igual que Danny, su lado solo contaba con algunas amigas de la escuela y un par de tíos. Danny se dirigió al frente con su padrino, Fergus, a su lado. Saludó al vicario y esperó a que Nikki entrara con Scott, que la llevaría al altar.

—Tienes los anillos, tío —dijo Danny.

—Sí, justo aquí —dijo Fergus, dándose una palmadita en el bolsillo con una sonrisa que desapareció cuando se lo volvió a palpar.

—¿Fergus?

—Justo aquí, tío —respondió con una gran sonrisa falsa.

—Maldito gi...

El órgano ahogó la respuesta de Danny, tocando la marcha nupcial cuando la puerta de la iglesia se abrió y Scott y Nikki entraron. Danny se dio la vuelta y sonrió a Nikki mientras ella se acercaba, luciendo preciosa en su vestido de novia. Se detuvo en el altar y ambos se miraron de frente. Mientras ella sonreía y lo miraba a los ojos, Danny notó que Scott, detrás de ella, parecía muy avergonzado mientras articulaba la palabra «lo siento».

—Mujeres, traficantes y amenazas de muerte. En serio. Lo único que tenías que hacer era ir a una despedida de soltero y emborracharte, y ni siquiera pudiste hacer eso sin matar a alguien —dijo Nikki en un susurro molesto.

La sonrisa de Danny desapareció. Miró al vicario que lo observaba con una ceja levantada, y luego miró a Scott, frunciendo

el ceño.

—No le mires a él. Solo me lo contó porque pensaba que habías desaparecido, probablemente muerto en una cuneta en algún lugar de España —dijo Nikki, mirando al vicario mientras este levantaba otra vez la ceja.

—Lo siento, cariño, no fue culpa mía. Nos tendieron una trampa y las cosas se nos fueron un poco de las manos. ¿Aún quieres, eh, casarte conmigo? —dijo, inseguro de la respuesta.

—Claro que quiero casarme contigo, grandísimo idiota. Solo no vuelvas a ocultarme nada nunca más.

—Sí, cariño —dijo Danny, suspirando aliviado antes de que ambos se giraran hacia el vicario—. Perdón, ya estamos listos.

El vicario se aclaró la garganta y comenzó la ceremonia.

—¿Tú, Daniel Pearson, quieres a Nichola Ann Miller, para amarla y respetarla desde este día en adelante, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarla y cuidarla, hasta que la muerte os separe?

POR FAVOR, POR FAVOR.

DEJA UNA VALORACIÓN PARA HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

Como autor independiente autopublicado, no puedo enfatizar lo suficiente lo importantes que son vuestras reseñas de Amazon para dar a conocer mi trabajo.

Me encanta escribir estos libros para vosotros, lleva meses de arduo trabajo crear cada uno. Así que, por favor, tomad unos minutos para hacer clic en el enlace del libro, desplazaros hacia abajo hasta las reseñas y dejar una breve reseña o simplemente calificarlo con estrellas.

Muchas gracias

Stephen Taylor

Pulsa para reseñar Hasta Que la Muerte Nos Separe

ELIGE TU PRÓXIMA NOVELA

Sangre Sobre Londres

La mafia londinense choca con la mafia rusa. La muerte y la violencia aumentan, poniendo a la familia de Danny en peligro. Danny Pearson tiene que acabar con la guerra, antes de que mueran más miembros de la familia…

Ejecución de La Fe

Terroristas y asesinos mercenarios conspiran para cambiar el equilibrio del poder mundial. ¿Podrá Danny Pearson detenerlos o será esta su perdición...

Quién Ostenta el Poder

Mientras una organización secreta mata, corrompe e influye en su camino hacia la dominación global. Danny Pearson debe detenerlos a ellos y a su letal asesino chino en su aventura más peligrosa hasta la fecha...

Vivo Hasta Que Muera

Cuando los recortes gubernamentales amenazan al proyecto Dragonfly. El General Rufus McManus toma medidas directas para asegurar su futuro. Infiltrado en las profundidades con su vida en juego, ¿podrá Danny sobrevivir lo suficiente para llevarlo ante la justicia…

Deporte de Reyes

Cuando el viejo compañero del SAS de Danny desaparece, la unidad de Danny se reúne para encontrarlo. Cuando siguen el rastro de Smudges se encuentran en el lado equivocado de una operación internacional de contrabando de drogas y el deporte de reyes, una cacería exclusiva de naturaleza mortal...

La Sangre Corre Hondo

Hace cinco años (Vodka Sobre Londres) la mafia londinense chocó con la mafia rusa. La muerte y la violencia aumentaron, poniendo a la familia de Danny en peligro. Danny Pearson acabó con la guerra, o eso pensó…

Orden de Matar

Cuando el multimillonario australiano Theodore Blazer se aprovecha del mundo hiperconectado de hoy con intenciones siniestras, Danny viaja al otro lado del mundo para evitar que el mundo se desmorone.

Sin Límite Superior

El periodista David Wallace es asesinado cuando intenta descubrir la identidad de un traficante de armas conocido como el Lobo, la unidad del SAS de Danny Pearson también está intentando impedir que el Lobo venda armas a los talibanes. Cuando se acercan, el Lobo desaparece para siempre, o eso pensaban…

No Dejar Nada al Azar

Cuando el mejor amigo de Danny, Scott, desaparece de su habitación de hotel en Brasil, Danny hace todo lo posible para encontrarlo. La búsqueda lo lleva al corazón de Colombia y a las garras de un barón de la droga conocido como El Diablo.

Muerto No Enterrado

Snipe ha vuelto, despertado de su coma y sin recuerdos de los últimos años. Cuando la instalación lo reacondiciona y lo pone a trabajar, todo está bien hasta que su memoria y su locura regresan.

Hasta Que la Muerte Nos Separe

Danny, su mejor amigo Scott y sus viejos compañeros del SAS viajan a Benidorm para su despedida de soltero, ¿qué podría salir mal?

Enemigo en la Puerta

Desilusionados con el gobierno, el estado del planeta y sus perspectivas de futuro, un grupo de estudiantes universitarios de élite del país toman cartas en el asunto. Con dinero, poder y conexiones, inician su campaña de terror volando el pub Red Lion en Parliament Street.

Cueste Lo Que Cueste

Cuando la hija de Fergus, el viejo amigo del SAS de Danny, Kirsty, es secuestrada por una banda de tráfico de personas eslovena, Danny, Chaz y Scott acuden en su ayuda.

Comprar Ahora en Amazon

ACERCA DEL AUTOR



Stephen Taylor es un exitoso escritor británico de thrillers. Su serie best seller en Amazon, Danny Pearson, ha vendido más de 250.000 copias y ha deleitado a los amantes del género de thriller de acción y aventura. Antes de convertirse en novelista, dirigía su propio negocio instalando equipos audiovisuales para hogares y empresas.

Al acercarse a los 50, Stephen escribió el libro que siempre había querido. Ese libro fueEjecución de Fe. Una montaña rusa trepidante y llena de acción que no se toma a sí misma demasiado en serio. A la gente le encantó tanto el libro que escribió una precuela, Vodka Sobre Hielo de Londres. Debido a la cronología, este se convirtió en el primero de la serie de thrillers de Danny Pearson.

Nacida de su amor por los libros de thrillers de acción: Jack Reacher de Lee Child, Mitch Rapp de Vince Flynn y Victor de Tom Wood, sin mencionar su amor por las películas de acción como Die Hard, el Bond de Daniel Craig y Lock Stock o Snatch de Guy Ritchie. La serie de Danny Pearson avanza con acción dura y rápida, sin relleno y con una buena dosis de humor.